



MARIDOS APASIONADOS

Michelle Reid

Fuego en dos corazones

Fuego en dos corazones

Muerto de deseo por su mujer…

El magnate griego Leandros Petronades se casó con Isobel arrastrado por la pasión de su romance, pero en menos de un año su matrimonio se vino abajo.

Tres años después, Leandros quería el divorcio, o al menos creía que lo quería. Había encontrado una recatada muchacha griega que se convertiría en la esposa perfecta para él, no como Isobel, que hacía que salieran chispas en cuanto se encontraban juntos. Pero cuando volvió a encontrarse con ella cara a cara, Leandros tuvo que reconocer que la pasión arrolladora que había entre ellos era más fuerte que nunca. De pronto, cambió los planes y decidió que domaría a aquella fierecilla… fuera como fuera…

Capítulo 1

LEANDROS Petronades estaba recostado indolentemente sobre una tumbona en la cubierta de su yate bajo el sol mediterráneo de España, con la vista puesta en la bahía de San Esteban. Sentía un agradable hormigueo de satisfacción bien merecida al ver la urbanización terminada, después de dos años de intenso trabajo. Además, el negocio había salido redondo, permitiéndole multiplicar por diez el dinero invertido.

La empresa inmobiliaria que había heredado inesperadamente de su padre hacía cuatro años iba viento en popa, reflexionó despreocupadamente. La obtención de beneficios cada vez mayores se había convertido en un interesante pasatiempo para él. Quizá eso explicara por qué el proyecto turístico de San Esteban había tenido tanta importancia en su vida. Partiendo de la idea inicial de un viejo amigo, Felipe Vázquez, ambos habían mimado todos los detalles del plan para construir la más moderna y lujosa colonia de chalets ajardinados, con puerto privado, hotel de cinco estrellas y campo de golf, en un marco natural incomparable.

La belleza y elegancia de las villas que salpicaban la colina había despertado inmediatamente el interés de la alta sociedad internacional, deseosa de encontrar una nueva ubicación donde esconderse de las revistas del corazón, disfrutando de todas las comodidades. Las casas ya albergaban a sus nuevos propietarios y el puerto estaba lleno de yates relucientes.

Después de haber pasado dos años en San Esteban, Leandros no sabía qué hacer a continuación. Al cabo de una semana, tendría que soltar amarras. El barco se dirigiría hacia el Caribe para esperar a su hermano Nikos, que llegaría de luna de miel al cabo de tres semanas, junto a su flamante esposa, para pasar unos días en el yate. Sin duda, había llegado el momento de cambiar de aires, pero se sentía remolón. Se preguntó si sería conveniente volver de nuevo a Atenas para enfrentarse con la jungla urbana donde residía su familia. Ese simple pensamiento lo inquietó y se removió, agitado, en la tumbona.

-Es preferible que montemos la fiesta en el puerto, donde la gente tenga suficiente espacio para reunirse -dijo una suave voz femenina filtrándose a través de la puerta del amplio camarote que servía como sala de reuniones-. Se trata de celebrar el renacimiento de San Esteban y de dar las gracias a todos los que han trabajado en el proyecto. Creo que lo mejor es ofrecer un cóctel en el restaurante del club marítimo y sorprender a todos con unos espléndidos fuegos artificiales desde el mar en cuanto caiga la tarde. Lo llamaremos el

bautismo de San Esteban y cada año organizaremos un carnaval ese mismo día.

Leandros sonrió, relajado. Le gustaba la idea del «Bautismo de San Esteban». Le gustaba Diantha, podía disfrutar sin reparos de su compañía porque era una mujer tranquila, capaz y muy eficiente. Todo lo resolvía sin molestarlo en absoluto con los pequeños inconvenientes que, invariablemente, surgían. Esa mujer le convenía, sintonizaba perfectamente con su forma de pensar. Estaba casi seguro de que acabaría casándose con ella.

No podía decirse que la amara. Él ya no creía en el amor. Pero Diantha era guapa, inteligente y buena compañera. Además, todo indicaba que también podría ser una buena amante, aunque Leandros, aún no lo había comprobado personalmente. Era griega, como él, tenía fortuna propia y, en sus relaciones personales, siempre se había mostrado comprensiva y poco exigente.

Un hombre como él tenía que tener todo eso en consideración al escoger esposa, se dijo, complacido. Necesitaba sentirse completamente libre para dedicarse a mantener las empresas de la familia por delante de sus fieros competidores. Diantha Christophoros lo comprendía y aceptaba. Jamás rondaría en torno a él gimiendo y quejándose de que trabajaba demasiadas horas, haciéndole sentir culpable. En otras palabras, Diantha sería la esposa perfecta.

Solo había un pequeño obstáculo: Leandros ya estaba casado. Por una simple cuestión de honor, antes de iniciar una relación amorosa con Diantha, debía romper los lazos con su esposa. Aunque no se habían visto en los últimos tres años, Leandros dudaba de que Isobel estuviera dispuesta a facilitarle un divorcio rápido y fácil.

Isobel...

-¡Maldita sea! -masculló poniéndose en pie de pronto. No debía haberse permitido ni siquiera pensar en el nombre de esa mujer. Aunque, con el paso del tiempo, casi había conseguido olvidarla, cada vez que su nombre acudía a su mente, todo su cuerpo se tensaba de angustia. No podía evitarlo.

Se dirigió a la nevera, abrió una cerveza y se apoyó perezosamente sobre la barandilla del yate, con el ceño fruncido.

Esa bruja..., ese demonio... había dejado su impronta sobre él y aún sentía cómo su cuerpo se revelaba al recordarla, aunque hubieran pasado tres largos años. Tomó un sorbo de cerveza. Todavía podía oír la aterciopelada voz de Diantha, tomando decisiones sobre cómo se debería organizar la fiesta de San Esteban, con su acostumbrada eficiencia. Si volviera la vista hacia atrás,

podría admirar su perfecta figura, de cabello negro y ojos oscuros, paseando por la sala de reuniones con tanta soltura como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Tomó otro sorbo de cerveza. Sus hombros desnudos ardían bajo el sol mediterráneo y todo su musculoso cuerpo agradecía la cálida caricia. Pero, al recordar a Isobel, sintió una punzada de nostalgia que activó su deseo. Compuso una mueca de desaliento, preguntándose si alguna vez volvería a amar a una mujer como había amado a Isobel. Decidió que, pasara lo que pasara, prefería no tener que volver a sentir una urgencia tan primitiva.

Se habían casado como lo hubieran hecho un par de adolescentes, amándose con una pasión tal, que ambos se habían quedado hechos trizas cuando llegó el momento de la separación. Eran demasiado jóvenes y habían hecho el amor como animales. También se habían peleado y reconciliado con la misma ferocidad hasta que todo se volvió tan desagradable y amargo, que fue mejor tomar caminos distintos.

Pero aquella historia ya no importaba y había llegado el momento de plantearse una nueva vida, probablemente en Grecia, junto a una buena esposa. Ya tenía treinta y un años y deseaba sentar la cabeza de una vez por todas.

-¿Por qué frunces el ceño?

Diantha se había acercado a él sin hacerse notar. Leandros volvió la cabeza, se sumergió en la confortable calidez de sus ojos marrones y le devolvió una tímida sonrisa. Pero no pudo evitar recordar aquella otra sonrisa nada tímida, más bien provocativa. Recordó también aquellos intensos ojos verdes, siempre desafiantes.

-Estoy intentando convencerme de que ha llegado el momento de abandonar San Esteban -contestó él.

-Te cuesta trabajo, ¿no? -murmuró Diantha con tono comprensivo.

Leandros suspiró.

-He llegado a amar estos parajes -confesó paseando de nuevo la mirada por San Esteban.

Se produjo entre ellos un silencio cómodo, que le permitió recordar brevemente los momentos más intensos de su prolongada estancia en San Esteban y darse cuenta de cómo esos años habían asentado su carácter, convirtiéndole en una mejor persona. Ese pueblo español se había convertido en el lugar donde había enterrado su desgracia y donde había aprendido a comportarse como un ser adulto y responsable. Isobel...

Fue necesario que Diantha apoyara una mano sobre su bíceps

para que recordara que ella seguía allí. No solían entrar en contacto físico, ya que la relación aún no había alcanzado ese punto, pero en esos momentos, su caricia resultó reconfortante. Ella era la mejor amiga de su hermana Chloe y, hasta la fecha, él siempre la había tratado en calidad de tal.

-Ya sabes lo que pienso, Leandros -dijo Diantha amablemente, retirando la mano-. Creo que te has ausentado de Grecia por demasiado tiempo. Estoy convencida de que ya ha llegado la hora de volver a Atenas y emprender una nueva vida, ¿no estás de acuerdo?

-Sabias palabras -repuso él con una sonrisa de complicidad-. No te preocupes, Diantha, después de la fiesta de San Esteban, tengo la intención de volver a casa. Y esta vez, puede que me quede allí para siempre.

-Bien -concluyó ella-, tu madre se alegrará cuando se entere -añadió antes de girarse para desaparecer sigilosamente en el interior del yate, con ese vestido azul marino que le sentaba como un guante.

Pero Diantha no era consciente de que acababa de alejarse de un hombre cuyo pensamiento había regresado de inmediato a la imagen de aquella mujer pelirroja de ojos verdes y mirada desafiante. Isobel hubiera preferido salir desnuda a la calle antes que ponerse un sobrio vestido azul marino como el de Diantha, reflexionó con severidad. A ella le gustaban las faldas cortas que dejaban claramente a la vista sus imponentes piernas y las camisetas escotadas que hipnotizaban a los hombres con la promesa de encontrar debajo unos soberbios pechos, altos y llenos, con los pezones muy marcados. Isobel hubiera preferido que le cortaran un brazo antes que seguir los prudentes consejos de la madre de Leandros. Jamás había conseguido que su familia política la aceptara tal y como era. Todo había ido mal desde el principio y ninguna de las dos partes implicadas había optado por la discreción. Al contrario, Leandros había tenido que vivir en un auténtico infierno poblado de quejas en ambos sentidos.

Sin embargo, Diantha adoraba a su madre y sentía lo mismo por ella. Al ser tan amiga de su hermana Chloe, se había mantenido en contacto con la familia Petronades desde la infancia, aunque Leandros solo había empezado a pensar en ella como mujer desde hacía una semana, cuando se había presentado en San Esteban para sustituir a Chloe en la organización de la fiesta. Su hermana había tenido que volver a Atenas urgentemente para ayudar a su madre con los preparativos de la inminente boda de Nikos.

El viaje a San Esteban había servido de distracción a Diantha, que acababa de regresar a Atenas, después de vivir en Estados Unidos con su familia durante cuatro años. Era una mujer exquisita y bien educada que reunía todos los atributos necesarios para convertirse en la esposa perfecta. Si se hacía caso omiso del breve e intrascendente romance de adolescentes que había mantenido con su hermano Nikos, la vida amorosa de Diantha era como un papel en blanco, lo cual la hacía más atractiva aún ante los ojos de Leandros que la bruja esa de pelo rojo y lengua viperina con la que se había casado.

Con ese pensamiento en la mente, apuró la cerveza y, al bajar la vista, frunció el ceño al ver a un hombre que tomaba fotografías del yate desde el paseo marítimo. Odiaba a los fotógrafos, no solo porque invadían su intimidad, sino porque ese era el oficio de su esposa. De hecho, se habían conocido durante una improvisada sesión de fotos delante de su Ferrari rojo. Ella había hablado sin parar mientras disparaba la cámara una y otra vez y aquella misma noche habían acabado en la cama. Después.. .

No quería pensar en lo que había sucedido a continuación. Ni siquiera quería acordarse de su maldito nombre. Hacía tiempo que la había desterrado de sus pensamientos y había llegado la hora de legalizar la separación, pensó con alivio, dispuesto a olvidarse de ella para siempre y a emprender una nueva vida... más completa, más relajada y más conveniente.

Las reflexiones de Isobel discurrían por los mismos derroteros mientras leía la carta que acababa de recibir, firmada por el abogado de su distante marido. En ella se decía que Leandros Pretonades tenía la intención de iniciar los trámites del divorcio.

Isobel estaba sentada sola junto a la mesa de la diminuta cocina de su piso londinense. Su madre aún no se había levantado de la cama, lo cual agradeció porque la carta la había dejado atónita, aunque estuviera conforme con su contenido. Ya iba siendo hora de que alguno de los dos tomara la iniciativa, pensó. Era necesario poner fin cuanto antes a ese matrimonio que nunca debería haberse celebrado.

Pero al pensar que por fin había llegado el momento de firmar el final de un matrimonio que había durado cuatro años, se le empañaron los ojos. Si aceptaba la propuesta de Leandros, sentiría que esos años solo habían sido una pérdida de. tiempo. ¿Pensaría él lo mismo? ¿Por qué había tardado tanto en proponerle el divorcio? A Isobel le había costado reconocer que se había portado como una idiota alocada y que había cometido una equivocación tremenda al

casarse con él. Pero... ¿había algo más detrás de la petición de divorcio? ¿Había encontrado Leandros a otra mujer con la que deseara pasar el resto de su vida?

Aunque ya no era de su incumbencia, la idea de tener una rival en el corazón de Leandros puso una nota de tristeza en su estado de humor. Al principio, había amado a ese hombre con una pasión tan desmedida que temió haberse vuelto loca. Los dos eran jóvenes, demasiado jóvenes..., pero la pasión había sido tan salvajemente arrebatadora. ...

«Olvida la pasión del pasado», se dijo antes de releer la carta.

El abogado Takis Konstantindou planteaba la posibilidad de que se desplazara a Atenas para reunirse con su marido, en presencia de los abogados de ambos, naturalmente, con el fin de llegar a un acuerdo que facilitara un divorcio rápido y sin complicaciones. Según él, con un par de días sería más que suficiente. Además, Leandros Petronades correría con todos los gastos de transporte y alojamiento de ella y de su letrado, como gesto de buena voluntad, ya que él no podía viajar a Londres.

Isobel se paró a pensar por qué razón Leandros no estaba dispuesto a tomar un avión para resolver el tema, ya que el hombre que ella recordaba vivía prácticamente atado a una maleta. Era extraño pensar que no deseara moverse, en realidad era extraño pensar en él, fueran cuales fueran las circunstancias. Recordó, por primera vez en mucho tiempo, que se habían conocido en una exposición de automóviles que se celebraba en los recintos fériales de la capital inglesa. Ella había acudido como fotógrafa profesional de una prestigiosa revista y, a sus veintidós flamantes años, se sentía la dueña del mundo. Y él era apuesto, gallardo y moreno... Un verdadero Apolo de piel cetrina.

Habían charlado desenvueltamente bajo los focos, entre los prístinos destellos de los prohibitivos automóviles de último modelo. Ella había analizado su atuendo y decidido que era el representante de unas de las marcas expositoras, ya que todos ellos llevaban relucientes trajes que parecían haber costado una fortuna. En aquel momento no pensó en la posibilidad de que fuera el dueño de varios de los coches. La verdad sobre Leandros llegó después..., cuando ya era demasiado tarde.

Después de la sesión de fotos, habían quedado para cenar y, finalmente, habían terminada en la cama. Cuando él descubrió que Isobel era virgen, su pasión se redobló. Estaba encantado de poder desempeñar el papel de maestro, la enseñó a entender y aceptar los placeres de su propio cuerpo y dejó bien claro cuáles eran sus

gustos. Cuando llegó el momento de regresar a Grecia, Leandros se negó a partir sin ella. Se casaron en una precipitada ceremonia civil y salieron corriendo hacia el aeropuerto.

Isobel empezó a hacerse preguntas desde el mismo instante en que puso los ojos sobre el avión privado que llevaba el logotipo dorado de la familia Petronades. Él se rió a carcajadas al comprobar que ella no sabía que acababa de casarse con un importante magnate griego, la arrastró hacia la pequeña cabina privada e hicieron el amor durante todo el viaje. Ese había sido el momento más feliz de la vida de Isobel. Pero ahí había terminado la historia. En cuánto llegaron a la casa de Leandros en Atenas, él había puntualizado:

-No puedes ir así vestida para conocer a mi madre.

Era la primera crítica que oía de sus labios, pero había sido suficiente para que en su mente se encendieran las primeras luces de alarma, presagiando futuros antagonismos.

-¿Por qué? ¿Qué tiene de malo mi ropa?

-La falda es demasiado corta, se asustará cuando te vea. Además, podrías recogerte un poco el pelo en señal de respeto hacia las personas mayores.

Ni se recogió el pelo ni se cambió la falda. Pero pronto descubrió que no era tan fácil mostrarse rebelde y cabezota ante un hombre que bebía los vientos por ella que ante la mirada de reprobación de su familia.

Desde ese día, las cosas habían ido de mal en peor. Y sí, se dijo a sí misma mientras echaba una tercera mirada a la carta, había llegado el momento de poner el punto final a una historia de desamor que no conducía a ninguna parte.

De hecho, Isobel solo veía un problema en los términos de la carta. No pensaba dejar a su madre sola en Londres ni un solo día.

-¿a que Hora llega su vuelo -inquirió Leandros, desde la mesa de su lujoso despacho en Atenas.

En las dos últimas semanas se había deshecho .de la actitud tranquila y perezosa característica de su vida en San Esteban para convertirse en el millonario griego de mente ágil e implacable que era.

¿Estaba contento de ello? No, no lo estaba, pero sabía que había muchas personas pendientes de las decisiones que él tomara y que su profesionalidad de cara a la alta sociedad griega estaba en juego. La mesa de su despacho estaba llena de pilas de documentos y, al parecer, todos ellos requerían una solución urgente. Se pasaba el día de reunión en reunión, sin apenas tiempo para tomarse un

respiro entre una y otra. Su vida social había pasado de las pacíficas cenas en los restaurantes de la playa de San Esteban a una apretada agenda de compromisos que agotaban sus fuerzas.

Además, como cabeza de familia, debía acompañar a su madre en todos los actos sociales previos a la inminente boda de su hermano Nikos. Habría deseado que Nikos y Carlotta se casaran en secreto, sin armar tanto revuelo. El único buen recuerdo que tenía de su malogrado matrimonio era la sonrisa que le había dedicado Isobel cuando él había puesto el anillo en su dedo anular delante del juez, mientras murmuraba con deleite: «Te amo tanto...» Ese momento había sido totalmente suyo. Leandros no necesitaba casarse delante de quinientos testigos para demostrar que su amor era verdadero. Su corazón brincó dolorido por el recuerdo de lo que había poseído y luego perdido.

-Esta tarde -contestó Takis Konstantindou, sacándolo de su ensimismamiento-. Pero ha insistido en buscar alojamiento por su cuenta. Estará en el hotel Apolo, cerca del Pireo.

-Ese hotel es una basura -comentó Leandros frunciendo el ceño-. ¿Por qué prefiere estar allí y no en la suite del Ateneo?

Takis se encogió de hombros, dando a entender que carecía de respuesta.

-Lo único que sé es que ha rechazado nuestra invitación y, a cambio, ha reservado tres habitaciones, no solo dos, en el Apolo, una de las cuáles debe ser accesible en silla de ruedas.

¿Acceso para una silla de ruedas?, se preguntó Leandros atónito.

-¿Por qué? ¿Le ha pasado algo? ¿Está enferma...?

-Aún no sé si esa habitación es para ella -contestó Takis.

-¡Pues infórmate! -le espetó Leandros, sintiéndose mareado al pensar que su mujer podría estar impedida-. Si es cierto, tendremos que cambiar nuestra propuesta y tener en cuenta esa discapacidad física.

-Creo que nuestra propuesta es válida tal y como está redactada -comentó Takis con cinismo.

-No me conformo con una propuesta «válida» -contestó Leandros súbitamente enojado-. Se trata de mi mujer... -se interrumpió brevemente al oír sus propias palabras-. Si necesita un complemento para sobrellevar una discapacidad, vamos a dárselo. No quiero terminar este matrimonio con una sensación de triunfo. Al contrario, necesito saber que la he tratado con justicia hasta el último momento.

-Lo siento -dijo Takis, sorprendido por su imprevisto arrebato de genio-, no pretendía.

-Ya lo sé -lo interrumpió Leandros secamente-. Sé perfectamente lo que piensas de todo este asunto -añadió mientras Takis enrojecía hasta las orejas.

Sabía que tanto su familia, como la de Takis, habían desaprobado su matrimonio con Isobel desde un principio. Sabía que todos deseaban un final rápido. Pero se equivocaban si suponían que Isobel había sido la causa del desastre matrimonial. De ninguna manera. Takis se engañaba si pensaba que él estaba dispuesto a divorciarse porque ya no le importaba el futuro bienestar de Isobel. Era posible que prefiriera volver a casarse con una mujer menos complicada, pero...

-Penséis lo que penséis de mi matrimonio con Isobel, quiero dejar bien claro, desde ahora mismo, que ella se merece todo mi respeto. ¿Entendido?

-Desde luego -aceptó su interlocutor. Takis doblaba en edad a Leandros y, además, era su padrino, pero en ese momento tuvo que comportarse como habría hecho un simple asalariado, guardándose para sí sus propias opiniones-. Nunca quise decir. ..

-Por favor, infórmate de cuál es su situación antes de que tengamos que reunimos con ella -lo interrumpió Leandros, echando una ojeada al reloj y dando por finalizada la conversación.

Takis se puso de pie, se despidió con una ligera inclinación de cabeza y salió del despacho para cumplir su cometido. Leandros esperó hasta que la puerta se cerró detrás de él antes de volver a acomodarse en su sillón, pensativo. Sabía que había reaccionado irracionalmente. La conversación mantenida con Takis hacía dos semanas sobre la propuesta de divorcio había sido breve y concisa. Pero en aquellos momentos todavía pensaba que Isobel era una bruja indeseable. Sin embargo, con el paso de los días, su opinión se había ido moderando hasta llegar a una conclusión mucho más razonable: Había sido él quien había «atrapado» a una Isobel demasiado joven y la había lanzado sobre las fauces de la puritana alta sociedad griega sin previo aviso. Sin embargo, su imprevisto ataque de ira le preocupaba. ¿Qué le había pasado? ¿Estaba inseguro? ¿Cómo reaccionaría ante Isobel si esta llegaba en una silla de ruedas? Soltó un juramento en voz baja mientras sonaba el teléfono. Era Diantha. Llamaba para recordarle amablemente que su madre se inquietaría si esa noche llegaba tarde a cenar. El agradable sonido de su voz tuvo la virtud de relajarlo y permitirle olvidar todos los problemas. Cuando colgó el teléfono se sentía mucho mejor.

»Sí», se dijo, Diantha era la mujer adecuada para él. Tenía la

habilidad de reconducir su mente hacia los temas que realmente importaban con toda la calma del mundo.

-Con ese traje das la impresión de ir pidiendo guerra -dijo Silvia Cunningham con su franqueza habitual.

Isobel se miró en el espejo.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?

Llevaba un traje marrón, con la chaqueta abotonada hasta el cuello y una falda larga que le cubría por completo las rodillas. Debajo, una respetable blusa de color crema. Se había recogido el cabello en la nuca con un prendedor de concha y el ligero toque de maquillaje pasaba prácticamente desapercibido.

-Lo que pasa es que ese traje te sienta tan bien que ningún hombre podrá evitar los deseos de ponerte las manos encima, y menos que nadie, tu apasionado esposo.

-No puedo evitar tener buen tipo. Lo he heredado de ti, al igual que los ojos verdes y el cabello rojo.

-Y un temperamento endiablado -añadió Silvia-. Das la impresión de querer demostrarle lo mucho que va a perder divorciándose de ti.

-¡Qué dices! ¿Tengo que recordarte que fui yo la que lo abandoné hace ya tres años? -contestó ella con disgusto-. No tengo tiempo para seguir discutiendo, no quiero llegar tarde a la reunión.

-Sería mejor que no volvieras a verlo cara a cara -insistió Silvia.

-¡No empecemos de nuevo, por favor! -suplicó Isobel, observando cómo su madre se desplazaba muy despacio por la habitación con la ayuda de un andador.

-Siempre he creído que tendrías que haber dejado todo el tema en manos de los abogados, ya lo sabes. Y ahora, al verte así vestida, estoy más convencida aún de que ponerte delante de sus ojos va a ser la mayor equivocación de tu vida.

-Siéntate, por favor -rogó Isobel-. Te tiemblan los brazos y los médicos te han advertido que no te esfuerces demasiado.

Silvia había sido una mujer impresionante, al igual que su hija, hasta que un desgraciado accidente automovilístico la había reducido a una silla de ruedas. Sin embargo, era tozuda y, con la ayuda de un fisioterapeuta, estaba recuperando poco a poco la movilidad de las piernas. Afortunadamente, su mente seguía tan lúcida como siempre.

Isobel chasqueó la lengua con impaciencia mientras acercaba una silla y la colocaba detrás de su madre. Silvia se inclinó con cuidado y se sentó sin emitir protesta alguna, lo cual indicaba claramente lo cansada que estaba de estar de pie. Isobel la besó en

la tersa mejilla como despedida-: De acuerdo -admitió-, me he vestido así por algo, pero no tiene nada que ver con el deseo de que Leandros se arrepienta de su propuesta de divorcio. Durante el año que estuvimos juntos, no paró de criticar mi forma de vestir, y yo fui lo suficientemente testaruda como para no aceptar ni una sola sugerencia por su parte. Ahora quiero demostrarle que sigo siendo igual de cabezota, pero que he madurado y soy capaz de vestirme de una forma totalmente convencional si me da la gana.

-Eres pretenciosa -comentó su madre con preocupación.

-Quiero demostrarle que soy capaz de cualquIer cosa.

Unos contenidos golpes en la puerta interrumpieron la conversación. Tenía que ser Lester Miles, el abogado de Isobel. Ella dirigió una sonrisa a madre y se preparó para partir, pero Silvia insistió-:

-No permitas que vuelva a hacerte daño.

-Fuera lo que fuera lo que Leandros hizo conmigo, jamás tuvo la intención de hacerme daño -protestó Isobel con una furia que dejó a su madre aturdida y confusa-. Estábamos enamorados, pero no había armonía entre nosotros. Nos resultó muy duro reconocer que la convivencia era imposible.

Silvia decidió respetar el dolor de su hija y contuvo la lengua mientras aceptaba un segundo beso en la mejilla. Isobel estaba sorprendida de sus propias palabras. ¿Qué demonios pretendía defendiendo a un hombre que era indefendible? ¿Estaría más nerviosa de lo que se atrevía a aceptar? ¿Era posible que Leandros conservara todavía la capacidad de hacerle daño? «No», se dijo, ese hombre no volvería a herirla nunca más, la historia se había acabado.

-¿Qué vas a hacer mientras yo esté fuera? -le preguntó a su madre antes de abrir la puerta para marcharse en compañía de Lester Miles.

-Clive ha alquilado un coche, iremos a dar un paseo para admirar las vistas de la ciudad.

«Clive», recordó Isobel. Ese era otro problema con el que tendría que enfrentarse. Clive Sanders era fisioterapeuta, vecino y buen amigo. Y, según Isobel sospechaba, estaba a la espera de que ella le diera permiso para empezar a cortejarla. Clive se las había arreglado para invitarse al viaje a Atenas, posiblemente alentado por su madre. Y ella se había enterado al encontrárselo en el vestíbulo del hotel esa misma mañana. Clive había sonreído ante su gesto de disgusto, antes de comentar con tono inocente:

-Estoy aquí por tu madre. Deberías alegrarte por la sorpresa,

ingrata.

Pero ella no se había alegrado de verlo ni había sentido gratitud alguna. No le gustaba la gente que se creía con derecho a interferir en su vida. Por eso necesitaba finalizar la relación con Leandros de una vez por todas, sabía que no existía ni la menor posibilidad de que él deseara revivir la locura de su ya lejana relación amorosa, pero el divorcio era necesario para poder mirar hacia el futuro de frente, sin viejas ataduras. No era que lo odiara, pero sí lo despreciaba por cómo había sido tratada. Él había herido de muerte su alma y había destrozado la inocente confianza que tenía en sí misma, algo muy difícil de recuperar.

Isobel abandonó la habitación y se dio de bruces con Lester Miles. Él la miró de arriba abajo con sorpresa y a Isobel le quedó bien claro que su atuendo no iba a pasar en absoluto desapercibido.

.A lo mejor había cometido un error al vestirse de ese modo, pero ya era tarde para rectificar, por lo que alzó la barbilla, saludó a su abogado con una inclinación de cabeza y continuó su camino hacia los ascensores, seguida de cerca por el joven letrado. Se trataba de un hombre emprendedor que ella había localizado a través de las páginas amarillas de la compañía telefónica. Se sentía capaz de hacerse cargo de los trámites del divorcio ella sola, pero no podía negar que la presencia de Miles la tranquilizaba. Había llegado el día de liquidar las cuentas pendientes con Leandros. Estaba dispuesta a recobrar todo lo que ese hombre le había robado y a salir de la reunión satisfecha consigo misma. No quería su dinero ni sus bienes. Y ella no poseía nada que él pudiera desear recobrar, a no ser que pensara discutir por el anillo de boda o por un conjunto de joyas que le había regalado. Eran reliquias de la familia, había dicho su hermana Chloe, antes de añadir con soma: «Demasiado elegantes para ti, ¿no crees?».

Pero ni la madre ni la hermana de Leandros habían estado presentes cuando ella había hecho el amor con él, adornada exclusivamente con esas preciosas reliquias. Las joyas llevaban tres guardadas en la caja fuerte de un banco ateniense y Leandros podría recuperarlas sin problemas. Iba a ser interesante estudiar su propuesta, saber qué propiedades estaba dispuesto a entregarle antes de dejarle claro que no quería llevarse absolutamente nada. Y a continuación, le devolvería sus preciosas joyas para poder salir de la reunión con la cabeza bien alta y la dignidad intacta.

El trayecto en taxi por la ciudad de Atenas se hizo interminable, los coches apenas avanzaban. Lester Miles la interrogaba sin cesar sobre cuáles era sus propósitos, pero ella se negó a dar

explicaciones.

-Está usted en una posición inmejorable, señora Petronades -le dijo-. Al no haber firmado ningún acuerdo prematrimonial, tiene usted derecho a la mitad de la fortuna de su marido.

Isobel parpadeó. No había dedicado ni un solo pensamiento a esa posibilidad. ¿Era esa la razón por la que Leandros deseaba verla personalmente? Si eso era verdad, había mucho en juego. Las joyas que ella tenía en mente se quedaban en nada frente a la inmensa fortuna de la familia Petronades.

-Las negociaciones se inclinarán en un sentido u otro, dependiendo de cuál de los dos desee con mayor urgencia el divorcio y, puesto que ha sido él quien lo ha pedido, tenemos el poder en nuestras manos -prosiguió el abogado.

-Te has estudiado bien la lección –murmuró Isobel.

-Por supuesto. Para eso me ha contratado.

-¿Quiere eso decir que sabes por qué mi marido ha decidido pedir el divorcio precisamente ahora?

-No tengo pruebas -contestó Lester en tono de advertencia-, pero creo que hay otra mujer de por medio. Se llama Diantha Christophoros y pertenece a una de las familias más adineradas de Grecia. Isobel reconoció el nombre de la familia con un repentino dolor en la boca del estómago, La unión entre los Pretonades y los Christophoros daría lugar al nacimiento de una nueva dinastía. La madre de Leandros tendría que estar muy contenta.

-Acaba de pasar un par de semanas en el yate de su marido -prosiguió el eficiente abogado-. También me he enterado de que su cuñado, Nicolas Petronades, va a casarse la semana que viene con Carlotta Santorini. Los rumores dicen que, después de esa boda, Leandros Petronades se va a apresurar para fijar la fecha de la suya.

Isobel luchó contra las lágrimas que pugnaban por derramarse mientras sentía cómo se le contraía el estómago dolorosamente.

«Vete al infierno, Leandros», concluyó finalmente para sí con amargura.

Capítulo 2

VETE al infierno, Leandros», se repitió de nuevo quince minutos más tarde cuando sus ojos se cruzaron, por primera vez en mucho tiempo, al llegar a la imponente sala de reuniones.

Leandros Petronades reinaba en el mejor despacho del edificio del grupo empresarial que había pertenecido a su familia durante generaciones. Alto, musculoso, moreno y tan arrogante corno siempre. Un hombre hecho para romper corazones, pensó Isobel.

Llevaba un traje gris marengo, cortado a medida, con una inmaculada camisa blanca y una corbata gris perla. No había cambiado en absoluto; su apostura, su encanto y su dominio seguían allí, al igual que esos ojos castaños tan dulces como la melaza, y esa boca propia de un seductor nato.

Deseó acercarse a él y estamparle una bofetada en plena cara. Quería desahogarse a puñetazo limpio sobre su musculoso pecho. La furia y el dolor corrían sin freno por sus venas. Se sentía como si los tres largos años de separación no hubieran existido; en realidad parecía corno si lo hubiese abandonado el día anterior. Pensó en Diantha Christophoros, la mujer con el corazón roto que, según se decía, su familia se había tenido que llevar a los Estados Unidos para que se recuperara del golpe recibido cuando Leandros llegó a Atenas recién casado con ella.

¿Pensaba Leandros que ella no estaba enterada .de sus próximos planes de boda? ¿Que no sabía que durante esos tres años él había viajado varias veces a Washington para visitar a su ex novia?

«Te odio», le dijo con la mirada, sin pronunciar palabra. Se miraron durante unos instantes en un silencio tenso. Allí estaba su tío y padrino Takis, que se negó a saludarla. Lester Miles procuraba pasar desapercibido detrás de Isobel, hasta que pasara el primer momento de inevitable tensión. Leandros no movió ni un solo músculo al verla y resultó evidente que no pensaba acercarse a saludarla. Al contrario, sus ojos la miraban con tanto desprecio como si se tratara de una víbora.

«Bien, esa mirada lo dice todo», pensó Isobel con frialdad. «Al final se ha doblegado ante las presiones de su familia».

Leandros se había quedado prácticamente paralizado al ver entrar a la mujer que llevaba cuatro años casada con él. Sus piernas seguían siendo sensacionales, admitió con amargura, recordando el alivio que había sentido al enterarse de que no era ella, sino su madre, la que estaba confinada en una silla de ruedas. Aunque también lo sentía por Silvia Cunningham. Su suegra había sido una mujer muy hermosa, de rasgos idénticos a los de su hija, llena de

vida y sentido del humor. Estaba muy impresionado por su desgracia, pero había llegado el momento de hablar cara a cara con esa adúltera mujer de cabello rojo e intensos ojos ver- des que tenía delante. Aunque unas horas antes hubiera estado dispuesto a tratarla con amabilidad, en esos momentos su pensamiento se concentraba en cómo hacerla pedazos.

Durante cuatro años, esa mujer había continuado alojándose en su corazón como un dolor sordo, pero persistente. Se sentía culpable y triste, por eso había decidido no comentarle sus planes de volver a casarse, como signo de respeto, al menos hasta que hubieran firmado los papeles del divorcio. Pero luego había descubierto que podría ahorrarse semejante cortesía, puesto que ella misma se había traído a su alto y rubio amante a Atenas. ¿No era capaz de pasar un par de días sin él? ¿La habría llegado a conocer tan íntimamente como él? ¿La hacía gemir e implorar en la cama hasta llegar a la cima del éxtasis?

La miró con una llamarada de furia acerada en los ojos. Iba vestida con un traje de cuero. ¿Por qué de cuero? ¿Quería demostrarle que podía permitirse el lujo de comprar ropa cara con su propio dinero? ¿O se habría vestido así para complacer a su amante?

-Llegas tarde -dijo finalmente con tono incisivo, recorriendo las perfectas curvas del rostro de la que todavía era su esposa, pero ya pertenecía a otro hombre. Se imaginó la posibilidad de volver a tocarla, de hacerla temblar de pasión... .

-El tráfico estaba imposible -repuso Isobel, entornando sus bellos ojos verdes.

-Eso no es ninguna excusa. El tráfico en Atenas siempre es así. Me figuro que no lo habrás olvidado, aunque lleves tres años fuera. Toma asiento, por favor.

Leandros se dejó caer sobre una silla con violencia, haciendo caso omiso de la mirada de reprobación de Takis mientras analizaba al abogado de Isobel. ¿Cómo era capaz de presentarse con un joven recién licenciado sabiendo que tendría que enfrentarse con el maduro y reputado Takis Konstantindou? También cabía la posibilidad de que fuera un segundo amante, pensó con irritación mientras empezaba a golpear rítmicamente la mesa con su pluma estilográfica. Takis estaba estrechando la mano de Lester Miles con la máxima cortesía, mientras Isobel atravesaba toda la sala para tomar asiento frente a Leandros. El traje de cuero acariciaba su magnífica figura a cada paso. Allí debajo estaban los largos y sedosos muslos y los bien formados y protuberantes senos. ¿Por qué

llevaba la chaqueta abotonada hasta el cuello? ¿Llevaría algo debajo? ¿Pretendía que él se hiciera todas esas preguntas?

Isobel tenía la barbilla alzada y su piel era tan blanca y suave que parecía irreal. Finalmente, tomó asiento frente a él, tan lejos como el diseño de la mesa permitía. Leandros se divirtió pensando que un simple beso experto en el lóbulo de la oreja la haría perder por completo el sentido, incapaz de resistirse a la tentación de derretirse como la miel bajo el sol del verano. La conocía, conocía sus más íntimos secretos y todas sus zonas erógenas. Al fin y al cabo, él había sido su maestro en el amor. Sabía cómo obligarla a suplicar y sollozar, gritando su nombre, hasta el paroxismo del clímax. Era capaz de derrumbar esa estatua de hielo en un par de minutos. Pero volvió a recordar la existencia del amante, o los amantes, y toda su fantasía erótica desapareció como por ensalmo, dando paso de nuevo a la irritación.

Ella acababa de dejar el bolso en el suelo, junto a la silla, y levantó la vista para mirarlo directamente a los ojos con hostilidad. El pulso de Leandros se aceleró al ver cómo esos ojos verdes le declaraban la guerra sin cruzar palabra. Pero no sabía cuál iba a ser el motivo de la discordia, puesto que llevaban tres años sin verse y, sin duda, el divorcio que él había propuesto parecía la solución más razonable. ¿Por qué se mostraba ella tan hostil?

«¿Qué piensas sacar de todo esto, bruja infame!», preguntó con la mirada, en actitud desafiante. «Espero que estés preparada para luchar porque yo sí lo estoy».

Ella puso las manos sobre la mesa, acariciando la pulida superficie y mostrando sus preciosos dedos con las uñas lacadas en color rosa. El cuerpo de Leandros reaccionó de inmediato ante esa actitud tan sensual. Ella se dio cuenta y le dirigió una mirada despectiva.

Takis se sentó al lado de Leandros y Lester Miles junto a Isobel. Ella se giró hacia su abogado y le dedicó una sonrisa capaz de derretir un iceberg. Pero, según pudo observar Leandros, el joven abogado no estaba acostumbrado a recibir ese tipo de trato, puesto que había enrojecido hasta las orejas. Quedaba descartado como amante, pues. Sin embargo, Miles le devolvió la sonrisa a Isobel con un ademán que quería decir: «No hay por qué preocuparse, todo está bajo control».

El león que Leandros llevaba dentro volvió a rugir de ira al observar ese gesto de complicidad.

«Voy a acabar contigo», pensó el magnate con acritud cuando ella volvió a mirarlo.

-¿Podemos empezar? -preguntó Takis mientras abría un cartera azul. Isobel colocó las manos sobre el regazo y Leandros volvió golpear con impaciencia sobre la mesa con la estilográfica-. Isobel -prosiguió Takis-, quiero empezar por decirte que queremos que todo el proceso de divorcio se desarrolle de manera civilizada y justa.

-Hola, tío Takis -dijo ella, creando un instante de tensión. Takis y Lester Miles se quedaron petrificados. De hecho, el anciano y reputado Takis Konstantindou se sonrojó antes de poder recuperar la compostura.

-Acepta mis disculpas, Isobel. No sé cómo he podido llegar al extremo de perder las buenas maneras.

-No importa -repuso ella, apartando la vista para volver a mirar a Leandros. «¡Maldita bruja!», pensó Leandros.

Isobel respondió al inaudible insulto alzando una ceja que quería decir: «Puede que tengas razón, pero al menos no seré tu bruja por mucho tiempo» .

La tensión se podía cortar con un cuchillo.

-Como iba diciendo -atacó de nuevo Takis, aclarándose la garganta-, teniendo en cuenta los intereses de ambas partes, he redactado, a petición de mi cliente, un primer documento de propuestas para que ustedes puedan examinarlo -dijo, deslizando los papeles hacia Isobel, que ni siquiera se molestó en mirarlos. Sin embargo, Lester Miles se incorporó ligeramente, tomó el documento Y se puso a leerlo atentamente-. Como deseamos terminar rápidamente con estos trámites, hemos hecho una propuesta económica muy generosa, dadas las circunstancias.

-¿Qué circunstancias? -preguntó el abogado de Isobel.

-Nuestros clientes no se ven desde hace tres años –contestó Takis con la mirada alzada y desafiante.

«Tres años, un mes y veinticuatro días», rectificó Isobel en silencio, deseando que Leandros parara de dar golpecitos en la mesa con la pluma. La estaba mirando como si fuera una asesina convicta y parecía evidente que deseaba quitársela de en medio cuanto antes.

Esa mirada le hizo daño, aunque ella sabía que a esas alturas ya debería ser completamente inmune a las ofensas de ese hombre.

-Gracias -dijo Lester mientras Takis empezaba a enumerar los bienes que pasarían a ser propiedad de Isobel.

Isobel se puso enferma. ¿Estaban todos convencidos de que ella se había presentado allí solo para lucrarse? ¿Era Leandros capaz de pensar que ella era tan asquerosamente materialista?

-¿ Cuándo te he dado la impresión de ser una cazafortunas? -le

espetó sin mayores contemplaciones.

-Estás aquí, ¿no? ¿Qué otro motivo puede haber para que te hayas decidido a hacer un viaje tan largo? –repuso él, mirándola fijamente.

Isobel se quedó atónita. Esa respuesta dejaba claro que él estaba convencido de que había ido por el dinero, o... a tratar de retomar su vieja historia de amor.

-Ambas partes han reconocido que la separación se ha producido debido a... diferencias irreconciliables. Realmente, creo que no merece la pena discutir sobre quién ha sido el culpable. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -contestó Lester Miles.

Pero Isobel no estaba de acuerdo. Miró al hombre con el que todavía estaba casada, recordando el año de convivencia, las interminables horas que él dedicaba cada día al trabajo y la resistencia de ella a convertirse en un mero objeto de deseo. Era cierto que, desde un principio, la relación de ambos se había basado en el sexo, un sexo exigente y tormentoso. Pero, al llegar a Atenas, Isobel se había quedado sola y desamparada. Por una parte, había estado el palpable descontento de la familia Petronades y, por otro, la dedicación exclusiva de su marido al trabajo y a los compromisos sociales. Ese no era el tipo de matrimonio que ella deseaba. No le interesaba el sexo sin amor, sin complicidad y sin ratos compartidos. Y la gota que había colmado el vaso había sido la reacción de Leandros ante su embarazo. Se había henchido de furia y la había acusado de ser una descuidada. Había afirmado que ya tenían suficientes problemas como para añadir uno más. Isobel lo había odiado en silencio, y había empezado a plantearse la separación. Cuando, un par de meses más tarde, ella sufrió un aborto espontáneo, Leandros se mostró feliz. «Es lo mejor que nos podía pasar», dijo. «Somos demasiado jóvenes».

Al recordar todo el daño que le había hecho, sintió aflorar unas lágrimas que reprimió inmediatamente. Pero Leandros se había dado cuenta y dejó de golpear la mesa con la pluma.

-Su cliente abandonó al mío por voluntad propia -prosiguió Takis-. y no ha habido ningún intento de retomar la relación desde entonces.

«¡Idiota!», maldijo Isobel. «Ni siquiera te has molestado en llamar por teléfono ni una sola vez para ver si estaba viva o muerta».

-¿Por ninguna de las dos partes? -preguntó Miles.

Leandros volvió a golpear la mesa con la pluma con una mueca

de tirantez en los labios. «No le importo nada», se dijo Isobel con resignación. Estaba claro que él no quería recordar aquellas semanas posteriores al aborto y previas a su marcha, cuando ella había sufrido profundamente el impacto de la dolorosa pérdida, y él no había parecido dispuesto a quitarle horas al trabajo para ocuparse de consolar a su mujer.

-El señor Petronades ingresa una cantidad de dinero importante todos los meses en la cuenta corriente de la señora Petronades, pero no existe evidencia de que ese dinero haya sido retirado –dijo Takis:

-No quiero tu dinero -le dijo Isobel a Leandros-, no he tocado ni un solo penique.

-Eso no es problema mío -repuso él con un encogimiento de hombros que mostraba indiferencia.

-Ahora debemos hablar sobre la propiedad de la casa sita en Hampshire, Inglaterra -insistió Takis-. Como gesto de buena voluntad, será puesta a nombre de la señora Petronades, como parte de...

-Tampoco quiero tu casa -puntualizó ella.

-Señora Petronades, no entiendo... -intervino Lester Miles.

-Te quedarás con la casa -lo interrumpió Leandros con tono neutral.

-¿Para quitarte un problema de conciencia? -preguntó Isobel incisivamente.

Él entornó los ojos.

-Tengo las manos limpias -aseguró, mientras Isobel le dirigía una mirada burlona-. Pero, ya que estamos en ello, me gustaría saber en qué estado está tu conciencia...

-Leandros -dijo Takis en tono de advertencia-, no creo que ese tipo de conversación nos lleve a ninguna parte...

-Quédate con la casa -repitió Isobel-. Y qué-date con todo lo que has puesto en esa lista.

-¿No quieres nada de mí?

-Nada -le confirmó Isobel con gran placer.

-¡Nada de la lista! -se asombró Lester Miles, dispuesto a presentar batalla. Leandros parecía furioso e Isobello azuzaba. Takis palideció y se despegó ligeramente el cuello de la camisa para tomar una bocanada de aire: sabía que ambos contendientes eran capaces de ponerse a lanzarse feroces dentelladas antes de quedar exhaustos-. La señora Pe- tronades no ha firmado ningún acuerdo prenupcial -prosiguió Lester Miles apresuradamente-. Eso le da derecho a quedarse con la mitad de la fortuna, del señor Petronades. Creo que deberíamos. ..

Leandros detuvo al abogado con una mirada , asesina.

-No estaba hablando con usted -advirtió, volviendo de nuevo la mirada hacia su mujer-. ¿Qué es lo que quieres, entonces?

Se miraron como si por fin se hubiese declarado una tensa guerra fría que solo los atañía a ambos. La mente de Isobel estaba llena de cólera, de amargura y de ciega hostilidad. Ese hombre había destrozado su juventud y pisoteado su optimismo. Había hecho jirones todo el amor que ella era capaz de dar. Había masacrado el orgullo que había sentido al saberse embarazada. Y, finalmente, se había alegrado de verla marchar.

Después de tres años de separación, Isobel creía que Leandros ya no podría hacerle daño. Había llegado a Atenas con la intención de poner fin a la relación y volverse tranquilamente a Londres. Pero el nombre de Diantha Christophoros la había puesto fuera de sí y no podía controlarse. Sin embargo, no podía utilizar la fuerza física, solo podría vengarse de palabra.

-Ni quiero tus casas ni quiero tu dinero -informó-. Ni te quiero a ti, ni quiero seguir llevando tu nombre. Ni siquiera quiero conservar el anillo de matrimonio -dijo, sacándoselo del dedo para lanzarlo a través de la pulida mesa de reuniones, antes de abrir el bolso y extraer un sobre-. En ese sobre está la llave de mi caja de caudales en un banco ateniense, junto a una carta firmada que te permite hacer uso de ella. Allí encontrarás tus preciosas reliquias familiares. Regálaselas a tu próxima esposa, posiblemente podrá lucirlas con más estilo que yo.

-Te lo vuelvo a preguntar -insistió Leandros sin alterarse-. ¿Qué es lo que quieres?

-¡Divorciarrne! -exclamó ella con los ojos llenos de lágrimas-. Eso es todo, quiero salir de tu vida inmediatamente y olvidarte para siempre. No mereces nada más.

-Vuelve a insultarme y te arrepentirás -advirtió él seriamente.

-¿Qué podrías hacerme que no me hayas hecho ya? -se burló ella con una risotada.

-Demostrarte que eres una desconsiderada al haberte traído a tu musculoso amante hasta Atenas.

Durante un instante, Isobel no supo de qué estaba hablando, pero luego cayó en la cuenta.

-¡Me has estado espiando! -lo acusó.

-Culpable -admitió él dejándose caer sobre el respaldo de la silla con indolencia-. La palabra «adulterio» no me gusta -añadió con frialdad-. Si quisiera, podría llevaros a los tribunales.

-Hazlo -repuso ella-. Pero que quede claro que, pase lo que pase,

no voy a aceptar ni un solo euro de ti -concluyó poniéndose en pie para abandonar la sala, dejando perplejos a los dos abogados.

-Isobel, por favor... -dijo Takis.

-Señora Petronades, piénselo con más calma, por favor. ..- intervino Lester Miles.

-Quiero que ustedes dos salgan de la sala inmediatamente -dijo Leandros con tono autoritario, refiriéndose a los abogados-. y tú, Isobel, si das un solo paso más en dirección a la puerta, te llevaré a los tribunales y te arrastraré por el fango.

Ella ralentizó el paso y, finalmente, se detuvo con renuencia. Temblaba de tal manera, que estaba empezando a marearse. Durante el silencio que siguió, se preguntó qué camino tomarían los abogados. ¿Serían capaces de enfrentarse a Leandros Petronades? No, se dijo al verlos salir de la sala con la cabeza baja. La puerta se cerró tras ellos.

Estaban a solas y ella se giró sobre los tacones de los zapatos para enfrentarse con él.

-Eres un matón de mala muerte -dijo con disgusto.

-iUn matón! -repitió él con un mohín-. y tú, cariño, ¿qué eres... un ser angelical? -preguntó en tono de sorna, jugueteando con la pluma. Parecía relajado, pero ella no se dejó engañar, la forzada mueca de los labios y el apretón de dientes indicaban que estaba en tensión, como un gato agazapado-. Háblame de Clive Sanders.

Ella se rió porque la situación le parecía surrealista. ¿Cómo se atrevía a pedirle explicaciones después de tres años sin verse? Isobel regresó hacia la mesa, plantó las palmas de las manos sobre la superficie y lo miró a los ojos.

-Puro sexo -mintió-. Soy una maestra en el tema, ¿recuerdas? Clive...

En menos de un segundo, Leandros rodeó la mesa y se lanzó sobre ella, derribándola de espaldas sobre la pulida superficie, antes de colocarse encima. El brutal e inesperado contacto físico consiguió que Isobel reaccionara de forma instintiva, lamiéndose los labios. La situación era espantosa. Un auténtico torbellino de recuerdos llenos de deseo y pasión ocupó su mente por completo.

-Repítelo, atrévete... -la urgió Leandros.

-Apártate de mí -protestó Isobel, desesperada, mientras asestaba ineficaces puñetazos contra su pecho.

-¡Dilo!

-No pienso permitir que vuelvas a darme una orden jamás -advirtió ella con una brillante expresión de firmeza en sus hermosos ojos verdes.

El lanzó una carcajada burlona y la miró con desdén.

-Siento decepcionarte, cariño, pero estás atrapada -dijo, embistiéndola con las caderas para demostrar su masculino poderío.

-Eres insoportable -suspiró ella, sin poder evitar responder con sus propias caderas a la insinuación sexual, consciente de que sería imposible intentar controlar sus instintos más básicos.

Él rió roncamente y acercó una mano hasta su nuca para quitarle el prendedor del pelo.

-Así me gustas más -dijo mientras admiraba cómo la mata de cabello rojo se extendía sobre la mesa-. Vuelves a ser el demonio con el que me casé. Lo único que nos queda por hacer es comprobar hasta qué punto sigues siendo diabólica -añadió mientras sus dedos luchaban con los botones de la chaqueta de cuero. Debajo apareció la elegante blusa de seda color crema-. ¿Por qué te has vestido de cuero para venir a verme? ¿No sabes que es el material más sexy del mercado? ¿Por qué llevas debajo una blusa tan convencional que incluso mi madre rechazaría ponerse? ¿Qué quieres demostrarme, Isobel? ¿Que hay diferentes formas de resultar provocativa? ¿O es que estás respetando los gustos de tu amante? ¿Le gusta irte desnudando capa por capa? ¿Es eso?

-Sí -murmuró ella-. Cuantas más capas lleve, más se excita. Mientras que tú nunca me has dirigido una mirada hasta que estaba desnuda sobre la cama, preparada para concederte una rápida satisfacción.

-iBruja! -rugió Leandros, sintiéndose insultado.

-iDeja que me marche! -rogó Isobel con lágrimas en los ojos. Pero él aprovechó que ella estaba hablando para capturar furiosamente la boca con la suya, introduciendo la lengua con el mayor descaro.

En unos segundos, Isobel renunció a resistirse a ese bruto que sabía exactamente cómo besarla para que perdiera los sentidos. Los dedos de Leandros desabotonaron la blusa con gesto experto y se metieron por debajo del breve sujetador de encaje para acariciar unos de sus protuberantes pezones, haciéndola gritar de gozo. Estaba a punto de abandonarse por completo a sus instintos más primitivos, reflexionó Isobel. Si él metía la mano entre sus muslos, no podría negarse a que terminara la tarea. Pero, de repente y por sorpresa, se sintió libre. Leandros estaba de nuevo en pie, mientras ella yacía sobre la mesa confusa y desorientada. A sus ojos asomaron lágrimas de humillación que no intentó reprimir mientras él la tomaba por la cintura y la ayudaba a ponerse en pie. Cuando reparó en sus lágrimas, soltó un suspiro de triunfo.

-Te odio -le espetó Isobel-. Siempre fuiste un bruto.

-¡No deberías haberte traído a tu amante! Me siento insultado.

Isobel resolvió la situación por instinto, soltándole una tremenda bofetada en plena cara. A continuación, recogió el bolso y se dispuso a marcharse. Le temblaban las piernas y apenas acertó a abotonarse la chaqueta. Sin embargo, la espesa mata de cabello rojo relucía desplegada sobre los hombros, mostrando claramente lo que había ocurrido.

Él no intentó retenerla, lo cual ella se tomó como el insulto supremo. Cuando llegó a la antesala, se encontró con la mirada perpleja de los dos abogados.

-Se hará lo que él quiera -le dijo a Lester Miles sin detenerse-. Firmaremos lo que haga falta.

Leandros no se había sentido tan furioso consigo mismo desde hacía mucho tiempo. La había tratado como a una fulana, pero... ¿para qué? Una vez recobrada la cordura, se encontró con que no tenía respuesta. No podía creerse su propia grosería. Habían pasado tres años y, sin embargo, él había reacionado ante la visión de su amante en el vestíbulo del hotel como si la hubiese encontrado con otro hombre en su propia cama. Ella era una joven atractiva y saludable. Era perfectamente normal que tuviese un amante al cabo de tanto tiempo. ¿Por qué se sentía tan celoso, tan engañado, cuando había pasado tanto tiempo? Porque en lo más profundo de su ser aún estaba convencido de que ella le pertenecía, reflexionó.

La puerta de la sala de reuniones se abrió, dando paso a Takis, mientras él se servía un vaso de whisky solo.

-Te ha dado una bofetada -comentó el abogado al ver los dedos marcados sobre su rostro-. Sospecho que te la merecías.

Sí, claro, se la merecía, asumió Leandros tristemente.

-¿Qué os ha dicho?

-«Se hará lo que él quiera» -repuso Takis-. Quiere que le mande los papeles para fimarlos, y eso es precisamente lo que pienso hacer antes de que cambie de opinión. Esa mujer es un peligro. Sea lo que sea lo que le hayas hecho, se ha vuelto peligrosa.

-Admitió delante de mí que se estaba acostando con ese hombre -repuso él como si eso lo explicara todo.

-¿Le has comentado que quieres divorciarte cuanto antes porque ya tienes a una nueva prometida esperando en el altar?

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó Leandros, furioso.

-Creo que ya lo sabe todo el mundo -repuso el abogado con cautela.

¿Lo sabe todo el mundo?, se preguntó Leandros. ¿Quién había

hecho correr esa noticia de boca en boca? ¿Su esperanzada madre? ¿Su casamentera hermana? ¿O la propia Diantha? No, Diantha era imposible, no era el tipo de mujer dada al cotilleo.

-Los rumores son solo eso, simple rumores -murmuró Leandros-. Isobel no tendrá tiempo para enterarse de ellos. -¿Le importaba que Isobel lo supiera? Sí, definitivamente sí. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se sentía tan apegado a una mujer a la que hacía años que no veía? De repente, reparó en que Takis lo estaba mirando con intención de decir algo, a la espera de que él estuviera preparado para oír las malas noticias-. ¿ Qué pasa?

-Lo sabe. Su abogado mencionó el nombre de la familia Christophoros antes de salir corriendo detrás de ella -Leandros palideció-. De hecho, comentó tener noticias de que habíais estado juntos en España, compartiendo el yate, durante un par de semanas. También hizo mención del conservadurismo griego y sugirió que no despreciáramos sus propuestas, si no queríamos ver los nombres de las dos familias relacionados con un escándalo de adulterio en los periódicos. Es un hombre joven, pero nada tonto -concluyó Takis.

Leandros apenas le había escuchado. Su pensamiento estaba puesto en la cara de cólera y disgusto que había mostrado Isobel al entrar en la sala. En aquel momento había sido incapaz de interpretar sus gestos, pero la verdad lo alcanzó como un rayo: Isobel era una luchadora nata y, si se había enterado de que iba a ser reemplazada por otra mujer, perteneciente a la clase alta ateniense, lo normal era que defendiera su orgullo con uñas y dientes.

-La falta de acuerdo prenupcial me preocupa -prosiguió Takis sin conseguir que su ahijado y cliente le hiciera el menor caso-. Si quiere, puede quedarse con la mitad de tu fortuna.

Leandros observó las marcas opacas que el traje de cuero de Isobel había dejado sobre la reluciente mesa y sintió cómo se le encogía el estómago. No por haberse propasado brutalmente, sino por él deseo de terminar lo que allí había empezado. Aún tenía en los labios el sabor de su boca.

Reparó en que el anillo de boda y el sobre, que ella había sacado del bolso, seguían allí. ¿Qué era esa historia sobre unas supuestas reliquias familiares?, se preguntó con el ceño fruncido. No recordaba nada semejante.

Al parecer, ella había llevado el anillo nupcial hasta ese mismo día, pensó jugueteando con el suyo entre el índice y el pulgar. ¿Era normal que una mujer siguiera llevando un anillo matrimonial mientras se divertía con su amante? La imagen del musculoso y

rubio Clive volvió a encolerizarlo. Soltó el vaso de whisky y se guardó el anillo y el sobre en un bolsillo.

-Tenemos que tomar una decisión, Leandros -lo urgió Takis.

-Más tarde -sugirió él con la mente ausente.

-No, más tarde, no. Si quieres un divorcio rápido y sin complicaciones, tenemos que ponemos a trabajar ahora mismo.

«Pero resulta que ya no quiero divorciarme», pensó Leandros con una lucidez inaudita. «Lo único que quiero es volver a tener a mi mujer entre los brazos... a mi mujer».

Capítulo 3

UNA vez en la calle, Isobel detuvo un taxi, le dio el nombre del hotel y se dejó caer sobre el respaldo del asiento con un suspiro tembloroso. Quizá hubiera debido esperar a que Lester Miles se reuniera con ella, pero la verdad era que prefería que nadie la viera en ese estado.

-¿Se encuentra usted bien? -preguntó el chófer, mirándola por el espejo retrovisor.

¿Realmente tenía tal aspecto de encontrarse mal?, se preguntó Isobel. Sí, estaba demacrada y sufría temblores arrítmicos. Cualquiera podría dar- se cuenta de que no estaba en su mejor momento.

-Sí, gracias -mintió, entornando los ojos.

Se sentía como si fuera una fulana. ¿Cómo había sido él capaz de tratarla así? ¿Había ella dado a entender de alguna manera que estaba dispuesta a recibir un trato semejante? «Has ido buscando guerra», le dijo una voz interior. «Pretendías castigarlo por su infidelidad y, sin embargo, has sido tú la que te has llevado la peor parte». Se tocó el dedo anular desnudo y nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas. No sabía si estaba ofendida por el trato que había recibido o, peor aún, si aún estaba enamorada de ese bruto. Era algo que venía preguntándose desde que había oído el nombre de Diantha Christophoros unido al de Leandros.

Se dio cuenta de que sus sentimientos se dividían entre el amor y el odio, tan intensos el uno como el otro. Sin embargo, ese hombre solo sabía hacerla sufrir.

El taxi se detuvo junto a la acera, delante del hotel. Isobel buscó unas monedas y pagó el trayecto, antes de salir al sol del mediodía, que caía a plomo. Subió a su habitación, se dio una ducha refrescante y se puso unos pantalones de deporte y una camiseta de algodón de color verde caqui. Se sentía mejor, la ducha había borrado los signos de humillación y su pensamiento había vuelto a funcionar con rebeldía y firme determinación, como siempre. Si necesitaba un recordatorio de por qué había abandonado a Leandros hacía tres años, la escena vivida con él de la sala de reuniones bastaba. Lo mejor sería aceptar las condiciones del divorcio, cualesquiera que fueran, y terminar con todo cuanto antes para que Leandros pudiera desposar a la hermosa e inteligente Diantha y tener un montón de hijos de ojos negros y cabello oscuro.

«Yo hubiera podido darle un hijo», pensó. El dolor de la vieja cicatriz amorosa era insoportable y decidió salir a dar un paseo para despejarse y recobrar la calma.

Se ató el cabello en una sencilla cola de caballo, se echó la cámara al hombro, se puso una gafas de sol y se dirigió al vestíbulo del hotel. Dejó una nota para su madre en la mesa de recepción y el destino quiso que Lester Miles entrara al hotel justo cuando ella se disponía a salir.

-¿Te han presentado ya los papeles? -preguntó irritada.

-No -repuso él con el ceño fruncido-. El señor Petronades abandonó el edificio justo después que usted.

¿Para ir a visitar a su futura esposa?, se preguntó Isobel con amargura.

-Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer?

-Yo estoy a la espera de recibir instrucciones, por ambas partes.

-Bien, puesto que he sido yo la que te ha contratado, puedo permitirme la libertad de darte la tarde libre. Haz un poco de turismo, la ciudad es preciosa.

-Pero, señora Petronades, tenemos un avión reservado para mañana por la tarde. Realmente, deberíamos estudiar los términos del...

-No quiero quedarme con nada -lo interrumpió ella-. Pero si la única manera de acabar esta historia consiste en quedarme con la mitad de todo, lo haré igualmente. Estoy prácticamente segura de que mañana por la mañana recibiremos una nueva propuesta. Firmaré lo que sea y volaremos de regreso a Londres.

«Para no volver nunca más«, se dijo mientras se despedía del abogado con un ademán, dejándolo plantado en estado de profunda consternación. En cuanto salió a la calle, tuvo que afrontar los rigores del sol mediterráneo sobre su delicada piel. Aún no sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Al puerto de El Pireo, decidió, finalmente. Ese lugar le traía buenos recuerdos: las suaves olas del mar chocando contra el malecón, los barcos pintados de todos los colores posibles, el agradable restaurante local donde tantas veces se había parado a tomar un café Leandros acababa de aparcar su coche cuando vio a Isobel abandonar el hotel. Parecía decidida a dar un paseo para olvidar el mal rato que había pasado en su oficina. Estuvo a punto de salir corriendo hacia ella, pero se contuvo. Prefería seguirla. ¿Adónde iría? ¿Por qué no estaba en su habitación llorando como una loca? ¿Dónde estaba su amante? No era la primera vez que la veía alejarse con la cámara al hombro, generalmente después de una de sus infructuosas peleas, recordó con culpabilidad.

No había sido fácil convivir con él, reconoció, saliendo de su elegante Ferrari rojo, mientras se quitaba la chaqueta y la corbata,

que decidió abandonar dentro del coche. Luego, pensó en seguirla, pero se acordó con ira del amante. La presencia de ese amante lo atormentaba, se dijo mientras cerraba la puerta del coche de un golpazo. ¿Tendrían una cita? Isobel desapareció por detrás de una esquina y Leandros tuvo que tomar una decisión. La seguiría, el resto del mundo carecía de importancia.

Caminar le sentó bien a Isobel. Era gratificante sentir cómo la tensión de su cuerpo se desvanecía con el ejercicio físico. Tomó el metro hasta la estación de El Pireo y, una vez allí, se bebió un refresco mientras paseaba por el puerto, deteniéndose de vez en cuando para tomar fotos de los pescadores delante de sus relucientes barcas. Incluso llegó a sentirse vagamente halagada y divertida cuando uno de ellos le lanzó un pícaro piropo en griego, al cual respondió con una flamante sonrisa.

Una hora más tarde, llegó hasta el puerto deportivo, donde se alineaban decenas de yates de lujo. Varios restaurantes le llamaron la atención, deseosa como estaba de protegerse durante un rato del sol. Escogió uno al que solía ir cuando aún vivía en Atenas, se sentó en la terraza cubierta y pidió un café solo mientras observaba en la lejanía las pequeñas islas que moteaban la superficie del Golfo Sarónico.

Al cabo de unos minutos, el propietario del restaurante, Vassilou salió para darle la bienvenida y saludarla efusivamente, con un beso en cada mejilla. Era la hora de la siesta y la vida en Atenas parecía haberse detenido. El restaurante estaba casi vacío y Vassilou se sentó junto a ella al tiempo que pedía una taza de café para acompañarla. Isobel se sintió encantada de poder volver a conversar en griego. Era curioso que hubiese aprendido la lengua del país en la calle, con la inestimable ayuda de un diccionario, en vez de en las lujosas villas de la colina de Licabeto. Su familia política se había dirigido a ella siempre en inglés y nadie había caído en la cuenta de que ella estaba aprendiendo griego a toda velocidad. Eso le había permitido comprender ciertos comentarios desagradables que se habían pronunciado en su presencia.

Charló con Vassilou hasta que se les unió un capitán de barco retirado, especialista en el arte de relatar viejas anécdotas. Poco a poco, se fueron llenando de parroquianos las sillas que había en tomo a la mesa. La amable tertulia de aquellas personas de buen corazón relajó por completo a Isobel. A pesar de la pesadilla vivida con Leandros, Atenas siempre le había parecido una ciudad encantadora.

De pronto, se dio cuenta de que alguien se le había acercado por

la espalda. Las miradas de los contertulios se centraron en el recién llegado con muestras de respeto. Isobel creyó que se trataba de otro parroquiano habitual, hasta que una mano conocida se posó sobre su hombro. Se quedó helada y perdió la sonrisa. Se hizo el silencio en la mesa y, poco a poco, los hombres empezaron a retirarse murmurando diversas excusas, para dejar solos a los amantes.

1sobel se inclinó hacia delante para soltar la taza de café y librarse al mismo tiempo de la mano de Leandros, pero él se limitó a acariciarle la nuca, antes de darle un beso en la mejilla. El debía saber que no era bienvenido, pero seguramente confiaba en que ella no se atrevería a rechazarlo delante de tanta gente. No lo hizo, y eso hizo que se sintiera confusa. Leandros tomó asiento en una de las sillas que acababan de ser abandonadas, pero no la miró directamente. Isobel se dio cuenta de que ya no llevaba ni la chaqueta ni la corbata. Además, se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa y allí, en el incomparable marco del puerto de El Pireo, parecía otro hombre, más humano, menos ejecutivo, más parecido al hombre del que ella se había enamorado.

Isobel suspiró.

-¿Cómo me has encontrado? -preguntó con sarcasmo-. ¿Sigues espiándome? Qué curioso.

Leandros volvió la vista hacia ella y sus ojos se cruzaron. Isobel luchó para que su cuerpo no reaccionara a la profundidad de su mirada.

-Hablas griego -comentó él con estudiada calma.

-¿Qué problema hay? ¿Piensas que tu mujer es tan estúpida como para no ser capaz de aprender un poco de griego en todo un año? -repuso ella con tono burlón.

-Jamás he pensado que fueras estúpida.

-¿Inepta o desinteresada, quizá? -insistió. Él no contestó. La estaba estudiando con tanta intensidad, que ella no tuvo más remedio que cambiar de posición y darle las explicaciones que estaba esperando-. Tengo buenas aptitudes para los idiomas. y este lugar -añadió señalando todo el puerto de El Pireo con un ademán-, ha sido mi escuela, junto a las personas que acabas de espantar con tus modales autoritarios pero reservados.

-¿Reservados? -repuso Leandros-. No he conocido a persona más reservada que tú, Isobel. Has vivido en mi casa durante un año, has dormido en mi cama y comido en mi mesa. Y, sin embargo, jamás había oído hablar de tus largos paseos por El Pireo. No sabía que entendías y hablabas nuestro idioma.

-Eso me ha permitido enterarme de pequeños cotilleos que nadie

se hubiera atrevido a pronunciar en mi presencia de haber conocido mi secreto.

-¿Comentarios? ¿De qué tipo?

-Frases que dejaban bien claro cuánto me despreciaban los miembros de tu familia, por ejemplo. Comentarios sobre la terrible desgracia que tenía que sufrir el «pobre Leandros» al tenerme como esposa. Ese tipo de cosas.

-Nunca pusiste nada de tu parte para agradarles -la acusó él-. Nunca intentaste integrarte con mi familia. Por lo visto, tu vida secreta era mucho más importante que todo eso.

-Tienes una memoria muy selectiva -replicó ella-. No creo que ninguna persona de tu familia me diera jamás ni la menor oportunidad. Ninguno de ellos se mostró nunca interesado por mi vida, mi trabajo, mis gustos...

-Te tenían miedo.

Ella rió ante lo ridículo del comentario, pero él la miró severamente. Al parecer, la cólera matinal se había desvanecido, pero había dejado paso a algo todavía peor, que no tenía nombre.

-Los acobardaste con tu fiera defensa de la independencia feminista de estilo británico. Las familias griegas son mucho más tradicionales y tú te burlaste de sus costumbres y te negaste a hacer ningún tipo de concesiones. Mantuviste en todo momento una terca distancia basada en tu supuesta superioridad cosmopolita, que solo desaparecía cuando estabas a solas conmigo en la cama.

Isobel se preguntó si realmente Leandros pensaba lo que decía. ¿Era esa la imagen que tenía de ella?

-No me extraña que nuestro matrimonio se acabara tan pronto -murmuró casi para sí-. Tienes tan mala opinión de mí como ellos.

-Yo te amaba.

-Pero solo en la cama. ¿Y aún te asombras de que yo procurara hacer algo con mi vida durante el día?

-Desgraciadamente, el amor no siempre es ciego. Durante un año, te vi tratar con desdén a todos mis conocidos. Y... ¿sabes qué es lo más triste? Que ni siquiera tú estabas satisfecha de tu propia actitud.

Tenía razón, reconoció Isobel, se había odiado a sí misma casi desde el mismo momento en que había puesto los pies en Grecia. Se había sentido insegura y despreciable. Pero esa verdad no decía mucho a favor de Leandros. Si él sabía de su inseguridad desde el principio..., ¿por qué no había hecho nada para ayudarla a superar la tensión?

Y, en cuanto al amor..., ese hombre no sabía ni lo que

significaba esa palabra. Ella sí lo había amado, se había entregado, lo había adorado... pero solo había obtenido de él la consabida frase de desaliento: «Estoy demasiado ocupado para pensar en eso». A él no le importaban sus problemas a no ser que las discusiones tuvieran lugar en el lecho matrimonial y aquello interfiriera con su intenso deseo sexual. Si se resistía, él sabía cómo tratarla para hacerla cambiar de idea y ponerla a sus pies, suplicando ternura.

-Cuéntame lo que estás pensando -pidió Leandros con ira contenida-. No te quedes ahí callada.

Ella lo miró, adivinando su impaciencia, sus ganas de ahondar en los secretos de su alma. Demasiado tarde, se dijo con amargura. Esa era una conversación que deberían haber tenido hacía tres años.

-¿Qué es lo que quieres, Leandros? -preguntó fríamente-. Supongo que no has venido hasta aquí solo para criticar mi personalidad...

-No pretendía criticar. Lo que..., lo que pretendía es pedirte disculpas por la escena de esta mañana.

-Disculpas aceptadas -dijo Isobel con ganas de terminar la charla y olvidarse de ese hombre para siempre.

Ella sorprendió con una risotada.

-Eres una bruja -dijo sin ánimo de insultar.

Con gran sentido de la oportunidad, Vassilou llegó con un par de tazas de café humeante. Sonrió, murmuró un par de frases intrascendentes y, antes de retirarse, dedicó una sonrisa traviesa a Isobel.

-Nunca me había hablado de que tenía un marido tan apuesto -dijo guiñándole un ojo-. ¿Qué voy a decirle ahora a todos sus admiradores?

-¿Nunca? -preguntó Leandros, una vez a solas con Isobel de nuevo.

-¿Para qué? -repuso ella encogiéndose de hombros-. En este sitio nuestra relación no era importante.

-Te refieres a que yo no era importante.

Sin darse cuenta de lo que iba a hacer, Isobel estuvo a punto de levantar una mano para mostrarle su anillo de casada, para demostrarle que no había nada que explicar, puesto que todos los hombres se daban cuenta al verlo de que no era una mujer libre. Pero el anillo ya no estaba allí.

-Vassilou estaba de broma -dijo para ocultar el error que había estado a punto de cometer..

-Lo sé.

-Entonces..., ¿por qué me miras de esa manera?

-Porque cuando he llegado estabas rodeada de hombres sonrientes, muchos de los cuales siguen sin quitarte los ojos de encima.

Ella se inclinó adoptando una posición forzada. Estaba irritada y deseaba lanzar algo contra la cabeza de ese indeseable. Estaban a punto de divorciarse y no pensaba admitir ese tipo de comentarios. Su vida era su vida.

-¿Por qué no te marchas, ahora que ya te has disculpado? -le espetó, tomando la taza de café para llevársela a los labios.

Él la miró con una sonrisa de complicidad. Sabía lo que estaba pensando, sabía que deseaba tirarle algo a la cabeza. y sabía que ese tipo de riñas acababan siempre en la cama.

-¿Dónde está tu amante?

¿Qué? -exclamó Isobel, deseando que la pesadilla terminara de una vez por todas.

No quería mirarlo, sabía que era un hombre muy atractivo, un cálido amante con un cuerpo estupendo, capaz de hacerla sollozar de placer. Sus manos eran grandes y prometedoras, sus ojos seductores, su boca tentadora y sus brazos lo suficientemente fuertes como para sostener sin titubeos el agitado cuerpo de una mujer en el momento del clímax. En otras palabras, era un amante impetuoso y sensual. Estaba segura de que, en un par de semanas compartidas en el yate, Diantha Christophoros habría podido darse cuenta de ello.

-Ese gigante rubio de sonrisa perezosa. ¿Dónde está?

Isobel parpadeó y bajó la vista para evitar la tentación de comentar sus verdaderos pensamientos.

-Se llama Clive -informó-, y es fisioterapeuta. ¿ Cómo está Diantha?

Él compuso una mueca, pensativo.

-He cambiado de opinión con respecto al divorcio -dijo al final por sorpresa.

-¡Yo no! -exclamó Isobel inmediatamente.

-No me importa tu opinión.

-No creo que puedas hacer nada sin contar conmigo, Leandros -repuso ella, sin poderse creer lo que había oído-. ¿Por qué has cambiado de parecer?

-Porque sí -contestó él encogiéndose de hombros, como si la explicación fuera evidente.

Leandros levantó las manos inconscientemente e Isobel advirtió su grado de excitación. Ella no pudo evitar que una corriente de deseo le recorriera la espalda.

-Deberías avergonzarte -gruñó atónita ruborizándose.

-Lo sé, pero no puedo evitarlo. He estado así desde que te vi aparecer esta mañana en la sala de reuniones. y la, conclusión es que no habrá divorcio, ni tampoco amantes, hasta que yo no resuelva esto.

IsobeL comprendió, atónita, que al parecer el problema residía en que él todavía la deseaba.

-Eres tan impresionantemente guapa... -añadió como si eso lo explicara todo.

-Y, sin embargo, sigues pensando que soy una bruja.

-Sí, pero amo a las brujas, eso no es nada nuevo. Forma parte de tu atractivo y yo lo encuentro irresistible. Al igual que tu indómito cabello rojo y tus desafiantes ojos verdes. Al igual que esa boca de labios sedosos que amenaza con lanzarme una dentellada cada vez que te critico.

Sus ojos oscuros estaban posados sobre ella y su tono de voz era serio.

-Todos tus atributos se mezclan en un reto tentador -prosiguió con calma, como si estuviera hablando del tiempo-. Cuando entraste en mi oficina vestida de cuero, me sentí seducido. Cuando te sentaste destilando odio, no sé cómo fui capaz de contenerme durante tanto tiempo antes de lanzarme sobre ti. Estaba sorprendido -confesó-. y ahora que estás ahí sentada con ropas cómodas de color caqui, aparentado ser la persona más fuerte del mundo, yo te deseo más que nunca.

-No aparento serlo. Lo soy -declaró ella.

-Yo también. Y puedes intentar hacerme cambiar de opinión, pero al final las cosas se harán como yo diga.

-¡Aún no me has dicho qué es lo que quieres! No tengo ni la menor idea de a dónde puede llevamos todo esto.

-Te quiero a ti, aquí y ahora -contestó él sin dudar-. Quiero cerrar la boca sobre uno de esos preciosos pezones que se marcan bajo tu camiseta y disfrutar del encuentro -informó escandalosamente-. Aunque no osaría protestar si tú te pusieras de rodillas, me desabrocharas los pantalones y pasaras un buen rato con mi miembro en tu boca. Lo único que pasa es que no creo que este lugar se preste como escenario para semejantes fantasías.

-Tienes razón. Ya estoy harta de todo esto -dijo ella poniéndose en pie-. Vete al infierno con tus fantasías, Leandros -añadió, dándose la vuelta para marcharse.

Al igual que ya había hecho por la mañana, él se movió con una ligereza silenciosa, que la tomó por sorpresa. Le rodeó la cintura

con el brazo y con un simple movimiento de muñeca, la obligó a sentarse sobre sus rodillas. Ella lanzó un grito mientras los clientes se volvían al unísono para contemplar la escena. «¡Ni te atrevas!», intentó decir Isobel, pero ya era demasiado tarde. La boca de él estaba sobre la suya, activa y exigente.

El beso duró apenas unos segundos, pero fue tiempo más que suficiente para que Isobel perdiera el sentido de la realidad. A continuación, Leandros volvió a sentarla en su propia silla con un gesto enérgico. Confusa, sonrojada y temblorosa, Isobel observó cómo Leandros se ponía en pie. Durante un instante terrible, creyó que la iba a abandonar, dejándola a solas frente a las humillantes miradas de los clientes. ¿Era para eso para lo que había ido? ¿Pretendía vengarse de cómo se había escapado ella de sus brazos aquella misma mañana?

Leandros se metió la mano en el bolsillo y dejó algo metálico sobre la mesa. «Dinero», pensó Isobel sin atreverse a mirar. ¿Era capaz de creerse que podía pagar con dinero lo que acababa de hacer? Se produjo un silencio tenso, pero Leandros seguía allí sentado, con la vista sobre la mesa. Isobel se dio cuenta, por fin, de qué era lo que Leandros había dejado allí, pero se sentía incapaz de pensar ni respirar. Levantó la cabeza y lo miró, con los labios aún entumecidos por el reciente beso y el corazón palpitando aceleradamente.

«Sí», se felicitó Leandros. «Puede que no seas capaz de creerte lo que acabo de hacer a plena luz del día y con público, pero te advierto de que no se va a quedar ahí la cosa, cariño. Debería haberlo hecho hace años, debería haberte ido a buscar a Londres, haberte agarrado por los pelos, inmune a todas tus protestas, para traerte de vuelta a casa».

Estaba perplejo. «¿Por qué?», se preguntó. La respuesta acudió rápidamente a su mente: Isobel se deshacía cada vez que él la tocaba, no podía evitarlo, y eso solo podía significar una cosa: que aún seguía enamorada de él. Pero habían pasado tres años de larga separación. «Si la hubiera escuchado cuando todavía vivía conmigo en Atenas, ahora no estaríamos sentados aquí haciendo el ridículo, discutiendo con palabras nuevas las mismas batallas del pasado. Estaríamos en alguna cama, disfrutando de todos los placeres que suelen compartir un hombre y una mujer. Incluso podríamos crear otra nueva vida para sustituir al hijo que perdimos».

-Vuelve a ponértelo -dijo él con autoridad.

-Pero...

-No acepto excusas. Mientras seas mi esposa, quiero que lleves el

anillo de casada.

-Estamos a punto de divorciamos -protestó ella-. ¿Qué sentido tiene llevar un anillo matrimonial durante un divorcio?

A pesar de la queja, Leandros sabía que la antigua química que siempre había existido entre ellos había vuelto a hacer acto de presencia. Ella tenía el pulso acelerado y se humedeció los labios con la lengua. Él la imitó y sintió cómo la relación que había entre ellos se hacía cada vez más íntima.

-Ya no significa nada para mí -añadió Isobel, apartando la mirada.

Leandros se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre la mesa. Ella torció el gesto con una mueca irónica, a la espera de lo que sucedería después. Cuando él consiguió que ella lo mirara, se sacó su propio anillo y lo depositó sobre la mesa, junto al de ella. Ella se mantuvo en silencio, pero él estaba seguro de que había comprendido el significado de ese gesto. Los dos anillos, iguales, pero de diferente tamaño, relucían bajo la intensa luz veraniega, ambos con la misma leyenda inscrita: «Aquí está mi corazón». El compromiso había sido mutuo, habían elegido los anillos en una joyería, enlazados por la cintura, y ambos habían estado de acuerdo en inscribir en ellos una frase que iba a unirlos para el resto de sus vidas.

-Atrévete ahora a decirme que esto ya no significa nada -la retó mientras observaba cómo ella palidecía-. Si eres capaz de marcharte, dejando tu anillo encima de esta mesa, yo haré lo mismo. Pero si no puedes soportar la idea, vuelve a ponértelo en el dedo y, a partir de ahora, podremos hablar seriamente sobre nuestro futuro.

Ella volvió a humedecerse los labios, pero apretó los dientes para evitar que Leandros se aproximara. Isobel sabía que pertenecía a Leandros en cuerpo y alma, y también sabía que cuanto antes lo reconociera, mejor sería para ambos.

-El divorcio...

-El anillo -la interrumpió él con firmeza.

Isobel tragó saliva con esfuerzo, tensa e indecisa. Quería marcharse y olvidarlo todo, pero no era capaz de hacerlo. Al final, le dirigió una mirada furiosa, tomó el anillo y se lo puso con la facilidad de la fuerza de la costumbre.

-¿ y ahora... qué? -le espetó Isobel- ¿Regresamos a tu oficina para hablar del acuerdo de divorcio? -su tono de voz no podía ocultar que estaba temblando, al borde de las lágrimas. Deseaba a ese hombre. No quería dejarlo marchar. El tacto del anillo le había

devuelto la confianza en sí misma. Leandros tomó el suyo y se lo puso, soltando un suspiro.

-No -contestó-. Lo mejor será que busquemos un lugar más privado donde podamos charlar.

Ella lo miró con sarcasmo, consciente de la oferta sexual que había detrás de esa propuesta.

-En otra ocasión, Leandros -repuso con amargura.

-Entonces, quedamos a cenar esta noche, ¿de acuerdo? -propuso él inmediatamente-. Saldremos de la ciudad e iremos a ese restaurante que tanto te gustaba en lo alto de la colina. Buena comida, buena bebida y un leve recuerdo de nuestra feliz vida matrimonial -añadió con una sonrisa sarcástica.

La muestra de su buen humor relajó a Isobel, que se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

-Lo siento, cariño, pero ya tengo una cita para esta noche.

Leandros se enfureció.

-Yo estaba dispuesto a cancelar una cita con Diantha. Pero no importa, puedes acudir con tu amante y así seremos cuatro.

Leandros se dio cuenta de que acababa de cometer un error táctico cuando la vio palidecer mientras se ponía en pie, temblando.

-Yo me refería a mi madre -balbuceó Isobel antes de marcharse.

Capítulo 4

MENTIROSA», se acusó Isobel a sí misma. «Querías decir lo que él supuso con lo de la cita. Lo que no esperabas era su contrarréplica». Constató con alegría que él no la estaba siguiendo, lo cual significaba que el encuentro había quedado en tablas. «¿Por qué dejo que ese hombre me manipule?» Lo normal sería que, después de tres años de separación, las emociones se hubieran aplacado.

El hotel estaba cerca, pero mientras se dirigía hacia allí, sintió los primeros síntomas de un fuerte dolor de cabeza y deseó meterse en la cama. Así que se llevó una tremenda decepción al encontrarse a Clive Sanders, a Lester Miles y a su madre cómodamente sentados en las butacas del vestíbulo.

-¿De dónde vienes? -preguntó Silvia en cuanto la vio-. He estado muy preocupada por ti.

-Te dejé un mensaje en recepción -repuso ella con el ceño fruncido mientras avanzaba para reunirse con ellos.

-Leí el mensaje, Isobel -dijo su madre con impaciencia-. Pero no creo que ese «He salido un rato a tomar el aire» pueda explicar una desaparición de tres horas.

-Lo siento -murmuró, inclinándose para besar a su madre en la sonrojada mejilla.

Todos parecían acalorados, pensó Isobel. Clive estaba sudando y Lester Miles se había quitado la chaqueta y la corbata, y se abanicaba con una revista. De pronto, se dio cuenta de que el aire acondicionado no funcionaba y de que hacía más calor dentro del hotel que en la calle.

-Está estropeado -explicó Clive, ante su interrogativa mirada.

No era sorprendente que su madre estuviera irritada. Isobel le había prometido llevarla a un hotel con aire acondicionado.

-A ver. ¿Qué os parece si subimos todos a nuestras habitaciones y nos damos una ducha refrescante? Luego podríamos irnos a...

-Tampoco podemos subir a las habitaciones -intervino Lester-. No hay electricidad, los ascensores no funcionan. Al parecer, sucede muy a menudo.

-y ahora dime, Isobel, ¿cómo piensas que puede una mujer impedida escalar cuatro pisos para darse una reconfortante ducha fría?

«No lo sé», pensó ella, con ganas de tirarse al suelo y ponerse a llorar. Nada estaba saliendo según lo planeado. Deseó no haber viajado hasta Atenas. Deseó estar cómodamente instalada en su piso londinense, viendo llover por la ventana, haciendo planes para su

próximo reportaje fotográfico. No deseaba volver a posar los ojos sobre Leandros porque ese hombre siempre se las arreglaba para hacerle perder los nervios.

-Los hombres pueden subir a sus habitaciones para refrescarse. Mi madre y yo buscaremos...

-Hazme caso Isobel -intervino Clive-, estamos en el lugar más fresco del hotel.

-Es un hotel de mala muerte -anunció Silvia con desprecio.

-Lo siento -repitió Isobel, ciertamente al borde de las lágrimas-. Dadme cinco minutos y buscaré otro hotel a donde podamos trasladamos para...

-¿Pasa algo? -intervino una voz profunda y masculina-. ¿Hay algún problema?

El ánimo de Isobel decayó aún más si eso era posible. Leandros no parecía acalorado. al contrario. se lo veía fresco y dispuesto a ayudar. Era tan tentador...

-¿Qué haces tú aquí? -preguntó Silvia con furia.

-Yo también te saludo. Silvia -repuso Leandros con una sonrisa, pero sin apartar los ojos del pálido rostro de Isobel-. ¿Qué pasa? -volvió a preguntar amablemente.

La amabilidad pudo con ella, su boca empezó a temblar y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

-Yo... -inició la explicación, pero no podía hablar. No era justo que ese hombre pudiera alterar su habitual serenidad de ese modo.

Leandros extendió la mano en dirección a ella e Isobel se dio cuenta de que pretendía devolverle la cámara que se había dejado olvidada en El Pireo. Hizo intención de recoger la cámara, pero le falló la mano y, de repente, se encontró asida a una fuerte muñeca masculina. Él no dudó un momento y la atrajo hacia sí, dejándola que se apoyara sobre su hombro, sin importarle lo que pudieran pensar los sorprendidos espectadores. Con una mano la sostenía por la nuca y, con la otra, por la cintura. Ella se agarró al cuello de su camisa, reconfortada por un familiar apoyo masculino que no deseaba sentir. Oyó cómo alguien sollozaba y se dio cuenta de que era ella misma.

-Todo esto es culpa tuya, Leandros -dijo Silvia.

-Sin duda -aceptó él caballerosamente-. Señor Miles, ¿podría usted hacerme el favor de decirle al recepcionista que el señor Petronades desea hablar con él?

Isobel salió de su trance al oírle hablar.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó.

-Algo que alguna vez me dijiste que se me daba bien, resolver

los problemas ajenos.

-Puedo hacerlo yo misma -repuso ella con el orgullo herido.

-No te muevas -dijo él estrechándola aún más-. Al parecer, este día se va a convertir en el mejor de mi vida, y no estoy dispuesto a que lo arruines con esa arrogante rebeldía que conozco tan bien.

El mejor día en la vida de él, el peor en la de ella, resumió Isobel. Como era de esperar, en cuanto el director del hotel escuchó el nombre de Leandros, se presentó de inmediato, pidiendo disculpas profusamente en griego. Leandros le respondió con igual profusión, también en griego. La conversación era tan tensa y rápida, que Isobel no la pudo comprender por entero.

Cuando el hombrecillo desapareció, Leandros la soltó con cuidado. Su madre la miraba como si aún no pudiera creerse que Isobel hubiera estado llorando sobre el hombro de su marido. Lester Miles se puso la chaqueta y miró a su alrededor con aire satisfecho por el deber cumplido. Clive se había puesto en pie y parecía considerar las posibilidades de enzarzarse en una pelea con su adversario. Isobel pensó que había llegado el momento de hacer las presentaciones.

-Clive, te presento a mi marido, Lean...

-¡Silvia! -exclamó Leandros, haciendo caso omiso a las palabras de Isobel, y acercándose a su madre, sin dedicarle ni una sola mirada al fisioterapeuta-. ¡Tienes mal aspecto! Creo que todo esto ha sido demasiado para ti -le murmuró casi al oído-. Acepta las más sinceras excusas por parte del director de este hotel. Concédeme cinco minutos y conseguiré que tu vida sea algo más agradable, te lo prometo. Si el encargado está haciendo lo que le he pedido, en un par de minutos llegará un coche para llevamos a un lugar donde funcione el aire acondicionado.

La resistencia de Silvia se disolvió como por ensalmo al oír tan gentiles palabras.

-Este era el único hotel que nos podíamos permitir pagar -explicó con cierta modestia-. Isobel no estaba dispuesta a que tú costearas nuestro viaje, pero tampoco deseaba dejarme sola en Londres. Si estuviera en mi casa, al menos podría prepararme una taza de té.

-Nos va llevar ¿adónde? -intervino Isobel, interrumpiendo tan cálida conversación.

-A nuestra casa, por supuesto -replicó Leandros-. Isobel es muy testaruda, ¿no es cierto? -añadió dirigiéndose a Silvia con aire de conspiración-. Cosa que ha heredado de ti -prosiguió con una sonrisa.

-Ni lo dudes.

-¿Qué quiere decir eso de «a tu casa»?

-He dicho «a nuestra casa» -la corrigió él-. ¿Crees que podremos convencerla entre los dos? -le preguntó a Silvia.

-Siempre fuiste un hombre encantador, Leandros -protestó Silvia fingiendo enojo, aunque su semblante presentaba mucho mejor aspecto.

-Leandros, no vamos a irnos a tu casa -le advirtió Isobel-. La luz volverá dentro de unos mi-nutos y, con ella, llegará la normalidad.

-¿Y si vuelve a haber un corte eléctrico mientras tu madre está en su habitación? ¿Quieres arriesgarte a tener que dejarla allí confinada?

-En eso mismo estaba pensando yo antes de que tú llegaras -corroboró su madre.

Isobel se dejó caer sobre una butaca, sin ganas de seguir luchando por una batalla perdida.

-¿Y qué pasa con Clive y el señor Miles? Tendrán que venir con nosotras.

Se produjo un silencio denso.

-Tu amante puede dormir donde quiera, siempre que sea fuera de mi casa -contestó agriamente Leandros.

Todos miraron a Clive, que se había quedado de piedra. Lester Miles observaba la escena como si estuviera en el teatro. Isobel pensó que iba a sufrir una parada cardiaca y se llevó las manos al rostro, deseando que se la tragara la tierra. ¡Había permitido que Leandros creyera que Clive era su amante! Al no poder aguantar la tensión que se había creado en el grupo, se levantó.

-Me subo a mi habitación -anunció con voz y piernas temblorosas mientras se encaminaba hacia la escalera.

Al terminar de subir los cuatro pisos, Isobel estaba tan harta de todo que, nada más entrar en su habitación, pidió línea telefónica en recepción para ponerse en contacto con el aeropuerto. Si había billetes, volverían todos a Londres esa misma noche, decidió.

Pero no hubo suerte, los vuelos a Londres para el día estaban completos. Se sintió atrapada.

-Lo siento -dijo una voz a sus espaldas-. Creo que mi presencia en Atenas no ha hecho más que causarte problemas -añadió Clive.

-¿Para qué has venido, Clive? -le preguntó ella, dándose la vuelta para mirarlo a los ojos-. ¡No sé qué es lo que te propones!

-Pensé que podría resultar útil -repuso él desde la jamba de la puerta con un incómodo encogimiento de hombros-. Tu madre estaba de acuerdo. y a mí no se me ocurrió pensar que tu marido

podría verme como a un rival.

-Me ha estado espiando. Cuando nos vio juntos en el vestíbulo, se imaginó lo peor, y yo no he hecho nada para quitarle esa idea de la cabeza, al contrario.

-Sin embargo, creo que lo que haya entre nosotros dos ya no es asunto suyo -repuso Clive con tono afilado-. Has venido para firmar un acuerdo de divorcio, no a pedirle permiso para tener un amante.

Isobel rió con ganas.

-Leandros es un hombre muy poderoso, arrogante y posesivo. En cuanto oyó hablar de ti, olvidó todas sus intenciones de divorciarse. Y ahora estoy atrapada junto a un hombre que pretende salvar nuestro matrimonio, antes que dejarme a solas con cualquier otro hombre.

-¡Esa actitud es primitiva!

-Así es Leandros -admitió ella con un suspiro mientras se sentaba en la cama.

-No tienes por qué aceptar sus planes.

-Eso me gustaría, pero se ha granjeado la aprobación de mi madre con sus promesas sobre el aire acondicionado.

-Pero si ni siquiera le tiene afecto.

-No te creas esas supuestas muecas de disgusto. Mi madre ha adorado a Leandros desde el día en que lo conoció. Hasta que las cosas empezaron a marchar mal.

Clive entró en la habitación. Su cuerpo parecía haber sido diseñado por un experto escultor. Todas las mujeres se volvían locas por él. Trabajaba en un hospital, ayudando a los pacientes a recuperar la movilidad de sus miembros. ¡Era un tipo encantador!

-Creo que has venido a Atenas con la esperanza de poder consolarme al finalizar los trámites del divorcio, ¿o no?

-No puedes evitar que mantenga la esperanza, Isobel -admitió.

-Lo siento -murmuró ella con voz ronca.

-Ahora, dime, ¿qué piensas hacer? –preguntó Clive, sentándose junto a ella en la cama.

-Darle una oportunidad -contestó ella con un leve y desconfiado encogimiento de hombros.

Con un suspiro, Clive rodeó sus hombros con un brazo y le dio un abrazo amistoso. El contacto físico con aquel hombre era maravilloso, todo su cuerpo emanaba fortaleza y seguridad. Pero Isobel sabía que no era el hombre adecuado para ella.

-Vaya, qué escena tan cariñosa -graznó una voz extremadamente sardónica.

Isobel sintió que se le caía el alma a los pies. Clive le apretó el

hombro en señal de despedida y se puso en pie para marcharse. A medida que se acercaba a Leandros, Isobel podía sentir que el antagonismo crecía entre ellos. En cuanto Clive hubo salido, Isobel oyó cómo la puerta se cerraba de un golpe.

-El coche ya ha llegado -dijo Leandros-. Lester Miles y mi chófer están acomodando a tu madre en él. Nosotros...

-Podrías haberte marchado con ellos -repuso Isobel con tono ácido.

-¿Y dejarte a solas con el fisioterapeuta? Debes creerte que estoy loco.

-Clive es solo un amigo, no es mi amante -explicó ella.

-Demasiado tarde para que pueda creérmelo, agapi mou. Aunque, sin lugar a dudas, ya es tu ex amante, eso te lo aseguro yo.

-¡Nunca hemos sido amantes! -exclamó furiosa.

-¡No me mientas! -ladró él-. No soy idiota. Sé contar.

-¿Contar? -preguntó ella-. ¿De qué hablas?

-Cuatro personas, tres habitaciones -replicó él-. Eso no cuadra.

-Clive vino por su cuenta. No comparte la habitación conmigo, ni siquiera está en este piso.

Por el ceño fruncido de él, Isobel pudo ver que no la creía. Abrió el armario y dio un paso atrás.

-Mis ropas -le mostró. Luego, se volvió y, haciendo un gesto con la mano, señaló-: mi habitación, mi cama individual. ¿Sabes lo que te digo, Leandros? Que eres un cínico. ¿Con qué derecho te metes en mi vida privada cuando tú acabas de pasar un par de semanas con Diantha Christophoros en tu maldito y lujoso yate?

-Lo que dije sobre Diantha...

-¿Qué pretendes, Leandros? ¿Crees que debo enfrentarme con ella cara a cara y decirle que no se le ocurra posar la vista sobre mi marido? ¿Quieres ver cómo defiendo mi territorio con uñas y dientes? ¿Quieres que todo Atenas se entere de que la fulana de tu mujer ha regresado con ganas de armar gresca? -gritó Isobel hasta perder el aliento.

-No eres ninguna fulana. Solo eres una mujer herida defendiendo...

-Defendiendo... ¿qué?

-A tu rubio amante.

En ese momento, Isobel se dio cuenta de que estaba en peligro. Leandros no se había creído su historia con respecto a Clive y parecía dispuesto a reclamar lo que creía suyo.

-No te atrevas a tocarme -dijo demasiado tarde. El depredador ya se había echado sobre ella.

-Andros... -suspiró Isobel temblando, con la intención de rechazarlo.

-Repítelo -ordenó él estrechándola contra sí.

-¿El qué?

-«Andros» -murmuró él con un tono de voz bajo y ronco que la hizo estremecerse.

¿Lo había llamado por ese apodo cariñoso? No podía recordarlo. Pero sabía que si él ponía la lengua debajo del lóbulo de su oreja, no podría resistirse.

-Dilo -insistió él, con los ojos echando fuego y una expresión que decía que se encontraba al límite de su tensión sexual.

-Andros -suspiró ella de nuevo al sentir la humedad de su lengua en ese sitio preciso.

La boca de él cambió de posición y tomó la suya por sorpresa, creando vertiginosas sensaciones repletas de deliciosas promesas. Sus pechos deseaban estallar al contacto con su torso y sus caderas se acoplaron contra la dura turgencia de su virilidad, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Todas las sensaciones: el gusto, el tacto, el aroma y los sonidos se unieron en un festín amoroso. Siempre había sido así entre ellos.

Él introdujo los dedos en su melena pelirroja y ella tembló de placer. Leandros le quitó la camiseta con facilidad y la tiró al suelo. A continuación, se quitó la camisa, revelando un pecho musculoso, moreno y llenos de rizos negros, cuya mera visión la hizo gemir de pasión.

Se besaron como auténticos maníacos, ella le mordió el labio inferior y él le devolvió el favor. Mientras sus lenguas jugaban, sus miradas seguían prendidas la una de la otra, reflejando la intensidad de la llamarada interior que los consumía. Ella le bajó la cremallera del pantalón y acarició su entrepierna con la palma de la mano mientras él soltaba un hondo gemido de placer. Era evidente que él se encontraba fuera de control, pero así se sentía ella también. Con uno de sus rápidos y silenciosos movimientos, Leandros la levantó para depositarla sobre la cama y, una vez tumbada, la liberó con ma- estría del resto de sus ropas.

-Voy a comerte entera -amenazó, mientras se desprendía de su ropa.

Y no se hizo esperar, primero atacó uno de sus pechos con la boca, y luego el otro, mordisqueando y succionando los pezones. Ella se retorció de gozo, con los dedos clavados en sus hombros. Él tenía un cuerpo magnífico, hermoso, y ella lo de la húmeda oquedad de la entrepierna femenina, deslizándose hacia dentro con

una suave acometida que consiguió hacerla sollozar en una primera oleada de genuino placer que le recorrió todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies. Siguieron besándose y giraron varias veces el uno sobre el otro encima de la cama, unidos por brazos y piernas. A cada nueva embestida, ella emitía un suspiro y él un ronco gemido.

Cuando se acercaban al clímax, ella le tomó una mano y le mordió el borde de la palma hasta que él gimió agónicamente al tiempo que descargaba su simiente dentro de ella. La plenitud del instante produjo en Isobel una grata sensación de satisfacción que se desencadenó en varios raptos del más puro e incandescente placer. El orgasmo final la dejó agotada. Siempre había sido así.

Después, le llegó el turno a la ternura. Ninguno de los dos era capaz de compartir una intimidad tal, para luego vestirse y marcharse. Leandros rodó sobre la espalda, llevándose a Isobel consigo y ella se acurrucó junto a él, apoyando la cabeza en su pecho, mientras el posesivo brazo de él rodeaba sus hombros. La respiración de ambos se fue calmando y ella se incorporó suavemente para darle un húmedo beso en el pecho. Era uno de esos momentos maravillosos de la vida, en los que todo pierde su importancia a favor del amor. Y, de pronto, se encendieron las luces y la nevera se puso en marcha. Se oyeron gritos de júbilo a través de las paredes. Había vuelto la luz.

Leandros se incorporó, volviendo a la realidad. -Intenta convencerme ahora de que esta cama no es lo suficientemente grande como para albergar a dos personas -dijo antes de meterse en el cuarto de baño y cerrar de un portazo.

Se había vuelto loco, pensó para sí, mientras intentaba lavarse el sudor con el exiguo chorro de la ducha. ¿Realmente deseaba retomar una historia de amor con su mujer? ¿Estaba dispuesto a volver a sentirse tan fuera de control? Pero cuando ella lo tocaba, su piel rejuvenecía, y cuando lo insultaba, sus instintos se avivaban. Ella odiaba a su familia, odiaba su estilo de vida, había aprendido a hablar griego, pero no se había molestado en comunicárselo con el fin de poder espiar las reacciones que provocaba a su alrededor. Ella seguía siendo una amenaza potencial y él se convertiría en un completo idiota si decidía no tomársela en serio. La conocía. Era una bruja.

Se secó con una toalla que conservaba su femenina fragancia y registró el armarito del baño: ninguna señal de higiene masculina. ¿Sería verdad que ese gigante rubio no era su amante? Todo el día había sido una completa locura. ¿De verdad deseaba recuperar a su conflictiva esposa? Después de esa tarde, ¿podrían separase

amistosamente y volver cada uno a su propia rutina? Imposible, pensó al salir del baño y encontrarse a Isobel mirando por la ventana vestida con un albornoz azul que le resultaba familiar. ¿Era el mismo que había utilizado él en Atenas hacía ya tres años? ¿Lo habría conservado ella como recuerdo de su vida en común? ¿Estaba dispuesto a volver a perderla, esta vez para siempre? De ninguna manera.

-Ya puedes entrar en el baño -dijo él.

-Lo haré en cuanto te hayas marchado.

Él se detuvo en seco y la miró.

-Puede que lo hayas olvidado, pero te vienes conmigo.

-Ni lo sueñes.

-Por supuesto que sí -afirmó temblando de furia-. No puedes quedarte aquí. Además, tu madre...

Ella se dio la vuelta para mirarlo. Su figura parecía tan pálida y frágil...

-Te agradecería que le dieras alojamiento a mi madre por esta noche -repuso ella con cortesía-, pero yo me quedo. Mañana pasaré a buscarla y volveremos a Londres.

-Ya te he dicho que tú te vienes conmigo -insistió él con terquedad.

-Creo que ya hemos cometido demasiados, errores en un solo día -anunció Isobel.

-Esto no ha sido un error -contraatacó Leandros-. Simplemente hemos hecho el amor, algo que ambos deseábamos.

-Me gustaría quedarme a solas.

-¿Para esperar el regreso de tu amante?

Ella optó por no contestar. Se encaminó hacia el baño y lo dejó lleno de cólera.

Capítulo 5

LEANDROS echó un vistazo a la habitación. El suelo era de baldosas grises que imitaban malamente el dibujo del mármol y los muebles debían de estar allí desde los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. La cama tenía unas sábanas de color café y la colcha era acrílica y de color naranja. Pensó en el lujo de su propio dormitorio, en su gigantesca cama cubierta con las mejores sábanas de algodón blanco y con un edredón forrado de seda verde.

No tuvo que hacer ningún esfuerzo especial para imaginarse la silueta de Isobel en aquel dormitorio, sentada en el suelo escogiendo fotos, o en cualquier otro lugar. La imaginara como la imaginara, su belleza creaba un contraste magnífico con la decoración. La había echado de menos más de lo que podía reconocer. Y, además, había llegado el momento de preguntarse si su larga estancia en España no había tenido algo que ver con la ausencia de ella en Atenas.

Cuando oyó que la ducha se apagaba, salió de su ensoñación y puso en marcha sus planes.

-¿Qué se supone que estas haciendo? -protestó Isobel, sorprendida al encontrarlo todavía allí.

Él estaba completamente vestido y se dedicaba a meter la ropa de ella en la maleta. Sobre la cama había un juego de ropa interior limpia y el único vestido que Isobel había llevado consigo.

-Pienso que resulta obvio -respondió él fríamente.

-Pero ya te he dicho...

Él se incorporó para mirarla a los ojos.

-He reconocido el albornoz -anunció tranquilamente.

Ella se defendió instintivamente, cerrando las solapas sobre su garganta.

-Yo...

-¿Tú qué? -la interrumpió, observando cómo ella se ruborizaba-. ¿Te lo llevaste por equivocación al marcharte? ¿O lo robaste porque necesitabas arroparte con una prenda que había sido mía?

-Era cómodo, nada más -repuso ella con impaciencia-. Si quieres que te lo devuelva...

-Sí, por favor.

Sin el menor asomo de duda, Leandros se dirigió hacia ella como si tuviera la intención de arrancárselo con sus propias manos. Ella dio un paso atrás y él la miró con una mueca burlona. Estaba seguro de que ella no quería desprenderse de esa reliquia íntima. Aún lo amaba.

-Me gustaría que abandonaras el tema y te fueras de una vez -

murmuró ella, enojada.

-Mentirosa -le espetó él-. Lo que de verdad deseas es que te quite el albornoz para volver a la cama y hacer el amor otra vez.

-Me intimidas.

-No -refutó él-. Lo que pasa es que eres caprichosa y te gusta el melodrama -afirmó mientras acariciaba su labio inferior con el pulgar-. Lo que deseas es que te obligue a rendirte a mis pies. Deseas que te rapte y te lleve a casa por la fuerza para mantener a salvo tu preciosa rebeldía.

¿Tenía él razón? Sí, tenía razón, aceptó Isobel sombríamente. El cuerpo que aún cubría con el albornoz se sentía vivo en su presencia, sus pechos estaban tensos y la parte baja de su abdomen empezaba a latir con los primeros síntomas de la excitación sexual

Meneó la cabeza para deshacerse de la caricia del pulgar.

-Esa casa ya no es mi casa -anunció, con ese tono de terquedad que le era tan propio. Y, a continuación, traicionó el sentido de sus palabras humedeciéndose el labio inferior, recién acariciado, con la lengua.

Leandros entornó los ojos al darse cuenta de lo mucho que revelaba ese pequeño gesto.

-Lo será -aseguró-. En cuanto te vistas con la ropa que he elegido para ti, nos iremos a casa, juntos, como hacen todos los matrimonios, y nos dejaremos caer sobre la primera cama que encontremos para terminar lo que hemos empezado aquí.

Una vez dicho lo cual, Leandros se dio la vuelta y continuó recogiendo sus pertenencias, dejándola de pie, temblorosa y con un ligero sentimiento de frustración.

-¿Se unirá Diantha a nosotros para formar un trío? -preguntó con ironía-. ¿O prefieres que llame a Clive por si necesitamos un hombre extra?

-Diantha no cuenta -repuso él incisivamente-, ni ese Clive tampoco. Acabamos de volver a consumar nuestro matrimonio en esa cama y no hay cabida para nadie más -añadió.

Se miraron con ojos chispeantes de desafío, cada uno a su manera. Ella reconoció que su marido había madurado mucho en los últimos tres años. 'No tenía nada que ver con el hombre preocupado e irritable con el que había convivido. Se notaba que había conseguido superar las tensiones y dificultades derivadas de una herencia imprevista. Su padre, Aristotle, había muerto seis meses antes de su boda y su hijo mayor se había tenido que hacer cargo de un boyante grupo empresarial, lleno de directivos y consejeros que pugnaban por granjearse el favor del heredero y

aumentar su poder. Leandros había atravesado una época de estrés crónico, obsesionado por las grandes decisiones financieras, y sin tiempo para las nimiedades de la vida doméstica. Isobel no había comprendido sus problemas en aquel entonces, pero había pasado el tiempo y todo indicaba que el joven magnate había aprendido a sobrellevar la carga con mucha mayor soltura.

-¿Por qué? -se interesó ella-. ¿Por qué has cambiado de opinión con respecto a mí?

-Todavía te deseo -repuso él sin dudarlo-. y lo único que te pido es que aceptes que tú sientes lo mismo por mí para poder abandonar esta estúpida discusión de una maldita vez.

-¿Y si volvemos a hacernos daño?

-Si surge algún problema, lo estudiaremos y lo resolveremos -dijo él, volviéndose abruptamente para mirarla a los ojos-. y ahora, ¿podemos dar por terminada la discusión? Aún tenemos que hacer el equipaje de tu madre y me gustaría salir de este hotel antes de que vuelvan a cortar la luz.

No era una broma, reconoció Isobel cuando se apagaron de nuevo las luces y el frigorífico soltó un último estertor, aplacando sus tercos deseos de continuar la batalla verbal.

Sin mediar palabra, recogió sus ropas y se metió en el pequeño baño que carecía de ventana. Se vistió en la oscuridad, golpeándose contra los sanitarios, y cuando salió del baño se encontró a Leandros esperándola con la puerta de la habitación abierta.

-Tenemos que marchamos de aquí mientras haya suficiente luz natural como para bajar las escaleras.

-Pero nuestro equipaje...

-El hotel se ocupará de enviárnoslo. Ya me he ocupado de ello -anunció él con su arrogancia habitual, tendiéndole la mano-. Antes de poder darse cuenta, Isobel se encontró bajando las escaleras a toda velocidad-. Hay cortes de luz periódicos debido a una huelga -explicó él, mientras descendían-, los obreros aprovechan que estamos en temporada alta para dejar sin luz a los hoteles, con la esperanza de que el gobierno intervenga a favor suyo. Los cortes de electricidad no están afectan-do a las áreas residenciales.

Isobel abrió la boca para soltar un comentario sarcástico, pero en ese momento resbaló y estuvo a punto de dar con sus huesos en las escaleras, si no hubiera sido porque Leandros la atrapó justo a tiempo, aprovechando para arrinconarla contra la pared y mirarla a los ojos.

-Te quiero de vuelta en mi vida, en mi casa y en mi cama -declaró con ronca ferocidad-. No quiero que nos peleemos ni que

volvamos a hacernos daño. Quiero que recuperemos al amor de nuestros primeros días, antes de que las dificultades de la vida se cruzaran en nuestro camino. Necesito volver a sentir toda la dulzura y la emoción de nuestros primeros días de matrimonio, y necesito que tú me digas que sientes lo mismo.

Aplastada contra la pared, Isobel apreció toda la pasión de sus palabras.

-Sí -murmuró-. Yo siento lo mismo.

Se produjo un momento de silencio, lleno de alivio y expectación. Pero ninguno de los dos había pronunciado aún las dos palabras definitivas: «te amo». Isobel se resistió a ser la primera en decirlas y él se dio cuenta.

-Maldita bruja cabezota -dijo él antes de posar la boca contra la suya.

Fue el beso más sincero que habían compartido jamás. Tuvieron que interrumpirse con renuencia al oír que alguien se acercaba subiendo las escaleras a toda prisa.

Una vez en el vestíbulo, el recepcionista escuchó imperturbable cómo Leandros le repetía las instrucciones con respecto al equipaje de Isobel y Silvia. Luego, la agarró de la mano y salieron al exterior.

La vida había recobrado toda su belleza. Caminaron hasta el Ferrari de Leandros y él la ayudó caballerosamente a acomodarse en el asiento del copiloto antes de rodear el vehículo para sentarse detrás del volante. El motor se encendió con un rugido ronco y prolongado, y las terminaciones nerviosas de Isobel vibraron al unísono con él. ¿Estaría Leandros sintiendo lo mismo que ella? Probablemente, se dijo. El sol del atardecer bañaba el cielo de color rojo. Se incorporaron al denso tráfico de Atenas y, mientras atravesaban la ciudad, disfrutaron en silencio de una comunicación especial que no necesitaba palabras para expresarse. Cuando se detuvieron en un semáforo, él la miró con los ojos llenos de deseo y ella dejó que su corazón galopara desbocado, consciente del devastador efecto que ese hombre ejercía sobre su alma y su cuerpo.

Al cabo de un rato, abandonaron el centro de la ciudad y se adentraron en los lujosos barrios. Pasaron muy cerca de la casa de la madre de Leandros, y luego por delante de la casa del tío Theron, que vivía con su nieta Eve. Esa había sido la única amiga con la que Isobel había podido contar en su primer año de matrimonio. Eran de la misma edad y ella se sentía medio inglesa por parte de madre, aunque se había educado en Atenas, junto a su abuelo, desde que sus padres habían fallecido en un desgraciado accidente.

-Eve se ha casado -comentó Leandros, rompiendo el silencio.

-¿Se ha casado? -preguntó, asombrada, Isobel.

-Es una historia muy larga, pero creo que será mejor que te la cuente ella -dijo él con una sonrisa.

-¿Con quién se ha casado? Supongo que con algún griego de buena familia, ¿no?

-¿Para dar gusto a su abuelo? Ni hablar -repuso él con una sonrisa-. Se ha casado con un inglés llamado Ethan Hayes.

Isobel recordó, incómoda, a la familia de Leandros, mientras el coche enfilaba el camino de entrada de lo que años atrás había sido su casa. No era tan grande como la mansión familiar de los Petronades, que aún ocupaba su madre, pero sí se notaba que pertenecía a un hombre rico. Leandros la había comprado al poco de llegar a Atenas, recién casado con Isobel, para intentar proteger su intimidad de las constantes intromisiones de su madre, para crear un espacio donde -ellos dos solos pudieran resolver las disputas que finalmente habían malogrado su conviven- cia, a pesar de todo.

Isobel suspiró, apenada, al recordar la tristeza y la impotencia de los últimos meses compartidos con su marido.

Leandros oyó el suspiro, apagó el motor, y la miró con preocupación. ¿Le resultaba tan horrenda la visión de la casa? Recordó la ilusión con que la había comprado, esperando resolver todas sus cuitas. y también recordó el error que había cometido al encargar la decoración .a un reputado profesional. Ese era un tema que tendría que haber dejado en manos de Isobel. Había dado la impresión de que no confiaba en la capacidad de su mujer para convertir la lujosa construcción en un hogar acogedor para ambos. y todo había ido de mal en peor. Él había seguido trabajando casi las veinticuatro horas del día y ella se había dedicado a dar largos paseos a solas por la ciudad, con la cámara al hombro. Las noches habían estado llenas de peleas, hasta que Isobel había decidido separarse de él, para volver a Londres, junto a su madre.

Era extraño que él no se hubiera trasladado de nuevo a la casa familiar. Era sorprendente que hubiera aguantado todo un año solo, antes de decidir poner tierra por medio durante una larga temporada. ¿Había estado todo ese tiempo esperando que ella regresara?, se preguntó mientras la ayudaba a salir del coche. Admiró sus largas y bien formadas piernas y se fijó en que el correcto vestido azul marino se parecía mucho a uno de los preferidos de Diantha, el mismo que había llevado el día que decidió divorciarse a bordo del yate, frente a la bahía de San Esteban. Pero no existía ninguna otra semejanza entre ambas

mujeres..., pensó, recordando con incredulidad cómo aquel día podía haber estado convencido de que prefería la calma organizada de Diantha a la fiera vitalidad de Isobel.

De pronto, observó que había un coche conocido aparcado frente a la puerta de la cocina y frunció el ceño. ¿Cómo se lo iba a explicar a Isobel? No había excusa posible. Estaba en apuros y lo sabía.

Capítulo 6

A ISOBEL le costó un gran esfuerzo recorrer los metros que separaban el coche de la casa y, cuando Leandros abrió la puerta de par en par, sintió unas ligeras náuseas. La cálida temperatura de la calle se vio sustituida por el agradable aire acondicionado en el gran vestíbulo de entrada. Las paredes aún lucían aquel elegante tono gris azulado. Los muebles eran los mismos y el resultado final encajaría perfectamente en una revista de decoración.

Una mujer desconocida, vestida de negro y con cofia blanca, se presentó para saludarla.

-Esta es Alisse, nuestra ama de llaves -explicó Leandros-. Alisse, esta es mi mujer, Isobel.

Se preguntó con una sonrisa qué habría pasado con Agnes, la cotilla empedernida que la madre de Leandros había colocado en la casa para mantenerlos controlados.

-Hérete, Alisse. Es un placer conocerla.

-Bienvenida, kiria -repuso el ama de llaves educadamente-. Las visitas los esperan en la terraza. ¿Preparo un té inglés para todos?

Isobel se sintió extraña al darse cuenta de que Alisse se dirigía a ella para tomar las decisiones domésticas. Agnes solía preguntarle a Leandros.

-Sí, gracias -repuso temblorosa. Una vez el ama de llaves hubo desaparecido, se volvió hacia Leandros-: ¿Qué ha pasado con Agnes?

-Se marchó poco después de que tú te fueras -contestó él con un tono de voz que dejaba bien a las claras que la despedida no había sido demasiado amistosa.

Pero Isobel no tenía ganas de seguir hablando del tema, deseaba ver a su madre cuanto antes y comprobar que se encontraba bien. Además, necesitaba contar con su opinión. Silvia la había visto salir esa misma mañana dispuesta divorciarse de Leandros e Isobel no sabía cómo iba a encajar la idea de que pensaba darle una nueva oportunidad a su matrimonio. Se dirigieron directamente hacia la terraza y, tras cruzar unas puertas acristaladas, se encontraron de nuevo con la suave luz de poniente. La primera persona a la que vieron fue a Silvia, cómodamente sentada sobre los cojines de un sillón de anea pintado de color azul, con una sonrisa en la boca. Lester Miles estaba también allí, pero se puso en pie con el ceño fruncido en cuanto los vio aparecer.

-Hola -dijo Silvia, encantada de verlos-. Ya empezábamos a preguntamos dónde estaríais.

De pronto, se levantó otra persona que había quedado medio

oculta entre las sombras del jardín. Era una mujer pequeña, pero preciosa, con el cabello y los ojos negros. Isobel adivinó inmediatamente de quién se trataba, antes de que se hicieran las presentaciones formales. Se trataba de Diantha Christophoros.

-Justamente ahora le estaba explicando a Diantha lo amable que has sido al ofrecemos alojamiento en tu casa para que pudiéramos salir de ese horrible hotel, Leandros -añadió Silvia con toda la inocencia del mundo.

-¡Qué sorpresa, Diantha! -exclamó Leandros con tensa y fingida cortesía-. No recuerdo haber hecho planes para vemos hoy -dijo, dándose cuenta de que no había sido una intervención afortunada.

Isobel dio un paso atrás.

-Lo sé. No deseaba entrometerme -repuso Diantha con tono contrito-. Alisse debería haberme informado de que tenías una visita imprevista y yo me hubiera quedado en casa tranquilamente.

-No digas eso, Diantha, has sido de gran ayuda -intervino Silvia, sin percibir aún la tensión-. Espero que no te importe, Leandros, pero para evitar las escaleras, Diantha me ha ayudado a instalarme en el anexo de la planta baja.

-Ha sido un placer, señora Cunningham -repuso Diantha con una sonrisa afable-. Espero que saboree de veras su estancia en Atenas. Leandros -añadió volviéndose hacia él-, necesito hablar un momento a solas contigo. Tu madre...

-Más tarde -la interrumpió secamente el dueño de la casa.

-Isobel, cariño, estás muy pálida -comentó Silvia con preocupación-. ¿Te encuentras bien?

No, Isobel no se encontraba bien, pensó Leandros enfurecido. Creía que Diantha era su amante. Pero no estaba dispuesto a presenciar una escena de celos. Y, además, Diantha no tenía la culpa de lo que Isobel creyera.

-Es verdad, estás pálida -intervino Diantha con amabilidad mientras se dirigía hacia ella con la mano tendida-. Espero que te acuerdes de mí, Isobel, nos vimos en una ocasión, durante una fiesta familiar, aunque no tuvimos oportunidad de conversar.

Leandros estaba fuera de sí, sabía lo que se avecinaba y deseaba evitarlo por todos los medios posibles.

Isobel se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa, dejando a todo el mundo con una exclamación de asombro en la boca. Abrió una puerta y se encerró en una de las múltiples salitas de estar que tenía la casa mientras escuchaba cómo Leandros se deshacía el disculpas con su amante.

-¡Lárgate de aquí! -gritó Isobel cuando Leandros consiguió

localizarla-. ¡No tengo nada que hablar contigo, rata adúltera!

-Ya veo que no has perdido el temperamento -repuso él perezosamente.

Ella le dio la espalda y siguió mirando por la ventana, con los brazos cruzados bajo el pecho.

-Lo que has hecho es una grosería –puntualizó él.

«Típico», pensó Isobel. Leandros siempre prefería atacar, antes que pedir disculpas. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar una esposa al encontrarse a la amante de su marido tomando decisiones en su propia casa?

-Lo he aprendido de un auténtico maestro. Odio esta casa.

-¿Tanto como me odias a mí?

-Sí.

Aún no comprendía cómo se había dejado seducir y arrastrar hasta esa casa que le recordaba los peores momentos de su convivencia. Tenía que tratarse de un ataque de locura temporal. Todo el día había sido un completo disparate, desde el mismo momento en que se había montado en el taxi con Lester Miles.

-Pienso marcharme tan pronto como llegue mi equipaje -anunció en un susurro, mientras él suspiraba e iniciaba el camino para acercarse a ella.

-Es típico de ti, Isobel, apartarte y salir corriendo en cuanto se presenta un problema -dijo él con tono contemporizador.

Ella se volvió para enfrentarse con él cara a cara y se quedó impresionada al ver lo pálido que estaba. Parecía cansado y necesitaba afeitarse. En realidad, presentaba un aspecto completamente lamentable. Lamentable, colérico y frustrado, se dijo. ¿Cómo podía un hombre cambiar tanto en un par de minutos? Era la casa, decidió, esa horrible y odiosa casa.

-No te atrevas a comparar el día de hoy con mi pasado -sollozó ella.

-No es solo tu pasado, es nuestro pasado, pero lo que estamos discutiendo ahora es el presente, y sobre tu tendencia a escapar de los problemas que te hieren en vez de afrontarlos.

-No estoy herida, estoy enfadada -insistió ella con ojos relampagueantes.

-Diantha...

-Diantha se siente tan cómoda en esta casa, que se permite el lujo de dar instrucciones al personal de servicio.

-Tiene un temperamento organizador.

-Justo lo que tú necesitas -le espetó-. Porque está bien claro que yo ni siquiera soy capaz de organizar un té con pastas.

Él rió con ganas.

-No me casé contigo por tus aptitudes como anfitriona -le recordó con voz ronca. De vuelta al sexo, pensó Isobel con furia-. Me casé contigo porque eres maravillosa y muy atractiva, y porque, pase lo que pase, soy incapaz de apartar mis manos de tu precioso cuerpo.

Isobel se estremeció. Conocía a su marido y sabía que esas palabras eran una advertencia de que pensaba tocarla sin mayor dilación.

-Busca a tu amante para que satisfaga tus necesidades.

-Diantha no es mi amante.

-¡Mentiroso!

El suave contacto de sus masculinos dedos sobre la piel desnuda de sus brazos la hizo suspirar. Estaba tan cerca, que Isobel tuvo que contenerse para no rendirse a su poder de seducción:

-Solo es una buena amiga de la familia, eso es todo.

Isobel resopló incrédula y él le acarició la espalda hasta hundir los dedos en su espesa mata de cabello rojo. Un ruido les llamó llamó la atención y ambos se asomaron a la ventana. Una furgoneta del hotel Apolo estaba aparcando delante de la casa.

El equipaje estaba allí y había llegado el momento de tomar decisiones. ¿Deseaba irse o quedarse?, se preguntó Isobel confusa y aturdida.

-Yo me quedaría, agapi mou -dijo Leandros con brusquedad-. A pesar de las sospechas que mantengo sobre tu gigante rubio, sigo aquí luchando por nuestro amor. ¿No crees que ya ha llegado el momento de serenarte y luchar por tu futuro?

-¿Estás tentándome para que salga a la terraza y eche a tu amante de esta casa?

Leandros enarcó una ceja.

-Si lo hicieras... ¿te sentirías mejor?

-Ya la heriste una vez, casándote conmigo en vez de con ella. ¿Estás dispuesto a hacerlo de nuevo, Leandros?

-No sé de qué me hablas.

-Lo sé todo sobre vuestro romance -contestó ella con un suspiro de irritación-. Y si un abogado común y corriente como Lester Miles es capaz de enterarse de vuestra actual relación, es porque hay algo serio, algo que vincula a dos de las familias más importantes de Atenas...

-Un momento -la interrumpió él con semblante sombrío-. ¿Quién me ha acusado de haber tenido un romance con Diantha?

-Por lo que me dijo tu hermana Chloe, se puede deducir que la

plantaste ante el altar para casarte conmigo.

-¿Chloe?

-Sí, Chloe -confirmó ella, observando la perplejidad pintada en su rostro-. A los pocos días de aparecer conmigo por Atenas, la familia de Diantha decidió llevarla a los Estados Unidos para que ella pudiera olvidarte.

-¿Eso te ha contado mi hermana Chloe?

Ella lo confirmó encogiéndose de hombros.

-¿Y se puede saber cuándo te ha dicho todas esas cosas?

-¿Acaso importa?

-¡Sí, claro que importa! ¡Importa porque no es verdad! Y tampoco hay nada de cierto en ese rumor que dice que quiero divorciarme de ti para casarme con ella. Te aseguró que yo no he dado pie a que se digan semejantes cosas.

-¿Intentas hacerme creer que nunca has pensado en casarte con ella?

Él suspiró, desamparado, no podía negarlo y ella se dio cuenta.

-Deja de jugar con la gente, Leandros -le advirtió Isobel mientras se encaminaba hacia la puerta.

-Si traspasas esa puerta antes de que hayamos resuelto el tema, te juro que esto se va a convertir en algo más que un puro juego -la amenazó él.

Ella se detuvo. En alguna parte sonó el timbre de la puerta. Se volvió para mirarlo y observó que estaba realmente furioso. ¡Ella también!

-Estás muy equivocado si confías en que voy a cometer el error de darte una nueva oportunidad -dijo ella con brío, pero sin poder evitar un temblor que le recorrió todo el cuerpo.

-Jamás tuve ningún asunto amoroso con esa mujer antes de conocerte. Diantha no se marchó de Atenas por mi culpa. Cuando Diantha se presentó en mi yate, para sustituir a Chloe, que debía ayudar a mi madre con la boda de mi hermano, llevaba casi cuatro años sin verla. Estuvo en el yate durante un par de semanas, pero durante ese tiempo ni nos besamos ni nos acostamos. Sin embargo, su compañía me resultaba agradable -admitió-. Y en un acto de pura arrogancia, pensé, simplemente pensé, que podría ser una buena esposa para mí. ¡Al fin y al cabo, la que tenía no me resultaba demasiado accesible!

-¿Quieres decir que soy yo la que tengo la culpa de que todo el mundo sepa que pensabas divorciarte de mí para casarte con ella?

-No. Quiero decir que fue un pensamiento arrogante, pero que jamás salió de mis labios.

-Pero actúa como si fuera la propietaria de la casa.

-Es una amiga, eso es todo. Una buena amiga, que me ha servido de enlace con mi madre, que está absolutamente neurótica con la próxima boda de mi hermano y necesita que alguien la acompañe a los diferentes actos sociales previos a la celebración.

-¿De enlace? ¡Qué palabra tan oportuna! No sabes mentir, Leandros.

Al diablo con todo, pensó él, abatido. Alguien movió en picaporte y entró. Era Silvia, en su silla de ruedas. Parecía enfurecida. Todo el mundo parecía tener una expresión iracunda.

-Jovencita -dijo dirigiéndose a su hija-. ¿Puedes explicarme qué ha pasado con los buenos modales que pensaba que te había inculcado? ¿Cómo has podido cometer la grosería de darle la espalda a la simpática señorita Christophoros y marcharte? Me he pasado la última media hora intentado disculparte.

-¡Esa simpática señorita Christophoros con la que has hecho tan buenas migas resulta ser la amante de mi marido! -replicó Isobel destilando cólera, antes de alzar la barbilla con firmeza e iniciar su salida de la habitación.

Leandros la siguió para intentar convencerla de que no se marchara, pero se interrumpió al ver cómo ella se dirigía hacia las escaleras.

-¿De que hablaba mi hija? -preguntó Silvia.

-Está celosa -musitó él-. No sabe lo que dice.

-A mí me parece que lo que ha dicho estaba bien claro -contraatacó Silvia-. ¿Es esa mujer tu amante actual?

¿Actual? No había tenido ninguna amante desde que Isobel se había marchado hacía ya tres años, pensó Leandros al tiempo que escuchaba un familiar portazo en la parte alta de la casa. En la habitación de invitados, dedujo, no en la suya.

Reparó en que, para Silvia, Diantha había pasado inmediatamente de ser «la simpática señorita Christophoros» a ser «esa mujer».

-¿Dónde está Diantha? -preguntó con aspereza.

-Se marchó en cuanto llegó el equipaje.

-Silvia -dijo con seriedad-, no sé cómo vas a tomarte lo que voy a decirte, pero lo mejor será que te hagas pronto a la idea. Isobel y yo no vamos a divorciamos -anunció-. De hecho, tienes que saber que nos hemos reconquistado el uno al otro.

-¿En medio día? -preguntó Silvia con los ojos como platos.

Él sonrió, sin poder evitarlo.

-Tardamos menos tiempo en enamoramos el día que nos

conocimos -contestó él con una expresión de feliz complicidad.

-Pero eso fue antes de que le rompieras el corazón y me la enviaras a Londres hecha pedazos -comentó Silvia con una mirada tan fiera y vulnerable como la de su hija-. No estoy dispuesta a permitir que lo hagas de nuevo.

-No es esa mi intención -aseguró él-. Pero te lo vuelvo a advertir -añadió en serio-, lsobel sigue siendo mi mujer y lo será durante mucho tiempo.

-Creo que a la que tienes que convencer es a ella, no a mí -repuso Silvia, estudiando su expresión en busca de la verdad.

-Ella lo sabe -afirmó él entornando los ojos-. Lo único que pasa es que necesita tiempo para hacerse a la idea de lo que todo esto significa.

-¿Y la amante?

Él compuso una mueca burlona.

-Es solo una amiga -dijo tratando de parecer convincente-. ¿Dónde está el abogado?

-Sigue en la terraza, algo impresionado por la forma de vida de la alta sociedad griega.

-Me alegro de volverte a ver, ee peteria. Pero no me gusta verte confinada en esa silla de ruedas.

-No será para siempre. Cada día me se siento un poco más fuerte.

-¿Te importaría explicarme cómo sucedió?

Diez minutos más tarde, Leandros salió con paso firme de la habitación en busca de Lester Miles, no sin antes depositar un suave beso sobre la mejilla de Silvia. No se dio cuenta de que Isobel había estado sentada en lo alto de la escalera, escuchando toda la conversación que él había mantenido con su madre. Una vez hubo desaparecido, Isobel bajó las escaleras y acarició la mejilla de su madre en forma de saludo silencioso. No sabía lo duros que habían sido los dos últimos años para Silvia hasta que había escuchado sus confidencias con Leandros.

-Vamos -dijo con dulzura-. Echemos un vistazo a nuestras habitaciones -añadió empujando con suavidad la silla de ruedas.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Silvia a su hija.

-Sí.

-Aún lo amas, ¿no?

-Sí.

Dieron una vuelta por la habitación de Silvia y no encontraron nada de qué quejarse. El anexo había servido de estudio para el propietario anterior, que era escritor, e Isobel lo había utilizado

como cuarto de trabajo para sus fotografías durante el año que había vivido en Atenas. Allí seguía aún el ordenador que había utilizado para retocar las instantáneas digitales.

Siguiendo las instrucciones de Diantha, alguien había colocado una cama, una mesa, un par de cómodas butacas y un impresionante televisor. Isobel tuvo que admitir que el resultado era sencillamente perfecto. Además, alguien se había ocupado de deshacer el equipaje y colocarlo cuidadosamente en el armario.

-No necesito nada más -anunció Silvia con satisfacción.

-¿Dónde esta Lester Miles? -preguntó Isobel, preocupada por él.

-Pregúntale a Leandros. Se fue a buscarlo hace unos minutos.

Isobel se dirigió hacia la terraza, pero Leandros estaba solo.

-¿Qué has hecho con mi abogado?

-Se ha ido.

-¡No me digas que lo has enviado de vuelta al hotel Apolo!

-No -repuso él con una mueca-. Tuvo que volver a Londres urgentemente. Mi chófer lo ha llevado al aeropuerto.

-No va a poder volar hoy.

-¿No? ¿Cómo lo sabes?

-Porque no hay plazas libres hasta mañana, me lo han dicho por teléfono.

-¡Qué eficacia! ¿Pensabas marcharte antes de que hiciéramos el amor o después?

Isobel mantuvo la vista fija en la escaleras y empezó a subirlas, sin responder.

-He puesto mi avión privado a disposición de tu abogado y del gigante rubio -prosiguió Leandros, siguiéndola-. Estarás de acuerdo en que soy un hombre maravilloso, ¿no? ¿Está tu madre cómoda?

-Perfectamente, gracias.

Habían llegado al rellano superior, donde seis pulidas puertas conducían a otros seis elegantes dormitorios. Isobel se dirigió a una de las puertas y Leandros a otra. Cada uno con la mano en el pomo de su puerta, se detuvieron un momento para mirarse, Isobel con expresión desafiante y Leandros con paciencia divertida.

-Te veré en la cena -dijo él escuetamente-. A las ocho y media -añadió antes de desaparecer.

La cena iba a ser un asunto complicado. Silvia estaba cansada y había decidido tomar algo ligero en su cuarto mientras veía la televisión. Isobel descendió las escaleras, llevando el mismo vestido, que era el único que había llevado consigo. Sin embargo, se había dado una ducha y se había recogido el cabello en lo alto de la nuca.

Por el contrario, Leandros se había vestido de etiqueta y estaba

muy apuesto.

-Demasiado elegante para una sencilla cena informal en casa, ¿no? -preguntó Isobel con sarcasmo.

-Tengo que salir más tarde -explicó él-. Debo visitar a mi madre y explicarle nuestra situación antes de que se ponga a hacer conjeturas desafortunadas.

Isobel tenía que agradecer a Leandros que se hubiera quedado a cenar con ella, cuando Diantha había dejado bien claro que su madre lo esperaba en casa.

Ambos entraron en el comedor más pequeño de la casa, como si fueran dos extraños en su primera cita. Leandros la ayudó a tomar asiento caballerosamente mientras Isobel se maravillaba ante lo elegante que estaba la mesa, con la mejor porcelana y el más bello cristal, cubertería de plata y dos candelabros encendidos. Sin duda, Alisse había hecho un buen trabajo. Leandros se sentó enfrente de ella. Su bello rostro, iluminado suavemente por las velas, la hizo estremecerse de placer. No era justo. ¿Quién podría resistirse a ese hombre? Leandros puso una servilleta en tomo al cuello de una botella de champán que se estaba enfriando, y la descorchó sin causar el menor alboroto. El líquido dorado y espumoso llenó primero su copa y luego la de él. La tensión se podía palpar en el ambiente e Isobel pensó en arrojarle el champán a la cara si él no rompía el hielo de alguna manera.

-Puedes venir conmigo si quieres -dijo Leandros. Ella se lo quedó mirando, boquiabierta, incapaz de creerse lo que acababa de oír ni la soltura con que lo había dicho.

-Gracias -repuso con frialdad-. Pero prefiero ver la televisión con mi madre.

Él compuso una mueca burlona y tomó la copa de champán, brindando con un gesto silencioso en dirección a ella.

-Bienvenida a casa -dijo, mirándola a los ojos, antes de beber.

Si Alisse no hubiera aparecido en ese mismo momento con la comida, Isobel se hubiera visto obligada a reaccionar. Comieron prácticamente en silencio. Cuando Isobel decidió tomar un sorbo de champán, se le subió a la cabeza inmediatamente. Se sintió temblar y dejó la copa sobre la mesa. Leandros la rellenó. Alisse llegó con el segundo plato. A la hora del postre, Isobel renunció al atractivo hojaldre bañado de miel y chocolate y pidió una taza de café solo.

Cuando la tensa cena llegó a su fin, Isobel se puso en pie sobre unas piernas que no la sostenían con la firmeza que ella hubiera deseado. Leandros se apoyó sobre el respaldo de su silla para contemplarla.

-Buenas noches -dijo ella.

Él asintió con la cabeza y ella se puso en marcha para abandonar el comedor. Vio un rato la televisión con su madre y luego se dirigió hacia su dormitorio para meterse en la cama y poder llorar a gusto.

Él estaba con Diantha, de eso estaba segura. Seguramente estarían en un rincón tranquilo de la casa de su madre, y él estaría explicándole a media voz lo que había ocurrido entre ellos. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Suplicaría? ¿Lloraría? ¿Se rendiría él a sus encantos y se quedaría a pasar la noche con ella?

Se propuso dormir, pero solo consiguió que su mente se llenara de imágenes que no deseaba ver. Odiaba a Leandros. Sentía que había vuelto a perder la batalla emocional, al igual que tres años atrás. No quería volver a cometer la misma equivocación. Tenía que salir de la trampa que ese hombre le había tendido...

Capítulo 7

UN par de brazos la sacaron de la cama, cuando ya había conseguido dormirse.

-Suéltame, bruto -protestó ella-. ¿Qué piensas hacer conmigo?

-No te habrás creído que iba a dejarte dormir en una cama que no es la nuestra, ¿verdad, boba? -se burló él, levantándola en brazos.

Una vez en el cuarto que en el pasado había pertenecido a ambos, la soltó sobre la enorme cama y se deshizo de su albornoz mientras ella intentaba tapar con pudor las partes más íntimas de su cuerpo con la camiseta de algodón que usaba para dormir.

Él la miró con ojos llenos de promesas lujuriosas y firme determinación masculina. Hundió una mano en su melena, para sujetarla por la nuca y, con la otra, recorrió su magnífico cuerpo desde el pecho hasta los muslos, tiró hacia arriba del borde de la camiseta y, en un solo gesto contundente, se libró de la única prenda que la cubría. Ella se revolvió y lanzó un puño contra su pecho, con ánimo de defenderse, pero él la redujo sin esfuerzo y posó ávidamente los labios sobre su boca. Los gemidos de Isobel se convirtieron en una mezcla de protesta y júbilo. En pocos segundos, su alma quedó completamente absorta en los placeres del cuerpo, y se agarró con fuerza a los hombros del hombre que acababa de raptarla. El beso cobró intensidad, ambos empezaron a respirar jadeantes y todos sus movimientos se combinaron en una oleada conjunta de auténtico placer. De pronto, él interrumpió el beso para mirarla con seriedad.

-¿Has hablado con ella? -preguntó Isobel en un susurro lleno de pánico.

-No.

-¿Estaba allí?

-Sí.

-¿De verdad que no le has dicho nada?

-De verdad -aseguró él con una mirada feroz-. ¿Para qué iba yo a hablar con ella? Tú eres la única mujer que me ha importado en toda mi vida.

-Pero han pasado tres años -recordó ella con dolor-. Tres años pueden hacer cambiar de opinión a cualquiera.

-¿Tú me has sido infiel?

-No.

-Entonces, ¿para qué seguir discutiendo sobre el tema? -concluyó Leandros, lanzándose nuevamente sobre su boca.

No volvieron a intercambiar palabra, sino que se dejaron llevar

por la libido, sintiéndose presos de un huracán de sensaciones que atormentaba sus 'sentidos, clamando por alcanzar las máximas cotas de placer.

Se había sentido poseída, se dijo Isobel, una vez en calma, acurrucada entre los brazos de Leandros. Ese hombre se compenetraba de tal forma con ella que siempre hacían el amor, perdía toda noción de la realidad y se abandonaba a un delirio que no solo calmaba sus necesidades más primitivas, sino que ponía orden en su cabeza y la hacía sentirse mejor persona. Sin embargo, estaba preocupada. No era difícil caer en los brazos de Leandros, pero sí convivir con él día tras día. Y l problema estaba en que ella no se sentía mejor preparada para afrontar ese amor que hacía tres largos años. ¿Sería él capaz de discutir abiertamente sobre las dificultades que fueran surgiendo con el fin de solucionarlas?

Isobel suspiró y a Leandros se le aceleró el corazón, pero optó por no decir nada. Estaba contento y satisfecho, con la mujer que amaba entre los brazos, sintiendo su cálida respiración sobre el hombro. Ella volvió a suspirar y él se puso a un lado, luego se incorporó sobre un codo y la miró.

-¿Qué significan esos suspiros tan melancólicos?

-No son melancólicos.

El enarcó una ceja para burlarse de esa sencilla mentira y ella entornó los ojos.

-¿Por qué no puedes sincerarte conmigo? -preguntó él secamente-. Acabas de sollozar de placer entre mis brazos, me has dicho que me amabas...

-Yo no he dicho eso -protestó ella inmediatamente.

-Pero lo has pensado -repuso él, encogiéndose de hombros para dar a entender que no veía diferencia alguna. Le acarició el pelo y retornó la palabra-: Tenemos que hablar, agapi mou, tenemos que aclarar el porqué de nuestra separación para no volver a cometer el mismo error.

Pero el recuerdo de los terribles últimos días junto a él fue demasiado intenso como para que Isobel pudiera reaccionar con calma.

-¡No-exclamó con el rostro lleno de lágrimas, saltando de la cama para correr a refugiarse en la habitación de invitados. Cuando Leandros fue a buscarla, ya se había metido en la otra cama, pálida y embutida en aquel viejo albornoz azul que tanto decía sobre sus verdaderos sentimientos.

-¿Cuándo empezarás a dejar de salir corriendo cada vez que te sientas herida? Si no afrontamos juntos el pasado, nunca podremos

construir un futuro en común.

Isobel tembló de angustia. ¿Cómo había sido capaz de abandonarse entre sus brazos, olvidando lo que ese hombre era capaz de hacer...lo que ese hombre le había hecho?

-Rechazaste a nuestro hijo -dijo-. ¿Piensas que también debemos afrontar ese hecho?

-Eso no es verdad...

-Sí, lo es -insistió ella-. Ni siquiera creo que siguieras enamorado de mí cuando me quedé embarazada.

-No...

-Fue la gota que colmó el vaso y te ocupaste de dejármelo bien claro -prosiguió Isobel, decidida ya a soltarlo todo-. Te casaste conmigo por capricho, me sacaste de un ambiente de clase obrera sin previo aviso, y me colocaste en medio de una rica familia de clase alta que jamás llegó a aceptarme. Todo el tiempo tuve la sensación de que debería profesarte una gratitud eterna, pero mi temperamento es rebelde y me resistí a conformarme, e resistí a aceptar los planes que tu madre hacía para mí, me resistí a aceptar una forma de vida impuesta.

-Ella solo trataba de informarte sobre las buenas maneras de la sociedad griega.

-Me hablaba con frialdad y desprecio. En realidad, parecía completamente horrorizada por mi presencia.

-Y ú no la supiste comprender. Te rebelaste por el simple placer de verla enfermar de preocupación.

-¡rocuré mantenerme al margen! ¿O es que no te diste cuenta? Decidí pasear por Atenas, con la cámara al hombro, y hacer mi propia vida con gente nueva que me tratara amablemente.

-Como Vassilou.

-Efectivamente. ¿Sabes cómo me sentí cuando tu madre me dijo: «Algunos embarazos llegan a destiempo, Isobel».

-Mi madre es incapaz de haber dicho una cosa como esa -se resistió él, palideciendo porque sabía que loue ella decía era la pura verdad-. Nadie puede ser tan...

-¿Cruel? -terminó ella-. Te recuerdo que, cuando tuve el aborto, tú mismo me dijiste: «Quizá haya sido lo mejor sobel, no estábamos preparados para ello».

Él le dio la espalda y se puso a mirar por la ventana. Ella deseó apalear ese poderoso cuerpo hasta verlo exánime sobre el suelo, pero él era fuerte y ella demasiado frágil como para dar riend suelta a su urgente y primitiva necesidad de venganza física.

-Me avergüenzo de haber dicho semejante cosa -murmuró él.

-Lo entiendo. Yo también siento vergüenza ajena -afirmó ella, dirigiéndose a la cómoda para buscar un camisón limpio antes de meterse en el cuarto de baño. No cerró el pestillo porque ya había decidido no seguir huyendo de los problemas, tal y como él había pedido.

Él se acercó al umbral.

-Estabas inconsolable y yo no sabía cómo aliviar tu pena -balbució él con tono dolorido.

-No. Estabas totalmente entregado a tus negocios y, cuando tuve el aborto, te tuvieron que sacar de una reunión muy importante. Esa es la verdad continuó ella con la mayor firmeza, por si no hubiera sido suficiente con soportar a un marido que no deseaba ser padre durante mis meses de embarazo, tuve que ver cómo toda tu familia y tú suspirabais de alivio mientras yo me ahogaba a solas en mi pena y me volvía completamente histérica.

-¡e acuerdo! -explotó él-. En aquel momento no deseaba ser padre, lo reconozco. ¿Y qué? Éramos demasiado jóvenes y nuestro matrimonio se desmoronaba por momentos. No éramos felices. Ya no había ni la menor comunicación entre nosotros. Pero yo te adoraba, me tenías fascinado. Cuando te tenía entre los brazos, me sentía poseedor de algo muy especial. Sin embargo, no tuvimos tiempo de convertir el deseo en amor. Antes de que hubiéramos podido asentar nuestra relación, llegó el embarazo. Parecías tan frágil, que no sabía cómo acercarme a ti -dijo él volviendo a su dormitorio. Isobel o siguió.

-¿No pudiste confesarme ue te sentías impotente en vez de tratarme con frialdad?

-¿Admitir que era un cerdo asqueroso que se negaba a ser padre? ¿Decirte que no deseaba compartir tu cuerpo con un nuevo ser? -se preguntó él con un gruñido que salió desde lo más profundo de su pecho-. Me despreciaba a mí mismo. ¡ni uiera sabía lo que pensaba! Cuando perdiste al niño, pensé que había sido lo mejor. En realidad, aún lo pienso. Y mi castigo fue perderte, pero lo asumí con entereza. Preferí perderte a tener que afrontar el daño que te había causado.

-Así pues me dejaste marchar -Comentó ella con tono comprensivo.

-Me habías hecho la vida tan imposible que sentí un verdadero alivio la verte desaparecer.

-Me rompiste el corazón -dijo Isobel con dolor-. ¿Jamás se te ocurrió pensar que lo que yo necesitaba era que fueras a buscarme?

-Me despreciaba a mí mismo de tal manera que no resultó difícil

convencerme de que tú sentirías lo mismo por mí -confesó él con tono de arrepentimiento y la mirada clavada en sus pies desnudos.

-Así era -se produjo un silencio denso-. Tú no tuviste la culpa -murmuró ella al fin. Me refiero a la pérdida del bebé. Solo fue mala suerte -añadió, abrazándose para contener los temblores. Un par de brazos se superpusieron a los suyos con firmeza. Se sintió tan cálidamente protegida, que no pudo contener un sollozo-. Yo también me sentí culpable, estaba convencida de que había fracasado como mujer, a todos los niveles. Tuve que marcharm porque no podía soportar las hipócritas expresiones de condolencia de todo el mundo, cuando sabía que corrían rumores de que la pérdida del niño era la prueba definitiva de que nuestro matrimonio estaba abocado al fracaso.

Él guardó silencio, pero apretó el abrazo. Ella se volvió, aún entre sus brazos, para devolverle el gesto de cariño, apoyando el rostro sobre su pecho.

-Mañana mismo empezaremos a enmendar nuestros errores para sacar partido a esta nueva oportunidad que nos hemos dado -ordenó él con brusquedad.

Ella asintió con un sollozo contenido.

-Hablaremos en vez de pelear. Cuando alguien e diga algo desagradable, no dudes en contármelo porque pienso escucharte con la mayor atención.

Ella asintió de nuevo y él la separó un poco para poder mirarla a los ojos.

-No te muestres tan sumisa conmigo, agapi mou, porque me pongo nervioso -dijo con un tono divertido que alivió la tensión.

-No estoy sumisa -repuso ella-. Simplemente disfruto de los susurros de tu voz junto a mi oído.

Lanzando un gruñido al aire, Leandros decidió castigarla con un beso apasionado que condujo a toda una serie de caricias de regreso al dormitorio omún. Durmieron el uno en brazos del otro, se despertaron entrelazados, se ducharon juntos y solo se separaron cuando Isobel tuvo que irse al otro dormitorio en busca de algo para ponerse. Volvieron a reunirse en la terraza en torno a la mesa del desayuno. La primera nube en la recién strenada felicidad de Isobel llegó cuando lo vio correctamente vestido para irse a la oficina: traje oscuro, camisa azul claro y corbata azul marino. Tenía un aspecto impresionante, pero ella necesitaba que se quedara a acompañarla.

-Solo serán unas horas -prometió él al ver su mirada de pánico.

-Así es la vida, supongo -repuso ella con una sonrisa.

-Tengo una agenda un poco complicada. Acabo de regresar a Atenas después de una larga ausencia y se acumulan los asuntos por resolver. Sin olvidar la boda de Nikos.

-¿Cuándo se casan?

-La semana que viene. Como cabeza de familia, no tengo más remedio que acompañar a mi madre a todos los actos sociales que se están organizando para preparar el evento. Por eso tuve que marcharme anoche, y por eso tendré que marcharme hoy también, a no ser que te convenza de que me acompañes.

El lenguaje corporal era mucho más directo que las palabras, pensó Leandros al ver cómo su mujer perdía la sonrisa y ocultaba la mirada en busca de una excusa aceptable. No tuvo que esperar mucho, porque al cabo de un instante, apareció Silvia Cunningham, apoyándose en su andador.

Él se levantó y la recibió con una sonrisa.

-¡ué agradable sorpresa! Ee peteria, estás mucho más guapa de pie que en esa silla de ruedas.

-¡No digas tonterías! repuso Silvia con reprobación, aunque sus mejillas lucían arreboladas por el cálido recibimiento.

Isobel se levantó para besar a su madre y luego le acercó una silla y esperó a que terminara de sentarse lentamente. Leandros observó los cariñosos cuidados con que Isobel obsequiaba a su madre, sin quejarse ni presumir de ello. Hablaron sobre cómo había pasado Silvia la noche hasta que Alisse se presentó con el desayuno. Leandros echó una ojeada al reloj y apuró el café, mientras ambas mujeres disfrutaban de unas tostadas con mermelada de naranja. Isobel se había vestido con los mismos pantalones de deporte de color caqui del día anterior, pero en esa ocasión llevaba una camiseta blanca.

-Silvia -dijo, poniéndose en pie-. Isobel y yo debemos acudir a una fiesta esta noche. Nos sentiríamos muy honrados si quisieras acompañamos.

Leandros había apostado sobre seguro, Silvia era una mujer que siempre había disfrutado de una intensa vida social.

-¿Una fiesta? -preguntó con los preciosos ojos verdes que había heredado su hija brillantes de entusiasmo-. ¡ué divertido! ¿De verdad no os importa que me una a vosotros?

Leandros mantuvo la mirada sobre Silvia, pero sintió cómo unos dardos invisibles, lanzados por su mujer, se le clavaban en el cuerpo. Estaba contento de tenerla de vuelta en casa, cerca de ella se sentía vivo y pletórico de fuerza.

-No hemos traído el equipaje adecuado para asistir a ninguna

fiesta -anunció Isobel, dirigiéndose a ambos.

El rostro de Silvia se contrajo en una mueca de decepción e Isobel sintió aguarle los planes.

-Eso no es problema -intervino rápidamente Leandros-. Podéis salir de compras.

-¡Claro, Isobel! ¡Tenemos todo el día para ir de tiendas! -exclamó Silvia con entusiasmo. Leandros sintió cómo los ojos de Isobel decían-; «te odio», pero se mantuvo en sus trece, deseándola aún más-. ¿Quién da la fiesta?

Leandros explicó a Silvia los detalles de la próxima boda de su hermano Nikos, antes de responder que la fiesta se celebraba en casa de los futuros suegros, a media hora de coche en dirección a Corinto.

-Estás jugando sucio –dijo Isobel en griego. Sabes que no tengo ganas de ir.

-¿Qué has dicho? -preguntó su madre.

-Ha dicho que no es justo obligarte a hacer el doble esfuerzo de salir de compras y luego ir a una fiesta -mintió Leandros con suavidad-. Pero podemos resolver el problema a la manera de los millonarios. Voy a hacer que os envíen una colección de trajes de noche a casa para que podáis escogerlos tranquilamente.

Silvia sonrió, traviesa, pero Isobel lo miró iracunda.

-No intentes escapar de mí o tomaré represalias -le advirtió Leandros en griego.

-¿Qué ha dicho? -preguntó Silvia.

-Ha dicho que elijamos algo audaz y extravagante -mintió Isobel con tono amenazador.

Él rió. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se lo había buscado. Pero era divertido tener una esposa que hablara griego. Y había llegado el momento de irse si quería dedicar unas horas al trabajo. Tenía que evitar a toda costa que Isobel pudiera arrinconarlo en privado. Se puso en pie y se despidió cordialmente de Silvia, antes de depositar un beso en la tensa mejilla de su mujer.

-¿No te apetece ir a esa fiesta, Isobel? -preguntó Silvia al observar la mirada desafiante que su hija había fijado sobre la espalda de Leandros.

Isobel volvió la vista hacia su madre, a sabiendas de que, aunque ella conocía todos sus problemas con Leandros, nunca le había mencionado el trato que había recibido por parte de su familia.

-Me pongo nerviosa al pensar en que tengo que volver a saludar a mucha gente que conocí hace años, no va a ser fácil -repuso-. Es

demasiado pronto.

-Cuando te caes de un caballo, lo mejor es volver a montarte sobre él inmediatamente -sentenció Silvia, sin hacerse cargo de las dificultades que preocupaban a Isobel-. Además, si yo he sido capaz de darme cuenta de que parecéis felices el uno junto al otro, el resto del mundo también tiene derecho a saberlo -afirmó Silvia, dejándose caer sobre el respaldo de la silla-. ¡Caramba! -exclamó-. Me siento renacer con todo este jaleo. Me dan ganas de ponerme a cantar.

Y so hizo, cantar durante toda la mañana, hasta que llegó la furgoneta con los vestidos de noche. Entonces, se dedicó a parlotear alabando la elegancia de los exclusivos diseños y la originalidad de los complementos. Cuando por fin llegó la hora de la siesta de su madre, Isobel se alegró de poder encerrarse en su habitación, aunque no pudo abandonarse por completo a la tristeza que la embargaba porque Leandros podía aparecer en cualquier momento y tenía que estar preparada para enfrentarse con él cara a cara.

Leandros había prolongado en exceso su visita a la oficina y, en cuanto pudo, abandonó sus asuntos hasta el día siguiente y se dirigió hacia el Ferrari rojo. Allí encontró la chaqueta que se había quitado el día anterior, antes de seguir a Isobel a la salida del hotel Apolo. Un sobre blanco, el mismo que ella le había entregado durante la tensa reunión de la mañana, sobresalía de uno de los bolsillos. Lo abrió, encontró la llave de la caja fuerte de Isobel en Atenas y la carta firmada que lo autorizaba a disponer de ella a su antojo. Sintió una enorme curiosidad por saber qué era lo que Isobel llamaba «las reliquias de la familia».

Cuando llegó a casa, abrió la puerta del dormitorio común y, desde el umbral, observó a Isobel sentada sobre la cama con las piernas cruzadas, vestida con una amplia camiseta de algodón que creyó reconocer como propia, y con la cabeza boca abajo, para poder peinarse la espesa melena con comodidad. Probablemente acababa de salir de la ducha, se dijo.

-Si quieres ducharte, lo mejor será que lo hagas en otro cuarto de baño, porque no respondo de mí y podría acuchillarte mientras estás desnudo y vulnerable bajo el chorro del agua -dijo ella sin levantar la vista.

Él no pudo evitar que una amplia sonrisa le iluminara el rostro. Después de la jugarreta de por la mañana, casi había esperado encontrarla recluida en la habitación de invitados, negándose a verlo.

-De eso nada cariño -negó tranquilamente-. Una muerte rápida

no sería suficiente para ti.

-No me tientes.

-De acuerdo. Pero creo que ya he optado por vivir la vida peligrosamente a tu lado -dijo entrando decididamente en la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

Ni siquiera entonces se dignó ella a levantar la cabeza. El se dirigió hacia una cómoda y depositó dos cajas de terciopelo negro sobre ella. Se libró de la chaqueta y la corbata, tratando de decidirse entre saltar sobre ella, sin darle la menor oportunidad de defenderse, o molestarla un poco dedicándose a ignorarla, al igual que ella estaba haciendo con él. La primera idea era tentadora, pero resolvió optar por la ducha. Eso los dejaría en términos de igualdad y sabía que, después de haber proferido su amenaza, ella no iba a ser capaz de quedarse de brazos cruzados sin pasar a la acción.

Se deshizo de los pantalones y de los zapatos mientras Isobel continuaba peinándose cuidadosamente. Ya solo le quedaba puesta la camisa y no era suficiente para tapar la gran protuberancia que se elevaba en su entrepierna. Necesitaba afeitarse urgentemente, así que entró en el baño y abrió la ducha, antes de tomar la cuchilla para afeitarse. Ella se acercó a la puerta, tal y como él había previsto, y se quedó desconcertada al verlo de pie frente al espejo. Una vez consciente de la treta, compuso su mejor expresión de rabia y desafío.

-Elige arma -dijo él perezosamente, sin separar los ojos del espejo que, según pudo comprobar, mostraba el rostro de un hombre que había cambiado radicalmente en las últimas veinticuatro horas. Habían desaparecido las duras marcas del cinismo y su rostro volvía a ser el de un hombre bien parecido en el mejor momento de su vida. Reconoció que el cambio se debía por entero a la presencia de Isobel, esa mujer voluble y rebelde que lo miraba con unos increíbles ojos verdes, clavados en un rostro de piel delicadamente nacarada, enmarcado por una húmeda y espesa cabellera de color rojo.

Ella saltó sobre él sin previo aviso, pero Leandros pudo soltar la cuchilla antes de vérselas con ella. Isobel lloraba y balbucía convulsivamente mientras le daba golpes y empujones, dando rienda suelta a su rabieta.

-¡No quiero salir esta noche! -gritó lastimeramente.

Ella había elegido bien sus armas. Leandros se sentía capaz de combatir la furia, pero se veía impotente para enfrentarse a las lágrimas de una mujer compungida.

-No llores, agapi mou. No es justo.

-¿No podemos esperar unos cuantos días antes de que me sueltes delante de .esas fieras salvajes de nuevo? Por favor... -suplicó.

El ruego estuvo a punto de tener efecto sobre él, pero se recobró y la tomó en brazos para llevarla hasta la cama.

-Si alguien se atreve a mirarte mal, acabaré con él o con ella de un plumazo, lo prometo.

-¡Pero eso no impide que piensen atrocidades de mí, Andros!

«Andros». Isobel era la única persona que lo llamaba por ese diminutivo. Cuando oía esa palabra su corazón reaccionaba amándola devotamente. Amando a esa Isobel hermosa, cobarde e insegura que nadie conocía, aparte de él. La empujó sobre la cama y se recostó junto a ella.

-¿De veras piensas que tú y yo somos las únicas personas que nos arrepentimos del pasado? -preguntó-. Cuando te fuiste, mi madre estuvo a punto de sufrir un colapso al verme destrozado. Al cabo de un año, no pude resistir tu ausencia y me marché lejos de aquí. Te aseguro que ha tenido tiempo de echarme de menos y, si cree que tú eres la garantía de mi estabilidad, sabrá cómo ganarse tu cariño.

-¿Adónde fuiste? -preguntó ella, mucho más tranquila.

-A España. A un lugar llamado San Esteban. Llevaba la dirección de mis empresas desde el yate anclado en ese puerto y aprendí a sobrevivir solo, olvidando mi vida pasada en Atenas.

-¡Deberías haber venido a buscarme! -exclamó ella, propinándole un puñetazo en el hombro.

-Lo hice, cada noche, en mis sueños -confesó él palpando su vientre. No llevaba nada debajo de la camiseta.

-Eso no bastaba.

-Pero ahora tenemos un montón de tiempo para reencontrarnos -dijo él, penetrándola, sin preliminares.

Ella sollozó de placer porque estaba preparada para recibirlo, volvió la cabeza y lanzó la boca desesperadamente sobre sus labios. Rodaron por la cama apasionadamente. Cuando el rapto de deseo se colmó y ambos recuperaron la calma, Leandros se puso en pie con el cuerpo de ella aún colgado de su cuello y, así abrazados, se abrieron paso hasta la ducha, donde iniciaron una nueva contienda amorosa.

Luego, Isobel desapareció prudentemente en dirección a la habitación de invitados, dejándolo solo. Leandros se desperezó e hizo un último esfuerzo para superar su letargo amoroso antes de vestirse. Después de recoger la caja de terciopelo negro, se dirigió al encuentro de su tormentosa esposa. Si ella volvía a atacar sus

defensas, no irían a ninguna parte, se prometió.

Capítulo 8

ENTRÓ en la habitación, golpeando ligeramente la puerta para advertir de su presencia. Isobel se miró en el espejo, dudando si lo que veía en él le gustaba o no. Había elegido un vestido de seda de color verde jade que se ajustaba a su cuerpo sensualmente, sin ser demasiado descarado, al menos eso esperaba. Las sandalias de tacón alto eran del mismo color. ¿Habría conseguido dejar atrás a la muchacha provocativa sin hacer demasiadas concesiones a las ideas tradicionales de la alta sociedad griega sobre materia de buen gusto?

-¿Qué opinas? -le preguntó a Leandros con un leve rastro de ansiedad pintada en sus bonitos ojos.

El no contestó y ella se dio la vuelta para mirarlo. Lo que vio fue un hombre que podría satisfacer las fantasías más elevadas de cualquier mujer. Había descartado el típico traje oscuro a favor de una chaqueta blanca, pantalones negros de seda y una pajarita negra. Su apariencia era tan formidable, que Isobel sintió cómo el centro de su feminidad volvía a emitir las pulsaciones que preceden al clímax. Sus ojos negros la miraron de arriba abajo con expresión posesiva.

-Estás impresionante -dijo él por fin-. Perfecta.

«Y tú también», pensó Isobel mientras Leandros se acercaba con la caja de terciopelo negro que ella reconoció de inmediato con un súbito temblor nervioso.

-Ya... ya has ido por ellas -balbució.

-¿Te refieres a las reliquias familiares? -repuso él en tono de guasa-. Corno ves, aquí están -añadió pulsando suavemente el botón de apertura. Durante un instante, permitió que ella admirara las joyas de esmeraldas engarzadas con diamantes sobre platino que tanto le habían gustado antes de que Chloe osara denigrarla: «¿Te ha regalado esas antiguallas? Mi madre siempre se ha negado a ponérselas. Pero, incluso así, son demasiado elegantes para ti».

Los largos dedos de Leandros sostuvieron el collar en alto.

-Date la vuelta -ordenó.

-Yo... -musitó ella, incapaz de volver a tocar esas preciadas joyas-. No las quiero, te las he devuelto porque...

-Llevamos dos días dándonos una segunda oportunidad -afirmó él con expresión sardónica- y esto forma parte de nuestra reconciliación. Te las devuelvo. Van maravillosamente con ese vestido, ¿no crees?

-Sí, pero... ,

El collar brillaba entre sus dedos e Isobello interrogó con los ojos

de forma precavida. El contacto visual con él la hizo sentirse perezosa y estuvo a punto de pedirle que volvieran a la cama y olvidaran la fiesta.

-¿No crees que llevar esas joyas hoy sería como abofetear a tu familia en plena cara antes de que tengan tiempo de asumir que he regresado? Quizá sería mejor esperar un poco...

-Nada de esperas. El hecho es que has vuelto y, cuanto antes lo comprendan, mejor. Tú eres mi preciosa esposa, yo te regalé estas joyas y quiero que las luzcas. Así que date la vuelta.. .

Ella obedeció, dejándose convencer por sus palabras. El collar se acopló a su cuello como si lo hubieran hecho a medida. Él presionó los labios contra su nuca, le dio la vuelta para admirar el efecto y quedo deslumbrado. Después, alargó una mano, tomó el brazalete que hacía juego con el collar y lo encajó en su esbelta muñeca. A continuación le llegó el turno al anillo, que él colocó en su dedo anular, junto al anillo de boda, con una mirada intencionada.

Isobel se estremeció de deseo cuando él le tocó con maestría los lóbulos de las orejas para quitarle los sencillos aros de oro y sustituirlos por los impresionantes pendientes de esmeraldas y diamantes que completaban el magnífico conjunto. Él estaba muy cerca y emanaba un aroma irresistible. 1sobel apenas pudo contener las ganas de besarlo, desnudarlo y regresar a la cama. Pero cambió de opinión y se dirigió hacia el espejo con un suspiro. No tuvo más remedio que dar la razón a Leandros: nadie podría negar que las esmeraldas y los diamantes combinaban perfectamente con el color verde jade del vestido. Buscó la mirada de él en el espejo.

-Sigo pensando que llevar estas joyas hoy es como abofetear a tu familia.

Él pasó un dedo sensual por encima del collar.

-Creo que al regreso de la fiesta voy a pasarlo estupendamente -dijo con tono insinuante, fantaseando con imágenes de su mujer completamente enjoyada, pero sin ropa. Le dio un ligero beso sobre el hombro y ella se estremeció. Él suspiró.

-¿A quién pertenecieron estas joyas antes? -preguntó Isobel con curiosidad.

Leandros la miró con expresión burlona y sonrisa perezosa.

-Las esmeraldas fueron propiedad de un pirata venezolano que solía llevar una de ellas en un diente.

Isobel rió a carcajadas al oír la extravagante leyenda que acababa de inventarse su esposo.

-¡Debía tener una dentadura impresionante!

-Era un gigante moreno con un parche negro en el ojo derecho -

prosiguió él dando rienda suelta a su imaginación, antes de lanzarse a besarla en la boca.

Acababa de arruinar el efecto de la barra de labios, pero a ella no le importó porque ese beso logró contrarrestar la ansiedad que sentía con respecto a la próxima reunión familiar, dejando bien sentado que .lo único que realmente importaba era la relación entre ellos dos. Ya tendría tiempo de retocarse el sutil maquillaje en el coche. Salieron de la habitación de la mano, bajaron las escaleras y se encontraron a Silvia en el vestíbulo, preciosa con su vestido azul cielo, bordado con hilo de plata.

-¡Mamá! -exclamó Isobel-. ¡Estás estupenda!

Los nervios retornaron cuando el coche aparcó delante de unos soberbios jardines, iluminados para dar la bienvenida a los invitados. Silvia renunció a la silla de ruedas y prefirió apoyarse en el andador. Al parecer, esa noche todo el mundo anteponía la dignidad y el orgullo al sentido común. Isobel deseó sentirse tan ilusionada como su madre ante la perspectiva de gozar de una buena fiesta, pero se sentía inquieta, y la mano de Leandros sobre su espalda apenas añadía una leve seguridad a su angustia.

La entrada estaba llena de gente y tuvieron que entrar en la casa muy lentamente. Leandros le presentó al matrimonio Santorini y a su hija Carlotta, la futura esposa de Nikos, que era una muchacha preciosa de cabello negro y ojos oscuros. Aunque los tres le dieron una calurosa bienvenida, ninguno de ellos pudo evitar mirarla con curiosidad. Nikos se parecía mucho a su hermano mayor, pero Isobel presintió una cierta renuencia en su primera mirada.

-Encantado de verte por aquí de nuevo, Isobel -dijo, besándola suavemente en la mejilla-. Ya era hora.

Esas palabras afectuosas le sentaron de maravilla y la prepararon para verse de nuevo, cara a cara, con la madre de Leandros. Thea saludó brevemente a su nuera con expresión tensa e incómoda y luego se dirigió amablemente hacia Silvia, interesándose por los detalles del accidente y por su salud.

-Ya ves -anunció Leandros, en voz baja, pero triunfante-. No ha sido tan terrible.

-Estoy segura de que has tenido que prevenirles y rogarles encarecidamente que no se atrevieran a tratarme con desprecio -puntualizó ella.

Pero toda la sencillez de los primeros saludos se esfumó cuando entraron en el gran salón de la casa y más de cien rostros se volvieron para estudiarla con curiosidad. Algunos mostraron sorpresa y otros bajaron la vista y apartaron los ojos

inmediatamente. Isobel perdió los nervios. Era evidente que Leandros había advertido a su familia, pero no al resto de los invitados, reflexionó con inquietud. No era tonta y se daba cuenta de que, en esos momentos, decenas de lenguas murmuraban cotilleos de todo tipo sobre ella. La situación se había vuelto insoportable, se dijo, mientras sentía cómo se le encogía el alma. Pero la soberbia de su carácter ganó la batalla y alzó la barbilla para demostrarles a todos que no tenía miedo. «Malditos seáis», decían sus brillantes ojos verdes con terca rebeldía.

Su madre se puso al lado de Leandros. Se la veía impresionada por la aviesa atención que todos los invitados prestaban a su hija.

-¿Somos las estrellas de la fiesta, Leandros? -preguntó.

Él le apretó la mano calurosamente y luego rodeó con firmeza la cintura de su esposa, miró con autoridad de un extremo al otro del salón y, mágicamente, consiguió que todos los cotilleo s cesaran. Isobel se sorprendió de su poderosa influencia sobre toda aquella gente, debía de ser algo que Leandros había aprendido durante los últimos tres años. Nunca había demostrado semejante dominio durante su ya lejano y difícil año de convivencia. La gente pareció olvidar la presencia de Isobel de inmediato y retornó las conversaciones que su inesperada aparición había interrumpido. Leandros las condujo hasta un sofá, pero se negaron a sentarse. Ninguna de las dos estaba dispuesta a claudicar sentándose.

Un camarero les ofreció una bandeja de copas de champán, que Leandros se encargó de repartir. Isobel tomó un sorbo con timidez, sintiéndose ligeramente mareada.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Leandros. -Sí -mintió ella, sin poder engañarlo.

-Te pido disculpas por todo esto. Debería haberme imaginado que tu presencia iba a causar una sensación. Me conformé con avisar a la familia, pero me equivoqué. Al parecer, toda la alta sociedad ateniense se acuerda de ti perfectamente. Lo que no me esperaba es que se atrevieran a mostrarse tan...

-¿Groseros? -concluyó Isobel, dispuesta a pelearse más tarde con su marido por tan nefasto error.

-¡lsobel! -gritó una voz cantarina que la hizo sonreír.

Eve Herakleides se abría paso entre la multitud para ir a saludarla y llevaba con ella a su imponente abuelo y a otro hombre que debía ser su reciente marido.

-¡Lo que ven mis ojos es demasiado bueno para ser cierto! -exclamó Eve al llegar hasta ellos.

Isobel se sintió feliz al ver ese rostro tan son- riente.

Intercambiaron besos, mientras Leandros saludaba al abuelo de Eve, su tío Theron, y se lo presentaba a Silvia. Luego, Eve se abrazó al otro hombre.

-Este es mi encantador inglés -dijo, provocando una mueca risueña en el rostro de Ethan Hayes.

La tensión que acababan de vivir empezó a disiparse mientras todos ellos cambiaban de sitio para hacer una ronda completa de saludos. Theron Herakleides, hermanastro de la madre de Leandros, besó a Isobel en ambas mejillas y dijo:

-Me alegro muchísimo de volver a verte.

En ese momento, otra persona se unió al alegre grupo. Era Chloe, la preciosa hermana de Leandros, vestida con un impresionante traje largo de gasa color rojo vivo que resaltaba su estupenda figura. Miró a Isobel con la misma contenida frialdad de su madre y ella buscó la cálida seguridad de la mano de Leandros. Chloe era la hermana pequeña de la familia Petronades y había sido mimada hasta el extremo de que siempre se salía con la suya. Invariablemente había tratado a Isobel como si esta fuera una rival dispuesta a arrebatarle el cariño de su hermano mayor. Y aún estaba por ver si Carlotta, la bella novia de Nikos, iba a recibir el mismo tipo de trato. Sin embargo, Isobel se había propuesto mostrarse accesible y simpática, por si Chloe había madurado a lo largo de los tres años que llevaban sin verse.

Leandros comprendía la postura de su hermana. Había amado con locura a su padre desde la más tierna infancia y su inesperada pérdida la había dejado dolorosamente aturdida. Cuando, a los pocos meses, Leandros se había casado, ella había sentido que la doble pérdida le resultaba insoportable y, desde entonces, había tratado a Isobel como a la peor de todas sus enemigas.

-Bienvenida a casa -dijo ChIoe con educación, pero tensa, besándola en las dos mejillas. Al ver las joyas, enrojeció de vergüenza.

«Ahí tenemos a la culpable», pensó Leandros. Eve también se había dado cuenta del súbito rubor de Chloe, que aún mantenía la vista fija en las esmeraldas.

-i Que joyas tan delicadas! -exclamó Eve-. ¿Son nuevas o antiguas?

-Nuevas -repuso Leandros con abierta satisfacción-. Las encargué yo mismo para regalárselas a Isobel en cuanto nos casamos. Y por lo que sé, ella solo se las ha puesto una vez, ¿no es así, agapi mou?

-Yo... , sí, así es -balbució Isobel, llevándose una mano al collar, atónita ante lo que acababa de oír mientras Chloe parecía haberse

convertido en una petrificada estatua de sal.

-Solemos referimos a ellas como «las antiguas reliquias familiares» -anunció Leandros, sin sentir piedad alguna hacia su hermana.

Chloe inmediatamente comprendió que él estaba al tanto de la historia que ella le había contado a Isobel con el único fin de atormentarla. Se dio cuenta de que iba a tener muchas cosas que explicar la próxima vez que se encontrara con su hermano a solas.

Por suerte para Chloe, el maítre anunció que la cena estaba servida y todo el mundo empezó a moverse para dirigirse al fastuoso comedor. Eve tomó por el brazo a su marido y Theron le ofreció el suyo a Silvia, regalando así un momento de intimidad a Isobel y Leandros.

-Parece que Theron aprecia la compañía de tu madre -comentó Leandros con soltura.

-Ni me hables -repuso Isobel-. Estoy demasiado furiosa como para escucharte.

-¿Por qué? ¿Qué te he hecho? -preguntó él con fingida inocencia.

-No me has hecho nada, pero sé que eres malo por naturaleza. Deben de ser los genes.

-Eso me demuestra que comprendes por qué mi hermana es como es -comentó él con jovialidad mientras impedía que ella se soltara de su abrazo-: No voy a dejar que vuelvas a salir corriendo, agapi mou.

-A veces te odio -afirmó ella alzando la barbilla-. Te has estado riendo de mí mientras me colocabas las supuestas «reliquias».

Leandros soltó una sonora carcajada. Isobel estaba que echaba chispas y él la adoraba cuando se encontraba en ese estado.

-Lo del pirata venezolano era pura fantasía. Y ahora cuéntame cuál es la historia que Chloe te endosó en su día sobre esas famosas «reliquias familiares».

Pero Isobel rehusó contestar, sorprendiéndose a sí misma. ¿Por qué se detenía cuando había llegado el momento de vengarse? ¿Tendría todo ello algo que ver con la evidente vergüenza de Chloe y con la sincera mirada de disculpas que le había dirigido antes de desaparecer entre la multitud?

-Tengo hambre -dijo para cambiar de tema, aunque estaba segura de que esa noche no iba a ser capaz de probar bocado.

La insinuación cumplió su cometido. Leandros entendió que no pensaba iniciar una discusión sobre su hermana hasta que pudiera comprobar por sí misma si Chloe había madurado a lo largo de los

últimos tres años como su última mirada de arrepentimiento permitía sospechar.

-¿Por qué venezolano? -preguntó de repente-. ¿Por qué no español o francés... ?

Él rió de nuevo, echando la cabeza hacia atrás. La gente se detuvo para mirarlo, pero él no hizo el menor caso, besó a su mujer en la boca y la arrastró hacia el concurrido comedor.

En una de las mesas redondas, los esperaban Silvia, Theron, Eve y Ethan Rayes. Eve monopolizó la cena relatando con gracia todos los detalles de su romance con Ethan. Rieron y disfrutaron de la comida y la bebida, sobre todo Silvia, que estaba pasando uno de los mejores momentos de su vida, caballerosamente atendida por Theron en todo momento.

Después de la cena, la gente empezó a regresar poco a poco hacia el salón, y Leandros fue llevando a su esposa, firmemente agarrada por la cintura, de grupo en grupo, para que todo el mundo pudiera saludarla personalmente e intercambiar unas palabras de cortesía con ella. Quería dejar bien clara la solidez de su matrimonio, al tiempo que sorprendía a todo el mundo conversando con su esposa en griego. Al final de la velada, todos los presentes sabían que Isobel hablaba y entendía el idioma local. La intención de Leandros era obligar a la gente a pensarse dos veces lo que decía sobre su esposa delante de ella antes de cometer un error imperdonable. Hubo gente que se tomó la noticia con manifiesto desagrado y Leandros tomó nota mentalmente de quiénes eran para no invitarlos a las reuniones sociales que pronto empezaría a organizar en. su casa. Sin embargo, otros se mostraron complacidos. Esos sí serían invitados a formar parte de su futuro círculo social.

También hubo gente a la que no pudieron abordar porque mantenían ostensiblemente las distancias. Takis Konstantindou fue uno de ellos. Al igual que Chloe... y Diantha Christophoros. En el fondo, Isobel sentía pena por Diantha. No tenía que ser nada fácil presentarse en aquella fiesta, donde iba a quedar bien claro que los rumores sobre el supuesto divorcio de Leandros para casarse con ella eran falsos.

-¿No crees que deberíamos acercamos a saludarla? -preguntó Isobel, al descubrir que su marido también miraba en aquella dirección.

-¿Para qué?

-Debe sentirse muy incómoda, Leandros, los rumores tienen que haberla afectado tanto como a ti.

-La mejor manera de acabar con un rumor es no hacerle caso.

Además, parece que Diantha ya cuenta con el apoyo incondicional de mi madre y de mi hermana.

Era verdad, se dijo Isobel. Aunque aún no se había atrevido a pensar en ello, la realidad era que la familia de Leandros seguía sin aceptarla y lo demostraba colmando de atenciones a su rival.

Isobel se separó de Leandros para salir a la terraza a tomar un poco de aire fresco y allí la encontró Eve.

-Quiero advertirte, Isabel -dijo nada más llegar-. Ten cuidado con Diantha Christophoros. Parece una joven simpática y tranquila, pero esconde una personalidad diabólica. Es una hábil manipuladora. Fue ella la que convenció a Chloe para que regresara a Atenas para ayudar a Thea con los preparativos de la boda de Nikos mientras se postulaba como la sustituta ideal. Así fue como consiguió pasar dos semanas a solas en el yate de Leandros, preparando la gran fiesta de inauguración de la urbanización de San Esteban. No me extrañaría lo más mínimo que hubiera sido ella también la que ha propalado los rumores de que tu marido pensaba divorciarse para casarse con ella. Hará todo lo que esté en su mano para quitarte a Leandros. Y su tío Takis la apoya incondicionalmente.

-¿Takis y Diantha son parientes? -preguntó Isabel, sorprendida.

-Son uña y carne. Las familias griegas son muy leales.

-¿Qué te está diciendo esta pilluela? -preguntó Leandros cruzando la puerta de la terraza para ir a abrazarse a la cintura de su mujer y morderle el lóbulo de la oreja.

-Las cosas que se dicen las mujeres no son aptas para los oídos de los hombres -contestó la «pilluela»-. Y tú, mi querido primo, debes estar muy contento de cómo te han salido las cosas. No lo olvides -añadió alejándose con un ademán de despedida.

Isobel y Leandros observaron su marcha que tenía como destino final el brazo de su marido, que la recibió con una sonrisa.

-Ha sudado tinta para conquistarlo -le confió Leandros-. Me da la impresión de que aún no se cree lo que le está pasando.

-Yo pienso que es un hombre con mucha suerte -dijo Isobel, que siempre había apreciado mucho a Eve.

-Hum..., yo también lo soy -dijo él inclinando la cabeza para besarla.

-No lo hagas -rogó ella con una sonrisa-. No quiero perder la poca dignidad que me queda delante de todos.

Pero él rió y se interpuso entre la balaustrada de la terraza y ella para que nadie pudiera verla desde el interior. Isobel miró complacida sus ojos sonrientes.

-Te amo -dijo, sin habérselo propuesto.

Él respondió tomando una amplia bocanada de aire y tensando los hombros mientras sus caderas se ajustaban a las de ella.

-¡Vaya momento que escoges para decírmelo! -gritó.

Ella empezó a temblar porque la confesión que acababa de hacer la comprometía demasiado. Se sintió desnuda y vulnerable; temerosa de volver a dejarse herir por ese hombre con el que se había casado. Unas cálidas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Pero él tampoco estaba en paz consigo mismo, su expresión denotaba que estaba librando una fuerte batalla interior. Isobel se hubiera conformado con un simple «y yo también», pero Leandros no parecía capaz de articular palabra.

-Puedo retirar lo que he dicho -aventuró Isobel.

-No -graznó él-. Solo quiero que te-esperes a que yo pueda...

Isobel se sintió desamparada. Eran dos adultos haciendo el ridículo, expuestos a las posibles miradas de reprobación de un centenar de personas. Debería habérselo dicho en casa, pero ya no podía evitar el desastre. Las manos de él la atrajeron con firmeza, incontenibles.

-¡No me beses! -exclamó ella.

Isobel sintió cómo una oleada de calor le recorría todo el cuerpo. Saber que él estaba tan excitado la volvía loca. La música sonaba en el salón, abriéndose paso entre las conversaciones. E Isobel se dio cuenta de que, si no lo impedía a tiempo, iba a acabar tirada en el suelo con el pesado cuerpo de ese gran hombre sobre ella.

-Ahora todo el mundo está convencido de que eres una princesa educada y primorosa, pero yo sigo teniendo que batallar con la maldita bruja que llevas dentro. Esa bruja que es capaz de llevarme hasta el límite sin previo aviso.

-Continua insultándome -lo retó ella empezando a enfadarse-. No lo puedes evitar.

-No, no lo puedo evitar. Desde que regresaste a mi vida con ese par de piernas que le quitan el hipo a cualquiera, no he dejado de sentirme como un adolescente enamorado que no sabe qué hacer.

-¿Te atreverías a repetir que estás enamorado?

-¡Siempre he estado enamorado de ti! Incluso durante esos tres años atroces.

-Me pediste que volviera para divorciarte de mí.

-Era una excusa.

-Ya habías elegido a tu segunda esposa.

-Soy una persona arrogante, ya lo sabes.

-Supongo que esa es la razón de que yo haya tenido que mencionar la palabra «amor» en primer lugar.

-Me pones de tan mal humor que estoy a punto de tirarte por la barandilla.

-¡Tírate tú primero! ¡Y espero que te rompas ese arrogante cuello!

Un sonido los sacó de la discusión. A Isobel se le cayó el alma a los pies en cuanto vio a su suegra. Cualquiera que tuviera ojos podría jurar que habían estado peleándose. Thea se les acercó con cautela y preocupación, mirándolos de hito en hito. Isobel gimió en silencio, deseando que se la tragara la tierra.

-Siento molestar -dijo Thea con formalidad, antes de detener la vista sobre su avergonzada nuera-: Estoy preocupada por tu madre, Isobel. Theron la ha sacado a bailar con el andador y creo que su entusiasmo la está fatigando.

Isobel comprobó de un solo vistazo que la preocupación de Thea tenía fundamento. El anciano Theron estaba bailando con su madre, que manejaba el andador con graciosa soltura. Ese hombre estaba cortejando a Silvia alegremente y sin el menor recato. Y ella se divertía de lo lindo, pero incluso desde la distancia que las separaba, Isobel pudo ver cómo las huellas del cansancio empezaban a hacer aparición en su bello y aún juvenil rostro.

-Voy para allá -dijo Isobel. Pero Leandros la detuvo.

-No, déjamelo a mí. No se lo tomará tan mal si es un hombre quien le pide que se siente a charlar un rato -explicó, depositando un beso sobre los labios de su esposa antes de entrar en el salón de baile.

De pronto, Isobel se encontró a solas con una mujer a la que no agradaba y que, además, era su suegra. Ambas mantuvieron un silencio tenso que Thea decidió romper:

-Mi hijo aprecia mucho a tu madre.

-Sí -repuso Isobel, algo más calmada, observando cómo Leandros hacía girar a su madre una última vez antes de acompañarla hasta un sofá-. Y mi madre lo adora.

Thea alzó la nariz, dispuesta a marcharse.

-No, quédate, por favor -rogó Isobel impulsivamente.

La madre de Leandros detuvo el paso e Isobel sintió una aguda presión en el corazón. Había llegado el momento de retomar los asuntos familiares, de darles un nuevo giro. Por el bien de Leandros, sabía que tenía que tender una mano amistosa hacia Thea.

-Os estabais peleando de nuevo -dijo ella.

-No nos malinterpretes -replicó Isobel-. En realidad estábamos

cortejándonos -explicó encogiéndose de hombros con una sonrisa-. Siempre nos pasa lo mismo, discutimos hasta que se enciende la pasión y luego nos amamos salvajemente. ¡Pero comprendo que te preocupen nuestras peleas -concedió finalmente para mantener viva la llama de la conversación.

Thea se tomó su tiempo para asimilar la fresca confesión de Isobel, luego suspiró y pareció que se quitaba un peso de encima.

-Supongo que ya sabías hablar griego durante el año que pasaste en Atenas.

-Sí.

-Entonces, es posible que hayas oído comentarios poco halagüeños sobre tu persona.

-Efectivamente.

Se hizo un silencio y luego Thea se apoyó sobre la balaustrada.

-Mi hijo te ama -dijo con calma-. Ya mí solo me importa su felicidad, pero las peleas... me dejaban muy mal sabor de boca.

«Y a mí», reconoció Isobel, recordando la época en que la chispa del amor había quedado sepultada por la incomprensión y la falta de entrega.

-Cuando te marchaste, sentí un verdadero alivio, pero Leandros se quedó destrozado. Estaba tan deprimido, que tuvo que marcharse a España para que nada le permitiera recordarte. Te echaba de menos.

-Yo también lo echaba de menos.

-Sí, lo entiendo. Leandros quiere que seamos amigas. Y a mí también me gustaría, Isobel.

Ella sonrió, aunque el tono de Thea indicaba que la historia de su futura amistad no prometía ser un camino de rosas. Pero, en ese momento, bastaba con que su suegra hubiera puesto a prueba su orgullo para mantener una conversación íntima con ella, y se dispuso a devolverle el favor.

-Hace tres años yo era demasiado joven para comprender muchas cosas. Vuestro estilo de vida me resultaba ajeno y me sentía demasiado vulnerable y rebelde como para aceptar los consejos de nadie. Esta vez será diferente -prometió solemnemente mirando a Thea a los ojos.

Su suegra asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Ambas sabían que habían firmado un cierto compromiso de buenas intenciones. Cuando Isobel se dispuso a volver a la fiesta, Thea la detuvo:

-Siento mucho lo del bebé -dijo con seriedad-. Tuviste que sufrir mucho porque sé que nadie de la familia te ayudó a superar tan

terrible pérdida.

Era la pura verdad e Isobel no supo qué responder. Su suegra pareció comprender y, después de dudar un instante, regresó a la sala de baile.

Leandros apareció al cabo de un momento e Isobel se preguntó si no las habría dejado hablar a solas a propósito.

-¿Te encuentras bien? -preguntó con tono preocupado.

Ella asintió y se acercó a él, metió los brazos por debajo de la. chaqueta y se agarró con fuerza a su espalda.

-No vuelvas a permitir que me marche jamás.

-Nunca -prometió él.

Abandonaron la fiesta poco después y no hablaron mucho durante el trayecto de regreso a casa. " En cambio, Silvia no paró de parlotear sobre Theron y sobre los planes que habían hecho para salir juntos a hacer un poco de turismo al día siguiente.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Isobel, mirando a Leandros mientras se preparaba para meterse en la cama-. iMi madre ha seducido al hombre más rico de Atenas!

-Mi tío es un conquistador nato.

-iPero si tendrá unos setenta años...! No puede estar pensando en serio que mi madre...

-Debes saber que yo comparto la misma sangre -la interrumpió Leandros en tono de advertencia, enarcando una ceja. Ella se había quitado la ropa y solo llevaba las «reliquias familiares»-. ¿Serás capaz de dejar que te haga el amor cuando yo cumpla setenta años y tú... ?

-iNo te atrevas a mencionar mi edad! –protestó ella.

Esa noche hicieron el amor durante horas, felices de haberse recuperado el uno al otro, felices de haber afrontado los problemas del pasado, felices de poder comenzar de nuevo. Una vez superadas las interferencias, solo quedaban el amor, la confianza y el deseo.

La mañana amaneció soleada y en la terraza encontraron un servicio de desayuno para dos. Silvia iba a desayunar en su habitación para poder arreglarse cómodamente de cara a su cita con Theron. Cuando llegó el momento de marcharse a la oficina, Leandros la miró con tal deseo, que ella no pudo evitar sonreír. Theron llegó a la hora acordada y saludó a Isobel con la perfecta cortesía de un hombre de su edad y clase. De alguna manera, se las arregló para que Silvia aceptara llevarse consigo la silla de ruedas, lo que le valió un enérgico gesto de aprobación por parte de su bella hija. Una vez a solas, Isobelle pidió a Alisse una segunda taza de té y se recostó en la silla, tratando de decidir qué haría mientras

Leandros atendía sus negocios

Llevaba los mismos pantalones de deporte de color caqui con una camiseta amarilla. Esa camiseta era la última prenda limpia que quedaba en su maleta, por lo que tomó en consideración la posibilidad de salir de compras. Estaba aún cavilando cuando Alisse llegó con un sobre que ponía su nombre y que había sido entregado en mano.

Si hubiera estado más alerta, podría haberse imaginado que aquel inesperado sobre solo podía traer problemas, pero se sentía relajada y satisfecha de la vida. Pensó que sería una sorpresa de Leandros, aunque solo hacía media hora que se había marchado.

Pero lo que cayó en sus manos le borró la sonrisa de golpe. Después de haber echado un primer vistazo, soltó las fotografías como si estuvieran envenenadas y se puso instantáneamente en pie, golpeando la mesa del desayuno a su paso. Cuando se oyó el estrépito de la porcelana rota, ella ya había echado a correr despavorida, temblando de cólera y angustia.

Capítulo 9

ALISSE se encontró a Isobel desmadejada sobre el suelo del cuarto de baño situado junto a la terraza, con la cabeza apoyada sobre la taza del váter sobre la que había vomitado.

-¡Kiria, está usted enferma! ¡Llarnaré al médico!

-¡No! -gritó Isobel con desmayo-. No -repitió más calmada-. Ya estoy mejor, ha sido un corte de digestión. Lo único que necesito es echarme un rato en la cama, de veras.

Se incorporó dificultosamente ante la mirada preocupada del ama de llaves. Salió del baño dando tumbos y se encaminó hacia las escaleras, pero enseguida supo que allí no se encontraría descanso y se dirigió hacia la habitación de su madre. De vuelta al seno materno, se dijo.

Estaba segura de que Alisse iba a llamar a Leandros, entendía que formaba parte de sus obligaciones. Pero Leandros no necesitaba ser informado. Un poco antes de que Isobel recibiera el sobre, él ya estaba abriendo uno similar frente a la mesa del despacho de su oficina. Mientras ojeaba las malditas fotografías, el teléfono empezó a sonar. Era el padre de Diantha, que también había recibido otro sobre. Apenas había colgado el teléfono, cuando recibió otra llamada, esa vez de su madre y, a continuación, la de un periodista del diario sensacionalista de mayor tirada de Atenas.

Leandros estaba ya de camino a casa cuando Isobel aún no había llegado a la habitación de su madre. Su teléfono móvil sonaba sin parar, pero lo silenció y lo arrojó al asiento trasero, junto a las fotos. Quienquiera que fuese la persona que intentaba contactar con él, tendría que esperar, porque toda su atención estaba puesta en la certeza de que Isobel habría recibido el mismo regalo envenenado. Iba a toda velocidad y el frenazo que dio delante de la puerta de la casa levantó nubes de polvo. Alisse lo esperaba frente a la puerta con un teléfono móvil en la mano.

-¿Dónde está mi mujer? -preguntó escalando los primeros peldaños.

-En la habitación de su madre, kyrios -lo detuvo ella.

Leandros cambió de dirección, cruzó el vestíbulo con determinación y entró en la terraza, en dirección al anexo. Pero allí estaba la repugnante .prueba de que Isobel había sido alcanzada por el mismo francotirador. La mesa volcada, la porcelana rota y, en medio de todo el desastre, las fotos. Rugió de ira y se detuvo un solo instante para recoger el contenido del sobre. Entró en el anexo y se maravilló de lo cómodamente que se había instalado Silvia, a pesar de que el equipo de fotografía digital de Isobel ocupaba

mucho espacio. Pero no tenía tiempo para pensar en los demás, puesto que su objetivo yacía en posición fetal sobre la cama. Alguien lo iba a pagar muy caro.

-Isobel -la llamó suavemente. Pero ella no reaccionó. ¿Esperaba acaso que él se pusiera de rodillas para pedir perdón? «Jamás», pensó, tirando las fotos sobre la cama-. Son falsas -anunció-. Espero que me creas.

Ella no se movió y él deseó saltar sobre ella para demostrarle que nunca habría sido capaz de hacer una cosa como esa.

-¡lsobel! -clamó-. No hay tiempo para dramatismos. Tú eres una fotógrafa profesional. Conecta el equipo y demuéstrame cómo han sido capaces de realizar un montaje tan realista. Necesito tener las pruebas para castigar al culpable.

-Márchate -murmuró ella.

Con un suspiro de impaciencia, Leandros se inclinó para tomarla por la cintura y levantarla. Una vez sentada, le apartó el cabello de la cara. Estaba tan pálida como una pared y sus ojos miraban extraviados.

-Escúchame.

Pero ella hizo caso omiso y empezó a golpearlo, gritando los peores insultos que se veía capaz de proferir. Él esperó a que perdiera las pocas. fuerzas que aún le quedaban. Finalmente, ella lanzó un suspiro quejumbroso, se puso en pie y tomó las fotografías.

-¡Me has mentido! Me dijiste que ella nunca había significado nada para ti, pero... iMira! ¡Ahí estás, sobre la cubierta de tu yate, desnudo, abrazándola por detrás como solo lo haría un amante!

-Nunca. ..

-¡Y mira esta! ¿Te atreves a negar que estabais los dos desnudos, tomando el sol sobre la cubierta del yate? Jamás podré perdonarte...

Leandros agarró la mano que sostenía las fotos y se las quitó.

-¡Debes creerme cuando te digo que son falsas! -rugió.

-¿Falsas? -preguntó Isobel con la mirada arrasada en lágrimas. ¿Qué importancia podía tener que fueran falsas cuando ya se habían quedado indeleble mente grabadas en su mente? El daño estaba hecho-. Te creí cuando me dijiste que ella no...

-Pues sígueme creyendo. Y empieza a pensar con la cabeza en vez de con el corazón.

-¡Mi corazón está muerto! ¡Tú me lo has arrancado!

-El melodrama no va a resultar de gran ayuda, agapi -dijo él con un suspiro y cierta condescendencia. Al menos, había conseguido que ella volviera a la vida.

-Me marcho de Atenas hoy mismo.

¿Echando a correr para huir de los problemas otra vez? Pues ten cuidado, porque soy capaz de dejarte marchar. No quiero pasarme toda la vida bajo sospecha.

-¿Por qué te enfadas conmigo?

-No estoy enfadado contigo, sino con el autor de estas fotografías. No eres la única que ha recibido copias -le explicó dando detalles-. Este asunto es muy serio, Isobel. Alguien quiere hacernos daño provocando un escándalo y yo necesito tu ayuda, no tu desprecio.

Leandros se acercó hasta el ordenador y comprobó que todos los enchufes estaban en su sitio.

-Tú conoces este artefacto mejor que yo. Dime qué tengo que hacer para que se ponga en funcionamiento.

-No se usa desde hace tres años, puede estar estropeado.

-¡Inténtalo, al menos!

Isobel estaba empezando a comprender que Leandros iba en serio. Movió sus temblorosas piernas y se acercó a él, manteniéndose en guardia. Tocó un par de interruptores y la pantalla se iluminó.

-Y ahora, ¿qué?

-Escanea las fotos, amplíalas y busca detalles que no concuerden. Esas fotos son solo un montaje.

-¿Seguro?

-¡Sí! ¡Seguro! ¡Y me gustaría poder disfrutar de un poco de confianza!

-Si vuelves a gritarme, me marcho -lo amenazó ella fieramente.

-Pues deja de mirarme como si fuera una serpiente venenosa -replicó recuperando las fotos y dejándolas junto al ordenador.

-Dices que son falsas -murmuró ella, ampliando la primera foto.

-Quiero que me demuestres que lo son.

-De momento, no me parecen falsas, pero si lo que dices es cierto. ..¿quién tomó esas fotos? Cualquier persona entendida en el asunto puede hacer un montaje, pero necesita partir de unos originales.

-¡Chloe! -exclamó Leandros.

-¿Chloe? No puedo creérmelo. Ella te adora. Y, además, no tiene nada que ganar en este asunto.

-Quiere vengarse -dijo él mientras la foto de la pantalla se ampliaba-. Siempre ha deseado que alguno de sus hermanos se casara con su mejor amiga, pero los dos la hemos decepcionado.

-No puedo creerlo.

-Una tarde vi un fotógrafo en el dique tomando fotos del yate. Esas deben ser los originales. Estoy casi seguro de que ha sido Chloe la que ha pagado por este trabajo. ¡Quiere que te divorcies de mí y que a mí no me quede más remedio que casarme con Diantha para poner a salvo su reputación!

-Todo eso no tiene ni el menor sentido -protestó Isobel-. ¡Nadie llega a tales extremos para favorecer a una tercera persona!

-¿De qué tercera persona hablas? ¿De Diantha? A ella la están manipulando igual que a nosotros. Escucha lo que pienso: Chloe manda repentinamente a Diantha a España para sustituirla y organiza todo este tinglado, en previsión de que nuestro divorcio no llegue a consumarse.

Leandros pensaba que podía explicarlo todo a su i manera, pero Isobel recordó la conversación mantenida con Eve sobre Diantha y sus sospechas tomaron otro camino. Se concentró en la pantalla y, al cabo de unos segundos, encontró la primera discrepancia: en una de las fotos faltaba un dedo de la mano de Leandros. Aumentó el tamaño de esa zona y mandó la copia a imprimir. En la misma foto, observó que la línea de la barandilla del yate se interrumpía sin razón alguna. Ya no cabía ninguna duda: las fotos eran falsas, tal y como Leandros aseguraba.

-¿Quieres que siga con las demás?

-No, a no ser que tú desees convencerte aún más -respondió él con una frialdad rayana en la descortesía.

Isobel suspiró, se merecía ese trato, al fin y al cabo, no había confiado en él cuando se lo había pedido. Había necesitado ver las pruebas por sí misma.

-Supongo que ahora querrás vengarte de mi falta de confianza.

-Más tarde. Pero lo vas a pagar muy caro -dijo recogiendo las copias y disponiéndose a salir. Ninguno de los dos se permitió una sonrisa. Las fotografías, falsas o verdaderas, habían dañado su relación e Isobel se preguntó si alguna vez iban a poder superarlo.

-Leandros... -lo llamó Isobel cuando estaba a punto de salir de la habitación-. Chloe sabe que soy una fotógrafa profesional. Recuérdalo cuando te enfrentes con ella.

-Y eso... ¿qué quiere decir?

-Nada. Solo te pido que no la juzgues mal antes de hablar con ella, puede no tener la culpa -le advirtió, sin añadir nada más. No estaba segura de sus sospechas y no quería arruinar la buena imagen que Leandros tenía de Diantha.

En cuanto él se hubo marchado, ella imprimió sus propias copias. El coche de él acababa de salir del aparcamiento cuando ella

ya estaba llamando a un taxi. La mansión de los Christophoros era muy parecida al resto de las que se diseminaban por la colina. Llamó a la puerta y se dejó acompañar por una criada hasta una pequeña salita de espera. Diantha se tomó su tiempo antes de aparecer e Isobel empezó a perder los nervios. Sintió cómo el estómago se le contraía involuntariamente, provocándole una oleada de náuseas. No sabía si había t hecho bien acudiendo a esa casa, ni siquiera estaba segura de sus sospechas, pero sabía que, culpable o no, había llegado para ella el momento de enfrentarse a su rival.

La puerta se abrió e Isobel se giró para mirar a Diantha cara a cara. Ella iba vestida con un discreto vestido azul cielo y su apocada expresión no encajaba con la supuesta posibilidad de tener que enfrentarse con una esposa celosa y ansiosa por hacerla pedazos. En realidad, daba la impresión de que Diantha era la esposa ofendida.

-Tenemos que abreviar -dijo Diantha-. Mi padre llegará a casa dentro de un momento y estoy segura de que no le gustará encontrarte aquí. Ahora que ya sabes la verdad sobre Leandros y yo -prosiguió con una calma poco natural-, ¿podemos pedirte que desaparezcas de una maldita vez y nos dejes vivir en paz?

Isobel había acertado de lleno y casi se sentía decepcionada de que todo hubiera sido tan fácil.

-Entonces, ¿has sido tú la que has enviado esas fotografías?

-En efecto -asintió Diantha con frialdad-. Aunque debes saber que, fuera de esta habitación, lo negaré delante de todos. Pero te has interpuesto en mi camino y estoy harta de que Leandros juegue conmigo. Hace dos semanas me prometió que se divorciaría de ti para casarse conmigo, pero ahora me ha dejado de lado por... cuestiones de dinero, claro.

-¿Cuestiones de dinero?

-Al no haber firmado un acuerdo prenupcial, si se divorciara de ti, perdería la mitad de su fortuna.

Isobel dudó. No había sabido nada sobre su posición en el divorcio hasta que Lester Miles se lo había aclarado. Y aquella mañana, en el despacho de Leandros, había visto cómo un hombre deseoso de quitársela de en medio se había convertido súbitamente en el mejor de los amantes.

-Tengo que añadir -prosiguió Diantha- que he sufrido mucho viéndome obligada a tener que ocultar nuestra relación hasta que Leandros consiguiera hacerte renunciar por escrito a tus derechos. Pero entiendo perfectamente que un hombre tan acaudalado se resista con uñas y dientes a verse desposeído por una esposa

avariciosa.

-Pero, por lo que veo, no has sido capaz de esperar a que yo renunciara a todo.

-Estoy cansada de tener que mentir a todo el mundo -explicó Diantha-. Ha llegado la hora de que la gente se entere de la verdad.

-¿La verdad sobre tu noviazgo de dos semanas con mi marido en San Esteban?

-Nuestra relación empezó mucho antes de que tú te marcharas, si ese dato te interesa. Además, vino a visitarme a los Estados Unidos -Isobel recordaba esos viajes perfectamente-. Esas dos semanas en España no son las únicas que hemos pasado juntos. No quiero herir tus sentimientos, pero si quieres conocer toda la verdad, debes saber que ayer estuvo conmigo durante la siesta. Tenemos un apartamento en Atenas donde nos reunimos casi a diario.

-¿También hay pruebas fotográficas de esos encuentros?

-Si las necesitas, las habrá.

-Estoy segura de ello -repuso Isobel sacando sus ampliaciones y depositándolas sobre la mesa que las separaba. Diantha no se dignó a mirarlas, convencida de que eran las mismas fotografías que ella había enviado.

-Diantha, no eres más que una convincente manipuladora -anunció Isobel-. Adoras la mentira y te divierte jugar sucio con los sentimientos de las personas. Manipulaste a Chloe para poder viajar a España. Manipulaste a mi madre con tu fingida hospitalidad. Y ahora quieres manipular a toda la alta sociedad griega. Leandros ensalza tu capacidad de organización, lo cual no es precisamente un cumplido para una mujer enamorada, ¿o sí? -Diantha se puso rígida-. Sin duda, eres capaz de montar una gran fiesta -se ensañó Isobel-. Sin embargo, cuando Leandros me ve a mí, me insulta y me amenaza, pero cuando hacemos el amor, ambos perdemos por completo el sentido de la realidad y nos instalamos en un paraíso que tú nunca conocerás. Después, nos dormimos abrazados. No así -puso un dedo en una de las fotografías-, cada uno en un extremo de la cama.

Diantha ni se inmutó. Ahora que Isobel había atraído su atención a las fotografías, le mostró otra.

-Gracias a Dios -prosiguió Isobel-, Leandros conserva aún todos los dedos -dijo señalando el punto donde uno de ellos faltaba, en una mano que supuestamente acariciaba el vientre desnudo de Diantha, apoyados en la barandilla, sobre la cubierta del yate-. Además, si hubierais estado los dos de pie, tu cabeza habría llegado

hasta la mitad de su pecho, no hasta la barbilla. Por si no lo sabes, debo advertirte que eres una mujer bajita. Cuando se hace un montaje fotográfico, hay que asegurarse bien de que no quedan cabos sueltos, como, por ejemplo, esta barandilla que se interrumpe de repente sin ninguna razón aparente. Has jugado bien tus cartas, Diantha, pero has olvidado un pequeño detalle: yo soy fotógrafa y sé distinguir lo verdadero de lo falso.

Diantha se mantuvo impasible, lo cual sorprendió mucho a Isobel, que estaba convencida de haber aportado pruebas suficientes como para que esa maldita bruja se viniera abajo.

-Eres más tonta de lo que pensaba, Isobel -dijo-. Siempre he sabido a qué te dedicabas, y estas fotografías nunca han pretendido pasar por verdaderas. De hecho, era necesario que fueran falsas para desencadenar un auténtico escándalo. Solo pretendía darlas a conocer y, después, sugerir que las habías preparado tú misma con el fin de afianzar aún más tu posición durante el divorcio. Estarás de acuerdo conmigo en que eres la persona mejor cualificada que conozco para hacer algo semejante.

Isobel se quedó atónita ante la serena seguridad de esa mujer. Aún estaba convencida de tener la sartén por el mango y, probablemente, era incapaz de ver la realidad.

-Existe un pequeño impedimento para que tu plan siga adelante, Diantha, y es que yo no tengo la menor intención de divorciarme.

-Pero... ¿estás segura de que Leandros te quiere o piensas que solo desea proteger sus intereses financieros?

-La quiero -dijo una voz aterciopelada.

Las dos mujeres levantaron la vista y se encontraron a Leandros apoyado sobre la jamba de la puerta, como si llevara en esa posición largo rato.

-Adoro a Isobel cada minuto del día. Y me parece que tú vas a tener que enfrentarte a un serio problema, Diantha. ¿Nos vamos? -añadió mirando a Isobel.

Ella no lo dudó ni un instante y lo siguió. Pero Diantha no estaba dispuesta a ceder tan rápidamente.

-El hecho de que esas fotografías sean falsas no significa que no nos hayamos acostado juntos. Díselo, Leandros, cuéntale cómo fueron las noches que pasamos juntos en el yate. Explícale que tu madre la considera una fulana y que tu hermana Chloe no la puede ni ver. Díselo. Dile que toda tu familia sabe que tuvo un idilio con otro hombre mientras vivía contigo y que todos sospechábamos que el hijo que iba a tener no era tuyo.

Isobel se quedó de piedra mientras sus húmedos ojos buscaban

la verdad en la mirada de él. Deseaba que dijera una sola palabra a la que poder agarrarse, pero él había palidecido y se mesaba los cabellos con dedos temblorosos. Se negó a mirarla.

-Vámonos de aquí -repitió Leandros con tono ronco.

Pero había llegado otra persona. Era Chloe, con el rostro tan pálido como el de su hermano.

-Diantha, detente -suplicó Chloe-, no entiendo cómo...

-No me importa que lo entiendas o no. Tus hermanos han abusado de mí y no estoy dispuesta a tolerarlo.

-¿Mis hermanos?

Diantha había perdido por fin los papeles y es- taba mostrando la parte más agria de su carácter.

-Me he pasado toda la vida viendo cómo tus hermanos te mimaban hasta la exageración -prosiguió Diantha-. No tienes ni idea de lo que supone verse constantemente rechazada. Mi padre me ha rechazado siempre porque no era el hijo varón que deseaba. Tu hermano me rechazó cuando terminó de jugar conmigo...

-Diantha, yo nunca...-intervino Leandros.

-iTú no! iNikos! Nikos me rechazó hace cuatro años. Me dijo que éramos demasiado jóvenes para saber lo que era el amor. ¡Pero yo sí sabía lo que era el amor! Esperé y esperé en Estados Unidos a que viniera a buscarme, pero no lo hizo -dijo con amargura-. iA cambio, viniste tú, trayéndome el saludo de tu hermana y de tu madre, pero no el de Nikos! Así que volví a Atenas para ganarme su amor, pero cuando llegué ya se había prometido en matrimonio con Carlotta. Sufrí lo indecible, pero al cabo de unos días, me acordé de ti, que llevabas mucho tiempo en España con el corazón roto. Y pensé: ¿por qué no nos consolamos juntos? Y tú te lo pensaste, lo sé. Puedes mentirle a tu mujer todo lo que quieras, pero yo sé que pensaste en casarte conmigo. Incluso avisaste al tío Takis para que te preparara el divorcio!

-Así que Takis ha roto el secreto profesional -murmuró Leandros.

-¡No! ¡No he hablado de este tema con nadie!

-Entonces, ¿cómo sabes que no había acuerdo prenupcial? -preguntó Isobel incisivamente. Diantha se quedó sin saber qué decir, buscando en su mente imposibles mentiras que la sacaran del apuro.

-Creo que esto ya ha llegado demasiado lejos -dijo una nueva voz que pertenecía al padre de Diantha-. Supongo que ya te has ocupado de que ningún periódico publique esas fotos, Leandros -inquirió apesadumbrado. Leandros asintió con una ligera inclinación de cabeza-. Entonces te ruego que abandones mi casa.

El señor Christophoros parecía haber decidido que su hija ya había hecho demasiado daño en un solo día.

Hicieron el viaje en completo silencio. Chloe parecía atónita y abatida y Leandros la llevó a casa. Cuando salió del coche, se volvió un momento y dijo:

-Lo siento, Isobel, jamás pensé...

-Déjalo para más tarde, Chloe, Isobel y yo tenemos que hablar a solas.

-iPero todo ha sido culpa mía! -sollozó su hermana-. Siempre la he animado a que se casara con uno de mis hermanos...

-Son cosas de la adolescencia, no le des mayor importancia -repuso Leandros.

-¡Le dije que odiaba a Isobel! Le dije muchas cosas y ella las ha utilizado para manejamos a todos. No sabéis lo culpable que me siento... ¡Pero os aseguro que no sabía nada de su historia con Nikos! -insistió Chloe.

-No fue nada importante, se vieron un par de veces mientras tú estabas en la universidad, pero a Nikos no le gustó que ella se mostrara tan posesiva con él y la olvidó. Ella se lo tomó muy mal y su familia tuvo que llevársela a Estados Unidos para que se calmara -explicó Leandros-. y te sugiero, Chloe, que no le hagas ni el menor comentario a Nikos, no creo que sea el momento adecuado.

Chloe entendió y se acercó a Isobel para despedirse.

-¿Crees que tú y yo podremos empezar de nuevo? -preguntó, poniendo una mano sobre su brazo.

Isobel se mantuvo en silencio. Todo el mundo quería empezar de nuevo, pero... ¿cuántas mentiras y cuántas verdades tendría que escuchar duran- te los próximos días? ¿Cuándo podría volver a confiar en todos ellos?

Sin embargo, levantó la cara y sonrió a Chloe.

-Por supuesto -dijo mientras Leandros encendía el motor del coche. Su hermana se apartó, pálida y nerviosa. Isobel tuvo el tiempo justo para cerrar la puerta antes de que el coche partiera a toda velocidad-. ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? -lo reprendió, enojada por su forma de conducir.

-Si piensas ponerte a llorar, prefiero que lo ha- gas en un lugar donde pueda consolarte.

-No voy a ponerme a llorar.

-Eso cuéntaselo a alguien que no te conozca como yo. ¡Nunca me he acostado con ella! –gritó mientras conducía salvajemente-. Me gustaba, pero ahora sé que tiene el corazón envenenado -dijo mientras se mesaba los cabellos con una mano. Isobel agarró el

volante instintivamente-. No hace falta que hagas eso, no quiero tener un accidente.

-Pues aminora la velocidad.

El coche frenó en seco a poca distancia de la casa con gran estrépito e Isobel estuvo a punto de estamparse contra el parabrisas. Las emociones se sucedían con rápido descontrol: furia, angustia, enfado, incredulidad y frustración.

-¿Quién te crees que eres, Leandros? Primero me insultas en tu sala de reuniones, luego me sigues por todo Atenas, cambias de opinión sobre el divorcio y todo el mundo habla de que has decidido volver a casarte, aunque tienes que seducirme primero para salvar tu fortuna. Y, finalmente, tengo que enfrentarme con esas fotos y con esa mentirosa.

-Es una mentirosa, lo sabes.

-Es cierto, pero... ¿piensas que no ha conseguido hacerme daño? -preguntó Isobel, dejando que las primeras lágrimas corrieran por sus mejillas-. Me da la impresión de que estamos viviendo la misma tensión queme llevó a huir de aquí hace tres años.

-¡No es eso!

-¡Pues tiene el mismo sabor amargo! Creo que ya he perdido todo interés por ti...

-¡No sabes lo que dices!

-¡Explícame esa historia del amante del que me habría quedado embarazada!

Se hizo un imponente silencio y un Mercedes plateado se detuvo junto a ellos. Theron y Silvia iban en él.

-¿Pasa algo? -preguntó Theron-. ¿Podemos ayudaros?

-¡Sí! -gritó Isobel, metiéndose en el asiento trasero del Mercedes-. ¡Vámonos!

Theron estaba estupefacto, pero hizo lo que se le pedía.

Leandros vio desaparecer a Isobel. anonadado. ¿Cómo se las arreglaba siempre esa mujer para largarse en cuanto aparecía un problema, dejándolo plantado como si él fuera el egoísta más grande del mundo? Porque lo era, le dijo una voz interior. Había apostado por jurar que jamás se había acostado con Oiantha sin reparar en la importancia del resto de los temas. El acuerdo prenupcial. el hijo no deseado... ¿Pensaba quedarse ahí parado mientras ella terminaba de hacer su equipaje? Debía haberse vuelto loco. pensó, arrancando impetuosamente el motor de su coche. Se dirigió al dormitorio de invitados y la encontró allí, mirando por la ventana con los brazos cruzados, esperándolo se dijo con satisfacción.

-Nada de lo que esa mujer ha insinuado es verdad. Jamás he pensado que me hayas sido infiel. El único contrato matrimonial que tú y yo tendremos tendrá que ser escrito con mi sangre en mi lecho de muerte. puesto que no pienso abandonarte hasta que la muerte nos separe. Y yo no te perseguí. te seguí como un perrito faldero y loco de amor por ti.

Leandros se quedó parado delante de ella. Tenía que explicarle todo. Ella estaba al borde del llanto.

-Yo creí que Nikos había seducido a Diantha y luego la había abandonado sin miramientos. Sentí tanta pena por ella, que la visitaba cada vez que iba a Washington. Pero ahora Nikos me ha dicho que ya entonces era una manipuladora. Yo estaba equivocado respecto a ella y lo siento...

Ella ahogó un sollozo.

-¿ y lo del padre de mi hijo? Te quedaste mudo.

-Mudo de dolor, porque ya había oído esa historia con anterioridad. Fue Takis quien lo sugirió.

-¿Takis? ¿Ha sido él también el que ha encargado las fotos?

La tensión había empezado a disiparse.

-Espero que no. Pero yo he sido igualmente manipulado por esos liantes. Creí en ellos y me equivoqué ¿Sabes cómo me siento?

-Como un auténtico idiota, supongo -dijo ella lanzándose en sus brazos, llena de un amor que no podía negar-. He pasado un día horroroso.

-Eso vamos a solucionarlo inmediatamente -repuso él, llevándosela a la cama.

Harían el amor, ¿por qué no? Era el mejor antídoto contra las dificultades.

Al cabo de un par de horas, duchados y con la confianza recobrada, bajaron las escaleras para encontrarse que la terraza estaba llena de visitas deseosas de apoyarlos en un momento tal difícil. Allí estaban Silvia, Theron, Chloe y Nikos con Carlotta, tomando tranquilamente un refresco. Todos los saludaron jovialmente y los invitaron a tomar asiento. Al cabo de un instante, llegaron Eve y Ethan Rayes con una caja de botellas de champán.

-Para dar la bienvenida a Isobel-anunció Eve.

-Los rumores vuelan -susurró Isobel en la oreja de su marido, pero se sentía feliz.

La tarde se convirtió en una auténtica fiesta y, cuando todos se hubieron retirado, Isobel parecía algo sorprendida.

-Parece que nos hemos hecho muy populares en poco tiempo.

-Demasiado populares. Pero ahora me debes algo que pienso

cobrarme.

-¿El qué?

-La venganza por no haber confiado en mí esta mañana.